HISTORIA libertaria

FEBRERO, 1978. N.º 3 - 100 PTAS.

entrevista: Solidaridad

DOSSIER autonomía obrera

Fermín Salvochea de la democracia al anarquismo

Proudhon: inéditos sobre la Revolución Francesa

SER GOBERNADO SIGNIFICA SER OBSERVADO

inspeccionado, espiado, dirigido, legislado, regulado, inscrito, adoctrinado, sermoneado, controlado, medido, sopesado, censurado e instruido por hombres que no tienen el derecho, los conocimientos ni la virtud necesarios para ello. Ser gobernado significa, con motivo de cada operación, transacción o movimiento, ser anotado, registrado, controlado, gravado, sellado, medido, evaluado, sopesado, patentado, autorizado, licenciado, aprobado, aumentado, obstaculizado, reformado, reprendido y detenido. Es, con el pretexto del interés general, ser abrumado, disciplinado, puesto en rescate, explotado, monopolizado, extorsionado, oprimido, falseado y desvalijado, para ser luego, al menor movimiento de resistencia, a la menor palabra de protesta, reprimido, multado, objeto de abusos, hostigado, seguido, intimidado a voces, golpeado, desarmado, estrangulado en el garrote, encarcelado, fusilado, juzgado, condenado, deportado, flagelado, vendido, traicionado y por último, sometido a escarnio, ridiculizado, insultado y deshonrado ¡Esto es el gobierno, ésta es la justicia y esto la moralidad!

PROUDHON/*La idea general de la Revolución en el siglo XIX*

Robespierre.

Saint-Just.

Un inédito de Proudhon.

Saint-Just y Robespierre

Un trabajo de Proudhon sobre la Revolución Francesa arroja nueva luz sobre la represión de los disidentes al responsabilizar a la burguesía parlamentaria de la persecución de los enragés anarquistas.

En la *Reseña sobre Saint-Just,* la endeblez del historiador Fleury (1) aparece más claramente que en la dedicada a Desmoulins. Importan, en bien de la verdad de la historia de la Revolución Francesa y la Democracia, señalar sus fallos: este estudio, con sus rectificaciones, podrá aplicarse a todos los personajes.

El hombre es siempre de una pieza, siempre fiel a sí mismo, cualesquiera que sean sus vacilaciones, cambios y contradicciones. Es, por así decirlo, una unidad incorruptible, dentro de su espontaneidad de carácter. La dificultad estriba en expresar esta unidad.

En ciertos hombres parece fácil de aprehender: Luis XVI, Mirabeau, Danton; con otros resulta más escurridiza: Desmoulins, Robespierre, y la mayoría.

En el fondo, la unidad del carácter del individuo es siempre difícil de expresar: no es su unidad lo que se ha aprehendido de ciertos hombres, sino una cualidad que parece borrar las otras; por eso, casi todos los retratos, aunque no presenten la figura de manera confusa, son frustrados y falsos.

Es preciso hacer con el hombre lo que se ha hecho con la historia de las naciones o de las ideas mismas: reunir unos cuantos *momentos* (hechos, libros, discursos, rasgos, etc.); la unidad se deduce de este conjunto. Obtenida esta unidad, que el hombre sea bueno o malo, que cambie o persevere, poco importa, sigue siendo él mismo: conservando la espontaneidad de su carácter, es inmutable.

Por ejemplo Saint-Just:

Muerto a los veintiséis años, no habiendo estado en escena más que un breve período de tiempo, de septiembre del 92 a últimos de julio del 94, es fácil hacer su resumen. Su vida se compone así:

1.—Precocidad en todo: orgullo, inteligencia, corrupción, impudor, desprecio hacia sus semejantes, hipocresía.

Estas cualidades o vicios son en cada hombre consecuencia de la edad y siempre más desarrolladas en un hombre

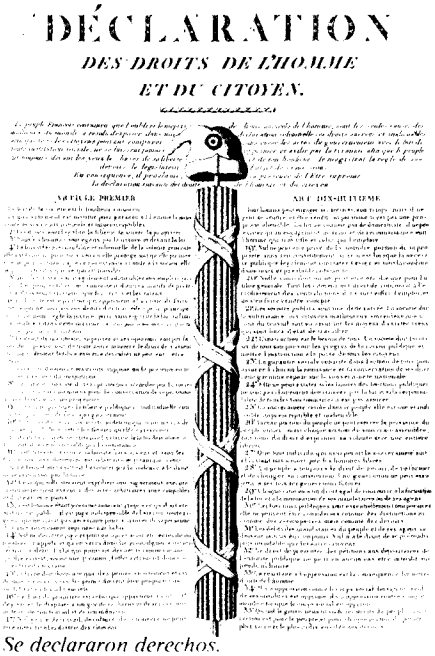
hecho, que no les conoce límite, que en el niño.

Los moralistas se equivocan cuando creen que ciertos vicios son innatos en el individuo: son efecto de la edad y la experiencia, como ciertas enfermedades.

2.—Sus libros: *Organt; Esprit de la Révolution; Fragments (d') Institutions;* y *Discours* (2).

Todos estos libros son muy mediocres, desprovistos de *ilación, lógica* y *transcendencia:* lo que revela una absoluta falta de genio, cosa que se acomoda perfectamente con la precocidad de la inteligencia. Así, entre las obras de Saint-Just, en las que Fleury no ha descubierto ninguna ligazón, hay una deplorable unidad que es la divagación, la ausencia de genio, la total ausencia de espíritu filosófico, reemplazada aquí y allí por destellos de concepción y estilo, efecto de la deplorable precocidad del individuo.

3.—Vienen, por último, los actos políticos y de otro tipo que es preciso relacionar en parte con las circunstancias y el espíritu de los tiempos, y en parte con el hombre, es decir, en los que la parte del hombre no es casi nunca la *sustancia* sino la forma.


DÉCLARATION
DES DROITS DE L'HOMME
ET DU CITOYEN.

Se declararon derechos.

En estos actos, la originalidad de Saint-Just se esconde bajo la máscara del *despotismo* y la *ferocidad:* dos cualidades que derivan directamente, la una como la otra, de la precocidad del orgullo y de la falta de genio.

¿Se hubiera completado la personalidad de Saint-Just de haber vivido más; habría llegado a ser un gran escritor, un gran hombre?

Me atrevo a responder que no: la ausencia de lógica,la confusión mental eran en él irremediables, precisamente a causa de la capacidad de su memoria y la precocidad de sus concepciones. El espíritu se desarrolla siempre en el sentido que le marca su facultad dominante; esto es lo que hace decir que se *nace poeta;* aún es más cierto que se nace lógico.

Hegel, mayor que Schelling, aparece en escena bastante más tarde que éste: espíritu tardío, por observador, por lógico. El otro fue poeta (3).

Fleury hace de Saint-Just un hombre colosal, grandioso, al menos en el crimen: es absurdo. Me inclino más por la opinión de Dantón, que le tachaba de «escolar».

Escolar que a los dieciocho años podía, engañando a los desatentos, testimoniar las andanzas de un Voltaire de cincuenta años, de un Don Juan de treinta, de un Tácito de cuarenta, de un Tiberio de setenta: sobre todo en medio de las circunstancias en que vivía.

Pero ni las circunstancias, ni el espe-

Los orígenes del despotismo contemporáneo

La publicación de unos inéditos de Proudhon sobre la Revolución Francesa, permite afrontar, desde una perspectiva nada común, los orígenes del despotismo contemporáneo (1). Sirviéndose de la *Correspondance* de Mirabeau, de varios ensayos biográficos en torno a figuras centrales del proceso revolucionario subsiguiente a la Toma de la Bastilla —Camille Desmoulins, Saint-Just, Robespierre, Babeuf—, Proudhon sienta las bases documentales previas para la construcción de una historia del crimen contemporáneo, ligada, a todas luces, a la creación de un modelo de organización: el campo de concentración laboral, que la Revolución Industrial utilizará para convertir a los ciudadanos en capital social adscrito a la gleba.

No en vano imaginó Proudhon una *Histoire de la Democratie moderne* que, al modo del *Discours* de Bousset, se convirtiera en una suerte de atlas moral de la edad contemporánea. Es en sus textos sobre Saint-Just y el Terror donde nos descubre la fisonomía que nos persigue, desde hace ya casi dos siglos: el Comisario Político, cuya sed de orden sólo se sacia en la sangre derramada. Proudhon nos señala los antecedentes inmediatos de tal vampirismo: las órdenes religiosas que, siguiendo los modelos de organización militar impuestos por Ignacio de Loyola, utilizan la propaganda ideológica como recurso de pacificación y emplean la tortura y el asesinato, (la guillotina en el caso de Saint-Just y Robespierre), como instrumentos de normalización de la vida ciudadana.

Si bien el comunalismo militarista de algunas órdenes, dio origen en algunos lugares (los jesuitas en el Uruguay) a proyectos de utopía social de orden primitivo, la militarización de la política por parte de Saint-Just y Robespierre, condujo a descubrimientos más criminales: despotismo militar bonapartista, despotismo administrativo de los modelos de organización imaginados por Blanqui, despotismo neo-oriental (con explícita definición de «medidas despóticas para la imposición militar» del modo de producción estatal en la tradición germánica de Bismarck) de Engels y Marx, despotismo leninista inventando el campo de concentración moderno, granja estatal donde los ciudadanos son accidentes contables, que la policía (leninista) sume en el terror marcial de sus planes de producción y en el tedio abismal de sus discursos ideológicos.

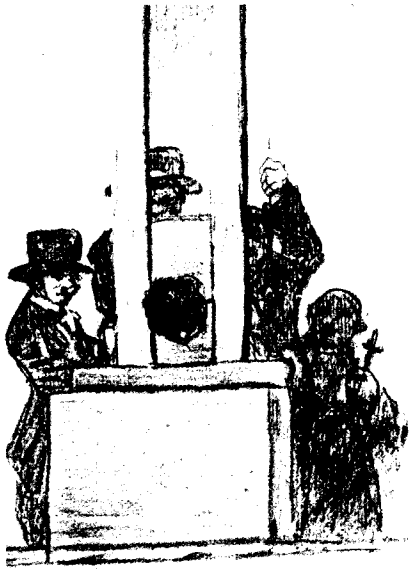
Kropotkin había insistido, en su historia de la revolución de 1789, en el carácter criminal de la actuación de la burguesía parlamentaria contra los *enragés,* condenados a la guillotina. Proudhon pormenoriza en ello.

Por otro lado, y sin duda, los estudios clásicos de Albert Mathiez y Daniel Guérin (2) han permitido también justipreciar minuciosamente el discurso subversivo de los anarquistas *enragés,* contra el proyecto jacobino de pacificación

jismo del escenario, ni la palabrería y la gravedad del joven hombre deben imponerse. Saint-Just es un *precoz, literario, obsceno* y *feroz;* este es el hombre en cuatro palabras. Todo lo demás, sus misiones, sus informes, etc., no son más que *asuntos,* procurados ora por Robespierre, ora por la Convención, el Comité de Salud Pública, los jacobinos y que el mozo adereza con su estilo, con su dureza, con su orgullo.

Es imposible tomar en serio nada de lo que ha dejado este fatuo monstruoso. Su *Organt,* desde el mismo punto de vista del libertinaje, es vulgar y absurdo, a cien mil leguas de *La Pucelle* (4) y de *La Guerre des dieux;* su resumen de la Revolution es un reclamo electoral, una broma, sin consistencia, sin transcendencia, sin buena fe y de una deplorable falta de ligazón. Su *Fragments d'institutions* es aún peor: imitación de la *Salente de Fénelon* (5) y de todo lo que el autor había leído en los socialistas de la Antigüedad.

En cuanto a sus *Discours,* uno de ellos, sobre el procesamiento del rey, gira en torno a esta idea única, «que no se reina inocentemente» (6) y que en consecuencia el crimen de tiranía reemplaza al derecho de las gentes: doble absurdo que es la negación de toda la historia y que no cesa de desmentir el mismo sufragio universal. Cuando se piensa que es ésta la idea que ha prevalecido sobre la alta política de Brissot, ¡qué afrente a la Democracia!



«El castigo francés», según Goya.

Los discursos sobre la intendencia y los presupuestos no tiene de verdad más que algunas banalidades, fuera de las cuales, las opiniones, según dicen profundas, del joven economista no son más que un galimatías ininteligible.

Por lo demás, el discurso de noviembre estaba pérfidamente dirigido contra Cambon, el gran organizador de los presupuestos: en aquella circunstancia, fue un verdadero crimen del partido jacobino.

Queda ahora la parte de las venganzas personales y de las orgías, narrada por Fleury, y en las que participa Robespierre.

En cuanto a sus *venganzas,* son irrefutables, y no es esta la prueba menor de la pequeñez del genio y del corazón de estos monstruos, para quienes el poder revolucionario era un medio de saciar alternativamente su lujuria y su resentimiento. Los escándalos orgiásticos me parecen igualmente demostrados: he aquí unos cuantos que sirven de muestra: la licenciosa vida del joven en Blérancourt; su enlace adúltero y continuado con Mme. Thorin; su precoz hipocresía, que le distingue perfectamente de Desmoulins; su perpetua búsqueda de bellas mujeres, Théroigne (8), etc.

Federación Anarquista Francesa.

Proudhon demoliendo la propiedad privada.

estatal a través de la guillotina y el Terror. Pero estos mismos autores, con su erudición, han corrido un tupido velo sobre el alcance del terrorismo jacobino, piedra fundacional del crimen moderno.

Mathiez, en su análisis de la carestía de la vida y los problemas monetarios de la Revolución, proporciona un material precioso para estudiar el pensamiento económico de los *enragés,* verdaderos padres del colectivismo y la autogestión, a quienes se debe el proyecto básico de abolición del Estado y de organización de la acción directa: asambleas de calle y de barrio, representatividad revocable, federación de libres asociaciones de ciudadanos a escala local y regional; modelos de organización que prolongará la tradición bakuninista de la FAI. Los enragés aparecen también como antecesores radicales de Proudhon, cuya Banca del Pueblo es instrumento decisivo de toda pretensión de abolición de la propiedad privada y colectivización de la tierra y los medios de producción.

Guérin, con la timidez de un velado defensor de «un Marx libertario», falsifica directamente el legado de los *enragés* anarquistas, mediante un procedimiento denunciable como una mixtificación no tan idiota como pueril. En su introducción y estudio de los inéditos de Proudhon, Guérin ofrece magníficos elementos de juicio, donde sólo sobran algunos materiales espúreos: aquéllos que, indirectamente, intentan disminuir la culpabilidad criminal del discurso marxista como justificación y antecedente teórico del campo de concentración industrial leninista.

El hombre capaz de una hipocresía electoral como la de su libro del 91, el hombre que, para ser elegido, se esfuerza en hacer desaparecer *Organt,* cambia sus nombres, y después de llegado al poder vuelve a poner en circulación sus corrupciones de juventud; el hombre que siempre está de pose, se concentra y disimula, aquel que era ciertamente muy capaz de simular en público la sobriedad y, en cuanto se presenta la ocasión, celebrar una bacanal.

La hipocresía, la licencia, el maquiavelismo y, para decirlo todo, la pequeñez demostradas en Saint-Just, se vuelven indefectiblemente contra Robespierre.

El *virtuoso* resulta así no ser más que un corrompido.

El *incorruptible* no es más que un pérfido más hábil.

El supuesto justiciero no es más que un asesino envidioso.

(Comparar los hechos citados por Fleury con algunos relatados por Michelet sobre la equívoca moralidad de Robespierre) (10).

En fin, sin duda que tendremos ocasión de hacer más adelante el estudio de éste.

Dantón.

De la pléyade jacobina y robesperiana reducida a su justo valor, a su talla natural, ¿qué deducción puede sacarse para la filosofía de la historia?

Ya lo hemos dicho:

1.—*El poder es mucho más miserable y odioso cuando lo ejercen las gentes más bajas.*

2.—*Y, en las revoluciones, los hombres en el poder son más ruines cuanto más abajo las revoluciones van a buscarlos.*

Así se confirma, en su generalidad y detalles, la ley revolucionaria: la obstinación de la resistencia obliga a la revolución a buscar un apoyo cada vez mayor apelando a una masa más grande con influencia política. El movimiento desplaza, pues, sin cesar el poder, transportándolo: de la Corte a los «estados» (1788-89), de los «estados» a la burguesía, de la burguesía, de la burguesía a los campesinos y la clase media; de ésta, por último, al proletariado.

A medida que se realiza este retroceso, los hombres que manejan la situación, representantes de las clases sucesivamente encumbradas, disminuyen de genio y de valor: Mirabeau, Cazalès, Maury, para los «estados»; Barnave, los Lameth y, después de ellos, Brissot y la Gironde para la burguesía; Danton y Desmoulins para los pequeños burgueses; Robespierre para los obreros, Hébert y Marat para los «sans-culottes».

La propaganda (discurso marxista) es para el leninismo lo que el discurso jesuita para la iglesia romana: *una maquinaria de terror verbal.* Ya Wells evocaba el paralelismo entre las órdenes herederas de Ignacio de Loyola y el Komintern. Ambos dispositivos obedecen a los mismos mecanismos y funciones de orden criminal: sofocar con palabras la sangre que corre por las calles. Saint-Just y Robespierre justifican el Terror en nombre del parlamentarismo. El Komintern justifica las matanzas de obreros de Shanghai (1925/27) en nombre de la estrategia estalinista. Trostky justifica los crímenes del Ejército Rojo en Cronsdant en nombre de su generalato bonapartista. Stalin justifica la invasión de Georgia y el asesinato de los libertarios georgianos en nombre del «internacionalismo proletario». Teng-Hsiao-Ping justifica las masacres camboyanas en nombre de la pacificación. Breznev justifica los campos de concentración vietnamitas en nombre de la «herencia del pasado». (Teng-Hsiao-Ping califica de fascista a Breznev y éste de nazi a aquél). El PCE y el PSUC justifican los crímenes de su policía en el frente de Aragón en nombre de la política de Stalin. El PCE y el PCUS justifican los sangrientos ajustes de cuentas en su seno en nombre de «los intereses del Partido».

La mentira se justifica en nombre de la estrategia, el derramamiento de sangre se efectúa en nombre de las «condiciones objetivas», (creando las bases para la industrialización del consumo público de carne humana, estadísticamente verificable e históricamente aconsejable). Los lacayos criminales se cubren con el manto de armiño del «militante» que obedece órdenes. Las órdenes están militarmente centralizadas. El secretario general es el Jefe, el Nuevo Amo.

El discurso proudhoniano nos advierte de los antecedentes y el volumen de la sangre derramada en aras de esta sed siempre insaciable. Los centenares de millares de muertos que, en nuestro siglo, han pagado con su carne tales desvaríos homicidas, son la masa monetaria de este Banco/Hospital de guerra, que se sirve de los discursos para amontonar cadáveres en las fosas comunes del campo de concentración industrial, que utiliza las Sagradas Escrituras (el «marxismo», el «centralismo democrático», la «constitución») como puñal puesto en la espalda, exigiendo la conciencia o la vida.

De ahí la urgencia del reencuentro con Proudhon: la suya es la primera voz que denuncia el nuevo terrorismo de Estado, el ascenso de la nueva clase dominante: Robespierre, Blanqui, Marx, Lenin, Mao, dictadores de nuevo cuño, apóstoles de la industrialización en masa (4) sometida al imperio de sus comisarios políticos. El proyecto de Bismarck o Hitler queda arrinconado y polvoriento: sus granjas humanas son un infantilismo al lado del magno proyecto marxista-leninista, sólo imaginable como legado horrible de Saint-Just, donde vivir es hacerlo atado a la cárcel del Partido, y morir un atentado contra las ansias homicidas del Comisario.—**Pedro Gálvez (París).**

(1) «Proudhon oui et non». Textos inéditos de Proudhon presentados por Daniel Guérin. Ed. Gallimard. París, 1978.

(2) V. «La vie chére et le mouvement social sous la Terreur», de Albert Mathiez. Ed. Payot, París. O «La lutte de classes sous la première République», de Daniel Guérin. Ed. Gallimard, París.

(3) V. «Des enragés. Jacques Roux contre la vie chère. Aux Egaux 1795. La conjuration de Babeuf», de Maurice Dommanget. Ed. Spartacus, París.

(4) V. «Le tigre de papier. Sur le développement du capitalisme en Chine. (1949-1971». Ed. Spartacus, París.

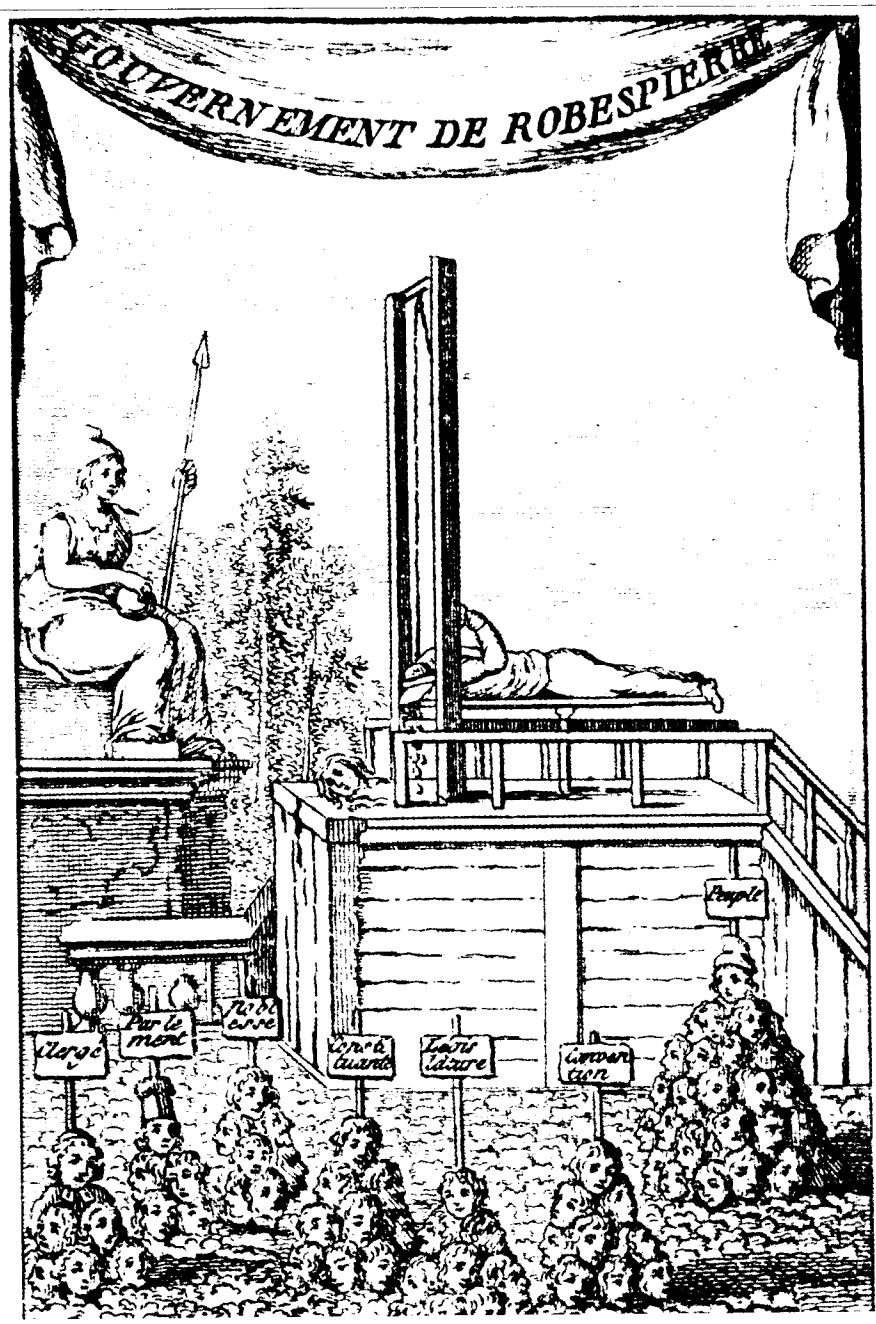
Gracchus Babeuf.

De la altiva razón de Mirabeau a la locura de Marat, de la virtud de Bailly a la perversidad de Hébert, véase la caída.

Tal clase, tal gobierno, tales hombres.

Hay en el pueblo algo instintivo, que se asemeja bastante a la envidia, y que parece ser la confirmación de esta ley: no desea que sus iguales le gobiernen; desprecia a sus representantes, aclama a Napoleón. Soporta una Lista Civil de doce millones, a disposición de un hombre que no es de su casta; no puede aguantar una indemnización de 25 francos concedida a sus iguales. El pueblo siente que el poder es cosa esencialmente aristocrática y que los peores gobernantes son aquéllos salidos de su propio seno.

Hora es ya, si aún es posible, de abrir los ojos del pueblo mostrándole la verdad, la pura verdad, sobre la revolución y el gobierno. Ha llegado la hora de probarle, *en virtud de las leyes de la historia, tan horriblemente confirmadas por los hechos,* que estos semidioses a quienes se les obliga a adorar son monstruos; que, si el PODER es una institución inherente a la humanidad, es preciso que exista, para afianzarlo, una *casta* y una *dinastía,* también permanentes; que por necesidad, el *gobierno* no puede ser de la misma especie que el *gobernado;* que los peores tiranos han surgido generalmente de la multitud tiranizada; que los más honestos de los príncipes han sido, también generalmente, aquéllos que contaban con la más larga serie de antepasados en el trono y en los que el poder se ha convertido en una segunda naturaleza; que es esto lo que da valor a la heredad monárquica; y que si, por el contrario, se toma como principio la igualdad política y civil de los ciudadanos, es preciso antes o después concluir con la *subordinación del gobierno.*



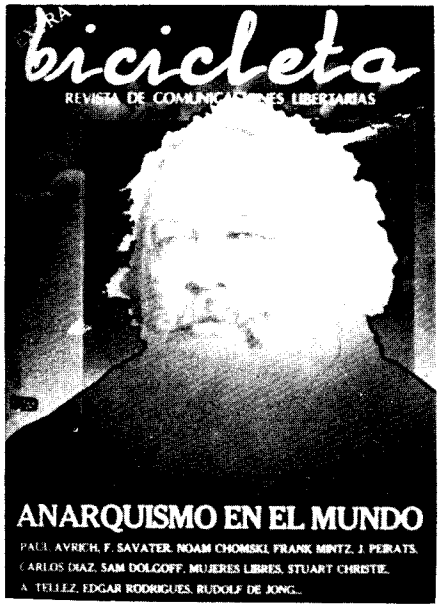
Caricatura anti-Robespierre. El Terror se cebó en el pueblo.

Demostrando esta tesis haremos la verdadera historia, sin ofender al pueblo, sin herir su amor propio; romperá sus ídolos y recelará de sus *criaturas.*

Hora es ya, es urgente, de primordial importancia, ir al fondo de todo lo que concierne al Terror y a sus increíbles representantes. El efecto literario, el espejismo de los pasados años, es tal aún, que los escritores, incluso los más hostiles a la demagogia, no pueden evitar encontrar en esta época de miseria, y en los detestables individuos que la presidieron, una cierta grandiosidad, que no tiene otra base que la debilidad de los corazones y las conciencias.

La *Democracia* no será nunca bien conocida si no la percibimos a través de sus más genuinos productos, los Saint-Just, los Robespierre, y similares. Explicar bien a los hombres, es explicar bien al partido.

¿Qué ha engrandecido de repente y desmesuradamente a Robespierre? El discurso de Louvet, donde éste le acusa



Núm. 12. Fernando Savater: abtenerse. I. Illich: pobreza planificada. Al habla radio Alicia. Anarquismo y educación. Tortura constitucional. Agora: la familia

Núm. 11. Extra anarquismo: Paul Avrich, Fernando, Savater, Noam Chomski, Frank Mintz, J. Peirats, Carlos Díaz, Sam Dolgoff, Mujeres Libres, Stuart Christie, A. Tellez, Edgard Rodrigues, Rudolf de Jong...

Pedidos a Bicicleta: Nave, 12-2.° VALENCIA. Teléf. 321 29 75.

de aspirar a la tiranía. Lo que más indignaba a la Gironde contra Robespierre y los jacobinos era su mediocridad envidiosa y perversa; es importante para la historia recoger y constatar este testimonio. Ahora bien, cuanto más se encarnizaba la Gironde con Robespierre, por la ley de reacción, más le exaltaba. Esto es lo que debe salir a la luz, de tal manera que el lector, sintiendo más y más la pequeñez del personaje, deplore más y más la errónea táctica de la Gironde. Hasta cierto punto, Michelet ha llegado a producir este efecto.

Por la misma razón, ¿qué ha engrandecido y hecho durar tanto la usurpación jacobina? La insurrección de los girondinos.

El error ha sido tan grave que la «Plaine», la derecha, y todos los que en la Convención hubieran estado bien dispuestos en su favor, se vieron forzados a abandonarlos, a confiarlos al cuchillo. Tan grave, que el abominable informe de Saint-Just, verdadero tejido de calumnias y divagaciones, obra cumbre de un colérico, hubo, no obstante, de ser adoptado en sus conclusiones; Esto es lo que hace que escritores de la talla de M. Fleury hallen ahí cierta *¡habilidad!*

Esta desgraciada insurrección de la Gironde, cierto que conforme a derecho, aunque deplorable en cuanto a oportunidad y falsa apreciación de la situación, fue lo que proporcionó a los Montagnards, a Saint-Just entre otros, ocasión de aparecer en escena, y erigir en principio de gobierno, en sistema revolucionario, el despotismo brutal, base de toda su ciencia política; en una palabra, lo que confirió al Terror su aparente razón de ser.

La Convención, instruida por otra parte en el ejemplo de los girondinos, debió callarse y dejar hacer, votar en silencio como Sieyès en el proceso del rey, esperar que la insurrección y la represión se desgastasen, una y otra, y se deshincharan. No era un comportamiento heroico, y desde luego, para una asamblea soberana, equivalía a una deserción, a una castración. No obstante fue el único partido a tomar. La Convención, del 31 de mayo al 9 de thermidor fue COBARDE: es precisamente esto lo que constituye lo más profundo de su política; su servilismo es su habilidad.

Pero, bien comprendida esta situación, ¿qué son, pues, en el fondo estos seres innobles que la postración universal erige repentinamente en gigantes? ¿Cuáles son sus ideas? ¿Cuál su política?

Cada nueva obra que aparece sobre la Revolución lo deja ver: unos desalmados ignorantes, unos desvergonzados plagiarios del despotismo, unos alumnos del abecé de Maquiavelo.

Todo su genio, como el de los Montagnards del 48, consiste en superar sin tregua a sus adversarios, a fin de estar siempre delante, en todas las cuestiones, y no dejarse REBASAR. ¿No tiene la multitud por el más profundo, el más hábil, el más amigo de sus intereses, a aquél que tiene la mayor reputación de brutalidad, de despotismo más grosero?

Así, la Gironde había hecho la revolución del 10 de agosto, de la que Dantón fue el agente ejecutor. Los jacobinos, para retomar la delantera, exigen la muerte del rey y se conducen con harta ferocidad en su proceso. ¿Qué inteligencia hay en ello?

Condorcet, en su proyecto de Constitución, establecía el sufragio universal sobre amplias bases, pero con un requisito de *vecindario,* lo que era prudente y honesto. La Montagne hace como la *Reforma* del 47-48: va más allá y exige la *universalidad:* ¿Qué profundidad hay en ello?

Propuesta de esta manera la idea de la universalidad, la lógica, la lógica más vulgar, conduce a otra oposición: los girondinos, en lo que se ha llamado su *federalismo,* trataban de conciliar la libertad *comunal* y *departamental* con la *unidad nacional:* el eterno problema del libre gobierno. La Montagne protesta de la división e impele a la centralización absoluta, sin apercibirse de que la *unidad* y la *indivisibilidad* de su república era la monarquía. ¿Qué inteligencia se precisa para centralizar, para acaparar? Esto es el «teorema de Pitágoras» de todos los déspotas, el primer indicio del instinto político.

Así, la discusión sobre la Constitución no es para los Jacobinos más que un pretexto para parlar, la ocasión de exponer su alta incapacidad política, cubriéndola de grandes palabras, y revistiendo de magnas fórmulas la miseria de sus concepciones.

Hecha la Constitución como ellos la querían, la República se encuentra en pleno despotismo: en lugar de retroce-

«El nivel nacional». Las clases privilegiadas en su sitio.

der ante este desenlace, que reducía su teoría al absurdo, la aceptan gloriosamente, adornándose como con un nuevo triunfo. De una parte, se concentran los poderes en el Comité (de salud pública); de la otra ¡se declara el gobierno revolucionario hasta que se consiga la paz!

Los jacobinos ruedan de abismo en abismo: ¿Qué sabiduría, que grandeza, se encuentra ahí? Ellos han creado, con placer, la confusión; lo más evidente de su hacer ha sido convertir la dictadura en poco menos que inevitable: y son ellos mismos quienes a continuación vienen a asustar al país; es Saint-Just quien se convierte en el intérprete de esta execrable especulación sobre el desorden y el espanto, cuyo objetivo es forzar a la nación a buscar un refugio. ¿Dónde? *En la tiranía.*

¿Qué patriotismo hay pues en este bandidaje? ¿Qué virtud, en este furor infernal, que para volverse indispensable empuja a los hombres a corromper y desorganizar todo el Estado?

¡Pasemos a las misiones!

El recopilador Fleury se para aquí a admirar a Saint-Just: yo no veo más que un bribón, un «Schahababaham» (12), en el que todo el secreto para aprovisionar, disciplinar, reformar, moralizar, pacificar, es *fusilar* y *cortar cabezas.* Consultar *algunas órdenes.*

Ordena a los estrasburgueses, *exceptuados los amigos* (13), pagar nueve millones en veinticuatro horas. (¿Con qué derecho?). ¡Esto sí es administrar!

Toma los lechos, el calzado, la ropa blanca, los vestidos, por vía de *requisición,* sin más ¡Esto sí es crear recursos! ¡Es lo que se llama *gobernar revolucionariamente!*

Ordena que los generales cuyas tropas hayan sido derrotadas sean *¡fusilados!* Un cuerpo de voluntarios emprende la huida, a pesar de los oficiales, que hacen lo imposible por reunirles; no importa: Saint-Just considera a los oficiales responsables y les hace fusilar. ¡Esto sí es moralizar al ejército!

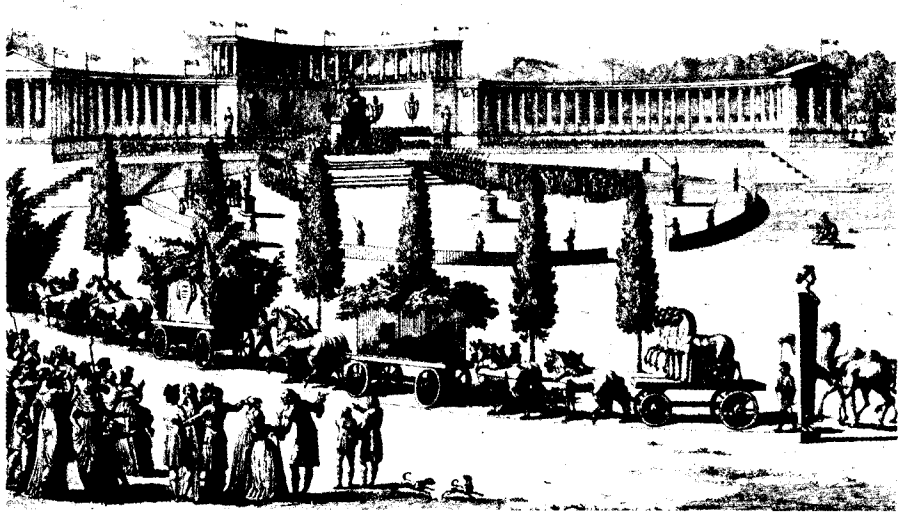
Todo el talento de Saint-Just con el ejército consiste en intimidar, prender y fusilar: ¡Y esto sí es *firmeza!* Eleva a la décima potencia el horror del Código penal militar. ¡Y a eso se le llama firmeza!

En el Sambre, se obstina, a pesar de los generales, en querer forzar el paso. las tropas son rechazadas cinco veces, diez veces sobre la otra orilla por el enemigo: millares de soldados son inútilmente sacrificados; todo ello para satisfacer el orgullo, su obstinación de representante, puede que para paliar la falta de coraje que se le reprochaba. Y encuentran ahí firmeza; se admira la bravura de Saint-Just. Se tacha a los representantes Choudieu, Lacoste, Levasseur y sus colegas, de envidiosos, se les trata de calumniadores, porque se resisten a Saint-Just y se burlan de él. Es Fleury el recopilador quien comete esta aberración de enjuiciamiento en beneficio de su héroe, al que de buen grado quiere hacer perverso, pero también quiere hacer *¡grande!*

¡Cómo si la grandeza de alma, la grandeza de inteligencia, se diera jamás la mano con la perversidad! ¡Como si estas cosas, grandeza y crimen, no fueran contradictorias!

Ante Charleroi, cuando la guarnición es conminada a rendirse, con la plaza apremiada, Saint-Just se muestra despiadado: insulta, ultraja al parlamentario; pisotea, frente a valientes que sucumben a la fuerza, todas las leyes de la guerra. Y este ser, *implacable en la vic-*

Robespierre en su casa de Duplay.



Una fiesta conmemora la caída de Robespierre.

toria, como *brutal en la fuerza,* ¡no es un cobarde!

Al fin, gracias a Pichegru, Hoche, Jourdan, los tres mejores generales de la República en esta época, el enemigo es rechazado; se gana la batalla de Fleurus: y, a costa de estos hombres, ¡es Saint-Just quien hace todo! Por espíritu de odio y venganza hace detener a Hoche, le habría hecho guillotinar; y Saint-Just, por este hecho de armas, ¡es un rayo de la guerra! (14).

En el 92 y 93, el revoltillo jacobino estaba desorganizado como todo el resto; los soldados se desbandaban; los oficiales y generales estaban hastiados; la Sociedad (de los Jacobinos) otorgaba los mandos superiores a los Ronsin, los Rossignol, los Charbonnier, los Carteaux y multitud de otros, que llevaban el desorden al límite: entonces llegaban los representantes en misión, juraban, fusilaban, guillotinaban: por fin, surgían hombres como Marceau, Kléber, Jourden, Moreau, Hoche, Pichegru; la victoria retornaba. ¡Y he aquí la gran política del jacobinismo!

Todo el 93 y una parte del 94 transcurren así: tal cual; la nación se libra por su propia *virtualidad,* por los errores del enemigo, por el trastorno universal, que hace que todo se conmueva y se afane, un poco también por el trabajo de los Carnot, los Cambon, los Prieur (de la Côte d'Or): el jacobinismo no aparece por aquí más que para matar, saquear, incendiar, a tontas y locas, sin ton ni son, con furiosa locura.

Saint-Just es la más pura expresión de este automatismo dictatorial y sanguinario. Este animal, no merece otro nombre, no sabe nada, nada de nada: pero está en celo, en celo de tiranía y de venganza, pues tiene la fuerza: la insurrección de los girondinos le ha creado un menester, un pedestal. Durante un tiempo se le deja hacer: así lo quiere la extraordinaria conjunción de los sucesos, que ha puesto en evidencia a esta innoble naturaleza; así lo quiere, por lo demás, la misma necesidad de cambiar el régimen que atormenta a la sociedad.

¿Cuál es, en efecto, después de la caída de los girondinos, el papel político de Saint-Just? Es sorprendente que sus panegiristas, *inter quos* Fleury, no lo hayan notado: esto podría haberles abierto los ojos sobre el personaje.

El papel de Saint-Just es la externina-

ción de los «sans-culottes», del jacobinismo, en una palabra, del partido democrático o popular.

Consultar algunas frases de sus discursos.

Comienza por *los enrages:* Jacques Roux, Varlet, Leclerc, los más feroces de sus burdos imitadores: les mata.

Vienen después los hebertistas: les mata.

Siguen los dantonianos, los proscriptores de la Gironde, denunciantes de Hébert y Ronsin, revolucionarios híbridos, que pretendían ligar la elegancia y el gusto *áticos* con la rudeza revolucionaria. Les mata. Siempre calumniando, Saint-Just proclama esta verdad, de la que no duda: Danton es un *hipócrita.*

Hipócrita, sí, pero no en el sentido de Saint-Just, sino en el sentido de la historia, que no admite estas monstruosas mezcolanzas.

Después de los dantonianos, los *ateos,* lo que quería decir, para la época, gentes haciendo dinero como único principio, como única ley, como única conciencia, etc. Chaumette, Gobel, personajes infames, llegados al punto de embrutecimiento moral e intelectual de creer que lo *verdadero* y lo *falso,* el *bien* y el *mal,* no son más que palabras; de obrar en consecuencia y de pregonarlo.

Ahora bien, si Varlet, Jacques Roux, los *anarquistas* de entonces, negaban todo orden político, consecuencia necesaria del principio democrático, ¿no era también consecuente que ciertos hombres negasen todo orden moral?

Desde el momento en que la ley social es concebida como la expresión de una voluntad cualquiera, debe ser negada: Gobel, Varlet, eran lógicos, llevando hasta la nada la subjetividad de la ley; sin duda estaban fuera de la sociedad; pero estaban con sus *principios,* como se decía entonces. ¡Saint-Just mata a toda esta gente!

¿Es que los mata, como lo quiere la ley, por crímenes políticos o privados? ¡No! No hay crímenes, al menos crímenes probados, especialmente crímenes que un Saint-Just tuviera el derecho de perseguir. Son los buenos, los verdaderos «sans-culottes»; la flor y nata de la Democracia: gentes que *rebasan* a Saint-Just, tan bestialmente, tan brutalmente como él ha rebasado a la Gironde.

Saint-Just les mata por *corrompidos,* ergo, conspiradores.

LE SALUT PUBLIC.

Las primeras barricadas de la Historia Moderna.

Jean Paul Marat, de la izquierda jacobina.

¿No es la Democracia quien se degüella a sí misma, por la mano de este autómata?

Cuando esta tarea está cumplida, cuando Saint-Just y su amigo Robespierre no tienen a nadie más delante de ellos, ¿en qué van a pensar? ¿Qué decidirán? ¿Qué propondrán? Han vencido: el vulgo cree que es a sus enemigos, a sus rivales a quienes han vencido. ¿Qué harán ahora que nos les queda más que dirigir el Estado?

Por de pronto continúan matando; han tomado esa *costumbre.* Ley del 22 pradial (15).

Así conservan el mando, mantienen la obediencia; y además se *depura* a la sociedad. Han pasado su vida en la sociedad jacobina, en *depuración;* la guillotina es, respecto de la nación, su instrumento *depurativo.*

Por otra parte, nueva prueba de la alta, profunda, e incurable incapacidad de estos hombres y de toda la secta, cuando hay tanto que hacer para reedificar las ruinas de la Revolución, cuando el trabajo de reparación reclama a todos los obreros, ellos se lanzan a la *Utopía.*

¡Saint-Just escribe sus *Instituciones!*

¡Robespierre funda un culto!

¡No se habla más que de Platón, Licurgo, Tomás Moro, Mably!

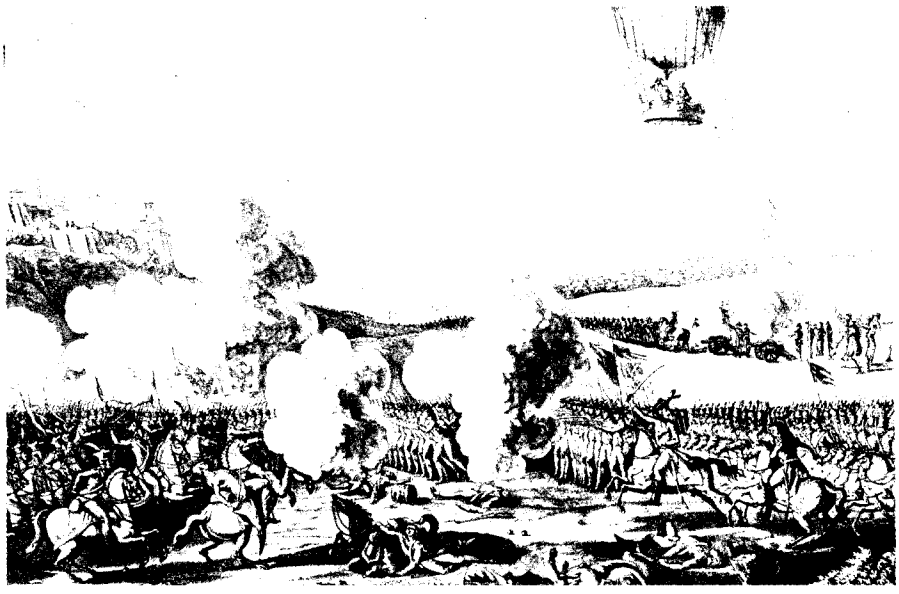
¡Los triunviros *sueñan*! ¡Que los *funcionarios instructores y los funcionarios amanuenses,* y los *oyentes (16) trabajen!* ¡Ellos, ellos se dedican a la contemplación!

Durante seis semanas, meditan, especulan, se revisten de quimeras, construyen su Télemo; viven con Minos, Mentor; se confabulan con las sombras; dialogan con los muertos. Ya no están en tierra: son arrebatados, como Mahoma, al séptimo cielo; reciben las órdenes del Ser Supremo.

En fin, sueñan con retornar a la realidad, o mejor piensan hacer pasar sus sueños por realidad, quieren moldear la sociedad según su ideal. Pero, para ello, les es necesaria la omnipotencia, ¡el poder absoluto! ¡Qué, sin embargo, no tienen! El Comité (de Salud Pública) se someterá y, si se rebela, un informe de Saint-Just le enviará junto a Danton, Hébert, Gobel, Varlet y la Gironde.

Aparecía aquí la inanidad de estos fanáticos, en quiénes la pereza intelectual, la depravación de la conciencia y el orgullo del ego habían formado un conjunto tan odioso y ridículo.

El 9 de thermidor ha sido constantemente mal juzgado: porque no se ha tenido en cuenta lo que en realidad eran Robespierre y sus partidarios; porque se les ha juzgado desde una razón *práctica,* que les era totalmente ajena; porque no se ha visto que estas *almas condenadas,* estos sonámbulos *atroces,* enlazados a los acontecimientos que se desarrollaban, no tenían significación más que *en la filosofía* revolucionaria, pero ningún valor en los hechos; y que el día en que quisieron aplicar a los hechos, a las cosas concretas, sus alucinaciones, se encontraron instantáneamente abandonados a sus fuerzas y perecieron.



Batalla de Fleurus.

Mientras Robespierre, Saint-Just, Marat son arrastrados por la corriente de los hechos, parecen algo: se les atribuye una capacidad, una influencia, una causalidad que no tienen. El día en que quieren entrar en las cosas, se rompen y se desvanecen.

¡Hola! ¡Robespierre quiere ser dictador! Esto hace sonreír de lástima a Carnot, que le dice: «¡Anda ya, eres *ridículo*!» Esto inspira a Barère, que le espeta su informe sobre la madre de Dios (17). Esto excita el furor de Collot D'Herbois, poco paciente, que agarra a Saint-Just por el brazo y le administra una tanda de bofetadas. ¡Robespierre dictador! ¡Pero Billaut-Varenne le devorará de un bocado, si se menea!

¡Robespierre dictador! Pero esto es precisamente lo que espera la Convención, ella, que no duerme, que no sueña, que no construye repúblicas imaginarias, que acecha el día y la hora de recobrar su soberanía, y de sacar al país de su horrorosa pesadilla.

¡Robespierre dictador! Pero esto supone la división en el Comité de Salud Pública; es la democracia llegada a su etapa final; es la ecuación revolucionaria colocada en su último término ¡el absurdo! El día en que Robespierre reclama la dictadura, Robespierre aparece como lo que es: una nada; y la Libertad va a retornar.

Sin embargo, el futuro dictador, disponiendo de los jacobinos, de la Comuna, aún ilusiona a mucha gente: mientras se apresta, con Saint-Just, a escalar el poder absoluto, es conveniente tomar al respecto algunas medidas. ¿Qué es preciso, para conjurar la revuelta, acaso el comienzo de la guerra civil, que podría acompañar a la loca tentativa? ¿Qué se necesita? Una sola cosa. La unión de la Convención y los disidentes del Comité.

Nada más que esto, y el dictador rueda por tierra. La opinión pública de vuelta, agotado el Terror, el pueblo fatigado, los jacobinos odiados: se tiene bastante, no se quiere más, de modo que la Convención y los

disidentes dicen: «No queremos más», y esto es obra del Terror, es obra del gobierno revolucionario, es obra de los señores de la *vara alta* (18).

Así como fue preparado, así se cumplió el 9 de thermidor. Aún queda una imagen por destruir en el pueblo sobre esta jornada: lo que algunos tomaron por lucha que hizo por un instante incierto el lado de que caería la victoria, no fue más que el torbellino de la catástrofe.

Robespierre, después de la ley del 22 pradial y la fiesta del Ser Supremo, estaba perdido. Había dado su medida.

La vuelta de Saint-Just, que llegó el 28 de junio, un mes antes del acontecimiento, (y no la víspera, ver Fleury), no le sirvió absolutamente de nada. Saint-Just estaba tan gastado, tan pobre de ideas, tan vacío de conceptos, tan incapaz de administrar o gobernar o de lo que fuera, como su jefe. ¿Qué dan a luz estos poderosos genios después de este mes de conferencias secretas y de retiro? Cada uno de sus discursos, de la primera a la última palabra, a través del más increíble desorden, los más regocijantes enredos, no quieren decir más que esto: *¡Dadnos la dictadura y enviad al patíbulo a nuestros enemigos!*

¿Se concibe a este pedante, seguido de su primer mentor, tras un retiro de seis semanas, llegando a pedir, en un discurso ininteligible, la dictadura?

¿La dictadura, por favor? ¿La dictadura para el virtuoso e incorruptible Robespierre? ¿Va en ello la salvación de la revolución y la sociedad? ¿La dictadura?

El «sans-culotte», símbolo de la izquierda moderna.

Lo atroz del *Terror* ha salvado hasta aquí el ridículo del thermidor. Es preciso restituir este elemento histórico.

Sobre todo es necesario no omitir nada, nada, en la lista de crímenes, traiciones, cobardías, calumnias, absurdos políticos, etc., de estos hombres; es necesario exponer su corrupción secreta, sus orgías nocturnas; es preciso, en fin, señalar en estas horribles naturalezas la demostración del principio de que *el poder es tanto más horroroso y execrable cuanto más bajos son los orígenes de los hombres que lo ejercen.*

Esta máxima, ya enunciada en la nota sobre C(amille) Desmoulins, es tan cierta que se la puede contemplar aquí como capital. Emana del hecho histórico y universal del progreso, de la identidad que hay, desde el punto de vista colectivo, entre *bienestar y virtud.* Está consagrado por el sentimiento general, que se da por bueno en todo país, de detestar a los *ennoblecidos,* a los *advenedizos,* a los *enloquecidos,* etc. ¿No son los ex-criados los peores amos? ¿Y los peores propietarios aquellos salidos de la clase pobre? Extraeremos de ello una conclusión general contra todos los ricos y los poderosos; y contra la Democracia, en tanto que gobierno del pueblo.

(1) Edouard Fleury, «Saint-Just et la Terreur», 1851.

(2) «Organt», mayo, 1789; «Esprit de la Révolution», 20 de junio 1791; «Fragments sur les institutions républicaines», (póstumo), 1800; «Oeuvres complètes de Saint-Just», (ed. Charles Vellay, 1908).

(3) Hegel, nacido en 1770, Schelling en 1775. Hegel, autor de la «Ciencia de la Lógica»; Schelling, filósofo idealista.

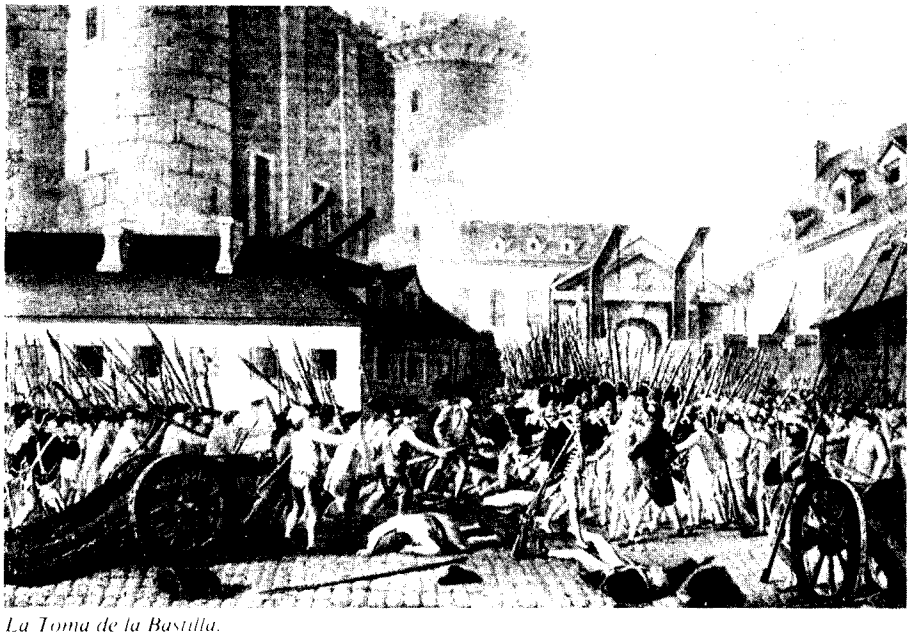
(4) «La Pucelle» (La doncella), poema libertino de Voltaire; «La Guerre des Dieux», de Parny, parodia licenciosa de la Biblia.

(5) Salente, ciudad imaginaria en «Telemaco».

(6) Saint-Just, discurso en la Convención, 13 de noviembre de 1792: «no se puede reinar inocentemente: (...) Todo rey es un rebelde y un usurpador».

(7) Al día siguiente al 9 thermidor, un diario de chismes calumniosos, el «Perlet», había afirmado que Robespierre y Saint-Just se entregaban a las «orgías» en una casa que había pertenecido a la princesa de Chimay, en Issy.

El fanatismo revolucionario según un grabado de la época.



La Toma de la Bastilla.

(8) Anne-Josèphe Terwagne, natural de Lieja, llamada Théroigne de Méricourt, célebre mujer revolucionaria.

(9) «Que simulen los austeros» (como lo había sido Curius Dentatus en la República romana).

(10) El exacerbado puritanismo de Proudhon parece extraviarle aquí. Michelet (t. II, 1847, p. 327 y V. 1850, p. 75) se limita a indicar que en 1790, Robespierre «tenía una prostituta a la que amaba mucho» y que en la sociedad de los jóvenes nobles de la Constituyente, agrupados alrededor de los hermanos De Lameth, había estado en contacto, por un momento, «con la corrupción de su tiempo», tomando ejemplo del Rousseau de las Confesiones. Pero, para añadir que «muy pronto se retiró» y procedió a «la depuración progresiva de sus costumbres». En sus «Carnets», t. 4, p. 201, Proudhon anota que, siendo Danton un «vividor», «Robespierre reforma sus costumbres, y se convierte en puritano» (5 de marzo 1851). Esta «continencia» le parece «sospechosa». Ibid, p. 262 (29 de mayo 1851).

(11) Fue el 20 de octubre de 1972 cuando el girondino Jean-Baptiste Louvet lanzó, desde la tribuna de la Convención, una larga y violenta requisitoria contra Robespierre. Este último respondió a Louvet en la sesión del 5 de noviembre.

(12) La palabra francesa «chenapan» proviene del holandés «snaphaan» y del alemán «Schnapphahn», que quiere decir «ladrón de gallinas». Proudhon ha podido deformar la ortografía de la palabra o la ha transformado al yidish.

(13) Probablemente los miembros de la sociedad popular local.

(14) Edouard Fleury, de quien Proudhon espiga con placer estos hechos, denigra sistemáticamente las misiones en los ejércitos de los dos representantes Saint-Just y Joseph Lebal. Sin embargo, es exacto, que en el curso de la primera misión, en Alsacia, en diciembre de 1793, los dos amigos gravan a los ricos de Estrasburgo en beneficio de los indigentes y esto en alianza con la sociedad popular local. También es verdad que Saint-Just hace detener, el 20 de marzo de 1794, al general Hoche, del cual, con razón o sin ella, se burla políticamente. En fin, Saint-Just y Lebas, en misión en el ejército del Norte, en mayo-junio de 1794, instauran allí una severa disciplina llegando hasta la pena de muerte y no ahorrando la sangre de los combatientes. Es un hecho que en el sitio de Charleroi, el 25 de junio, después de los combates mantenidos muy duramente, rechazan las ofertas del gobernador austríaco de la villa y le fuerzan a una capitulación sin condiciones (cf. Albert Ollivier, «Saint-Just ou la force des choses», 1954, y la introducción de Albert Szoboul a los «Discours et Rapports de Saint-Just», 1957). Parece que el celo marcial de Saint-Just era estimulado por razones de política interior. Los robesperianos estaban ligados a Jourdan y a su ejército de Sambre-et-Meuse, mientras que el ejército del Norte de Pichegru era adicto a Carnot. Es por esto por lo que Saint-Just quería una victoria a cualquier precio. Los sangrientos combates a los que constriñió a Jourdan permitieron la caída de Charleroi y la victoria de Fleurus, (26 de junio), (Michelet, op. cit., T. VII).

(15) La ley del 22 pradial (10 junio 1794) constituía una especie de golpe de Estado perpetrado legalmente por Robespierre, en la cumbre de su poderío, después de su entronización, la antevíspera, como Sumo Sacerdote del Ser Supremo.Sin siquiera consultar a los otros miembros del Comité de Salud Pública, hizo presentar en la Convención, por su fiel Couthon, de improviso, una ley que reforzaba el Terror. En ella se enviaba al patíbulo «a aquellos que hablan mal de los patriotas, que depravan las costumbres», etc. Para ellos, ante el Tribunal revolucionario, no más defensores (un «conspirador» no es digno de se defendido), no más interrogatorios previos, no más declaraciones escritas, no más testigos salvo estricta necesidad, no más pruebas materiales (siendo suficiente la prueba «moral»). La Convención, helada de espanto y subyugada por una apremiente intervención de Robespierre, lo votó todo. Pero había un «hueso» en este decreto. Su artículo 20 permitía enviar a no importa qué miembro de la Convención o de los dos Comités a la guillotina, sin siquiera un voto de la Asamblea. Así al día siguiente, 11 de junio, en el curso de una sesión borrascosa del Comité de Salud Pública, le fue reprochado a Robespierre haber obrado por encima de la cabeza de los otros gobernantes. Al mismo tiempo la Convención votaba una enmienda que abolía el artículo 20. Pero, el 12 de junio, Robespierre conseguía hacer revocar la enmienda arguyendo que la ley de pradial no iba contra la Asamblea. En sus «Carnets», t. 4, p. 202, Proudhon anota que «su ley de pradial es una emboscada para sus colegas», (5 marzo 1851).

(16) ¿Hace aquí alusión Proudhon a los miembros de la «Plaine» que, mudos, se contentaban con escuchar?

(17) El informe sobre la «madre de Dios», que hizo retorcerse de una risa inhabitual a la Convención, fue leído en la Asamblea el 15 de junio por Vadier, del Comité de Seguridad General, pero había sido redactado por Barère, con la intención de ridiculizar a Robespierre. Una vidente, de nombre Catherine Théot, reunía en su granero a algunos iluminados y les anunciaba la venida de un «nuevo Mesías». Un policía, Senar, encontró en casa de aquella, en el momento preciso, una carta destinada a Robespierre, informándole que su misión estaba predicha por un profeta de Israel y que era a él a quien se debía el restablecimiento de la religión. Los Comités hicieron detener y comparecer a la loca ante el Tribunal revolucionario, pero Robespierre, furioso, ordenó echar tierra al asunto. Uno de los fanáticos de Catherine Théot era un antiguo constituyente y colega de Robespierre, el cartujo dom Gerle, quien, en 1791, había querido hacer declarar al catolicismo religión de Estado. A propósito de éste y de Catherine Théot, Proudhon subraya en una carta: «Robespierre, dando a Gerle un certificado de civismo, lo que no había hecho con nadie, deja ver que contaba con utilizar al buen Dios y a la superstición para sus fines». (Correspondance, t. IV, p. 275, carta a Alfred Darimon.)

(18) «Gens de haute main», se decía, bajo la Convención, de aquellos miembros del Comité de Salud Pública que dirigían la alta política y que ordenaban las detenciones» (Littré).

De babor a estribor

• **Autogestión en Suiza.** En el pueblo suizo de Salecina se encontraron hace unos meses más de 80 personas de la Suiza alemana para hablar sobre Autogestión. Pero no se trataba de un debate teórico: los participantes eran todos miembros de empresas autogestionadas o de colectivos que piensan poner en marcha estas empresas. Fue la segunda reunión celebrada en Salecina: 31 colectivos estaban presentes, lo que suponía un considerable avance sobre la primera reunión de este tipo del año anterior. Diez empresas colectivas nuevas han empezado a funcionar en el curso del 1978, mientras diez colectivos más están preparados para empezar. Se trata, en su mayoría, de restaurantes —que aparte de comidas y bebidas suelen ofrecer programas culturales— y librerías. Hay algunas tiendas, una agencia de viajes, una productora y distribuidora de discos y varios colectivos de albañiles, fontaneros y carpinteros. Sólo dos empresas pueden situarse en el sector industrial: las dos imprentas. El avance más importante para el año que viene podrían ser los cuatro proyectos de colectivos de médicos. En Salecina no se constituyó ninguna nueva organización, ni se dieron comunicados a la prensa. «Todos hablaron de sí mismos y de su trabajo», declaró a la revista Focus, de Zürich, un trabajador de la imprenta colectiva Ropress. «Ahí estaba el contenido político». Según este trabajador, las críticas en el sentido de que el movimiento que se está forjando no es «político», no están justificadas. «El movimiento tiene que cuidarse de no querer completar su trabajo cotidiano poniéndose uno de los 'gorros políticos' que existen.» Según él, los movimientos políticos de izquierda han dejado de lado las verdaderas necesidades de los trabajadores. De ahí que él no interprete el trabajo en estos colectivos como «fuga al paraíso privado». «Es al contrario: empezamos a aprender de las derrotas de los pasados diez años.»
En la Suiza alemana, «Salecina» ya es más que una reunión: es un proceso. Los conflictos que hubo en el debate han desencadenado un proceso de reflexión de suma importancia, ya que los unos piensan que hay que quedarse a un nivel artesanal, de «tecnología blanda», mientras que otros opinan que no hay que tener miedo de entrar ya en el mundo de la mediana industria. Unicamente si la autogestión funciona a estos niveles igual que funciona a nivel artesanal —dicen— se puede hablar de un éxito. «Aquí hay un conflicto de opiniones que no se va a poder solucionar en debates. Aquí debe progresar ante todo la práctica.» Esperemos pues hasta septiembre para ver los resultados de esta práctica en la tercera reunión de Salecina.

• **Trilateral.** Según la «Comisión Trilateral», un club de ricos fundado por Rockefeller que se preocupa sobre todo de perpetuar el dominio USA sobre el llamado mundo occidental, «hay que limitar la democracia. El crecimiento y el desarrollo político se hacen cada vez más difíciles, y estos sistemas políticos están 'sobrecargados'». Según estos señores, que evidentemente nada tienen que ver con ese *sobrecargo,* las democracias serían cada vez más *ingobernables.* Una de las razones que han encontrado (seguramente con la valiosa ayuda de IBM): «Hay demasiados intelectuales en Europa.»
Otra conclusión impagable de estos mandamases: «la más sólida institución en el sentido de orden, donde se vive una disciplina interna que se ha perdido en las escuelas y cuarteles, son los partidos comunistas de Europa». Los capitalistas y explotadores se reconocen al instante, no importa de que vayan disfrazados.

Anarquismo y Derecho

Del 3 al 6 de enero se celebró en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Erasmo de Rotterdam (Holanda) el Seminario sobre «Anarquismo y Derecho» organizado por el profesor de Derecho Constitucional de aquella Facultad Henc van Maarseven, por Thom Holterman, abogado y miembro colaborador de la misma facultad, y por Ger van der Tang y Therese Willens, Secretaria de la Facultad, que actuó de Secretaria del Seminario.

El martes 2 de enero, por la tarde, tuvo lugar la inauguración de una exposición de «expresiones artísticas relacionadas con el anarquismo» en los locales de la Facultad. Se trataba de un interesante conjunto de carteles, murales, fotografías y dibujos. En un lugar destacado de la exposición figuraba dentro de una vitrina de cristal, sobre terciopelo rojo, un adoquín de las calles de París con la inscripción «Mayo, 1968».

Dado el número de participantes, el valor de sus aportaciones, y el escaso tiempo de que se disponía para las sesiones, los organizadores hubieron de arbitrar la convocatoria simultánea de tres grupos distintos de trabajo, en aulas distintas, si bien coincidentes en horario. Para general conocimiento del trabajo desarrollado en los grupos, se celebraba, con posterioridad, una reunión plenaria en la que se informaba del resultado de las exposiciones y coloquios habidos. En total fueron 21 los participantes a los que les correspondió la labor de hacer de ponentes de sus propios trabajos y que dieron lugar a los consiguientes debates. Hay que destacar que de ese total correspondió tal trabajo a los 5 participantes españoles que concurrieron.

Atendiendo al lema fundamental del seminario «Anarquismo y Derecho», puede decirse que la conclusión mayoritaria a que las reflexiones de los participantes condujeron fue aceptar que el Derecho, entendido como expresión y manifestación de voluntades de los individuos libres que configuran las distintas sociedades o comunidades que conforman, no es ajeno al Anarquismo, ni incompatible con él, sino que, al contrario, es expresión del orden social que la Anarquía, como máxima expresión del orden, comporta; y que en cambio, el Derecho, o la Ley, en cuanto es manifestación de la voluntad del Estado o del poder, actuando como fuerza ajena y extraña a la propia comunidad a la que se impone, es incompatible con la Anarquía.

La importancia de este acontecimiento radicaba no tanto por la presencia en el Seminario de especialistas sobradamente conocidos por su dedicación a los temas que fueron objeto de debate, por sus publicaciones notables en materias directamente relacionadas con el Anarquismo en cuanto «teoría política» y con la Anarquía como forma de vida, sino por la posibilidad de tener un lugar de encuentro y un medio adecuado para reflexionar en común y discutir amplia y abiertamente las respectivas posiciones. Especialmente importante dentro de una sociedad que no distingue a la Anarquía y al Anarquismo como «teoría política» de convivencia entre hombres libres que supera en cuanto a fines, orden social y libertades, a otras teorías políticas que actualmente impregnan la vida política de las distintas sociedades actualmente configuradas, y que, por el contrario, frente a grupos políticos organizados, se encuentra con la realidad del empeño puesto en práctica por éstos de hacerla aparecer, a la «teoría política» anarquista, como engendradora y madre del desorden social, el caos y la anarquía entendida en sentido peyorativo, cuando lo cierto es que ésta proclama medios y fines diametralmente opuestos y que pretende el logro de la libertad del hombre en la paz y el orden que la aplicación de sus principios conlleva.—**J. Cánovas.**

ASKATASUNA no es sólo un bravo grupo euskaldún de militantes anarcocomunistas, también una publicación madrugadora en cantarle las cuarenta al lucero del alba, una revista que necesita de la solidaridad activa de todos los libertarios que se precien para remontar —que relaños ya les sobran— la última agresión fascista que destruyó su local y malogró valioso material allí almacenado. Están en: Bertendoña, 2. Bilbao-8.

HISTORIA LIBERTARIA

Director: Ignacio G. Iglesias
Redacción: Rafael Cid, Eduardo de Guzman, Carlos Alvarez, Isabel Munilla, José Luis Moreno-Ruiz, Leopoldo Azancot, Pedro Gálvez (París) y Juan Luis Sánchez (Suecia).
Secretaria de Redacción: Alicia Aguilera.
Han trabajado en este número: José Cánovas, José Serrato, Fernando Fabro, Gerard Brey, Carlos Taibo, Telesforo Tajuelo, Abraham Guillén y Leopoldo M. Panero.
Confección y diseño: Rafael Cid.
Fotografía: Ricardo Aznar, Carlos Monge y Alfonso Rojo.
Portada: Ricardo Aznar, sobre dibujo cedido por la Federación Anarquista Francesa
Contraportada: Flavio Costantini.

Redacción y Administración: Calle de los Milaneses, 6-5.° centro. Madrid-13. Teléfono 247 62 86.
Horario de redacción: mañanas (lunes a viernes) de 11 a 13 horas y tardes (lunes, miércoles y viernes) de 17 a 19 horas.

Fotocomposición: Imposa-Tecnigraf. Juan de Olías, 12. Madrid-20.

Editor: Ignacio García Iglesias.
Precio para Canarias: 125 ptas.
Los artículos firmados son de la exclusiva responsabilidad de sus autores.
Imprime: Hijos de E. Minuesa, S. L.
Ronda de Toledo, 24. Madrid-5.
Depósito legal: M. 38.675-1978.
Distribuye: ATRIL. Emilia, 58. Teléf. 215 54 86. Madrid-29.

Fermín Salvochea

Autonomía Obrera.

3-15. Saint-Just y Robespierre.
16. Anarquismo y Derecho.
17. Editorial.
18-21. Ni con engaños Lenin consiguió doblegarles. Entrevista con Agustín Souchy.
22-29. Historia de una colectividad.
30-32. Con las ocupaciones no se juega.
33-44. Fermín Salvochea: de la democracia al anarquismo.
45-67. Dossier «Autonomía obrera».
- Diez tesis para un debate.
- Historia del MIL.
- Programa de liberación del pueblo español.

68-70. ¡Parad la mano que ordena y mata!
71. La alquimia y el verdadero W. Reich.
72-73. Letras y música.
74. Una generación crucificada.

¡COMIENCE LA FIESTA!

Editorial

Si todo el año es carnaval, febrero resulta el mes carnavalesco por esencia, presencia y potencia. Con redoblado vigor este año de gracia de 1979, en que al jolgorio popular de las acostumbradas saturnales se sumarán las comparsas, bailes, caretas y disfraces de unas carnestolendas políticas precursoras de las elecciones legislativas del primero de marzo.

Como nadie ignora, los camaleones mudan de color y forma igual que los políticos cambian de cara, camisa y chaqueta por una sencilla y poderosa razón denominada instinto de conservación. Es natural e inevitable que lo hagan, porque de no proceder así, de no superditarlo todo a su propio beneficio y personal supervivencia, tanto los camelones como los políticos que les imitan habrían desaparecido milenios atrás de la faz de la tierra.

Esta simple consideración debiera bastarnos para ser un poco más indulgentes con la dureza facial de tantos demócratas de nuevo cuño que desde todas las tribunas imaginables —mítines, conferencias, prensa, radio y televisión— pretenden darnos lecciones de liberalismo con idénticas actitudes y palabras con que ayer mismo se esforzaban por convencernos de las ventajas del totalitarismo franquista, de cuyas prebendas disfrutaban entonces y, con muy contadas excepciones, continúan disfrutando hoy.

Sin el menor propósito ni deseo de participar en estas fiestas báquicas y puesto que el espectáculo es público y en apariencia gratuito nos disponemos a presenciarlo con una sonrisa irónica en los labios y un completo escepticismo en el corazón. Aunque no confiamos en que nada de lo que ocurra en la pista resuelva nuestros problemas —«la emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos»— esperamos con curiosidad la actuación de los más destacados artistas circenses.

¿Quién podrá, por ejemplo, permanecer completamente serio en su butaca viendo y oyendo como José María Areilza, primer alcalde fascista de Bilbao, embajador de Franco durante largos lustros ante las grandes potencias europeas y americanas, se transforma de pronto en apóstol de la democracia? ¿Quién no sonreirá cuando Manual Fraga Iribarne, ministro de Información y Turismo del Caudillo de 1962 a 1969 se erija públicamente en campeón de las libertades democráticas y de los derechos humanos? ¿Cómo reaccionar cuando los ministros actuales, que también lo fueran de Franco, al que igualmente juraron fidelidad y obediencia imiten a Moisés llevándonos desde la esclavitud egipcia del anterior régimen a las tierras de Canaan de una prometida libertad?

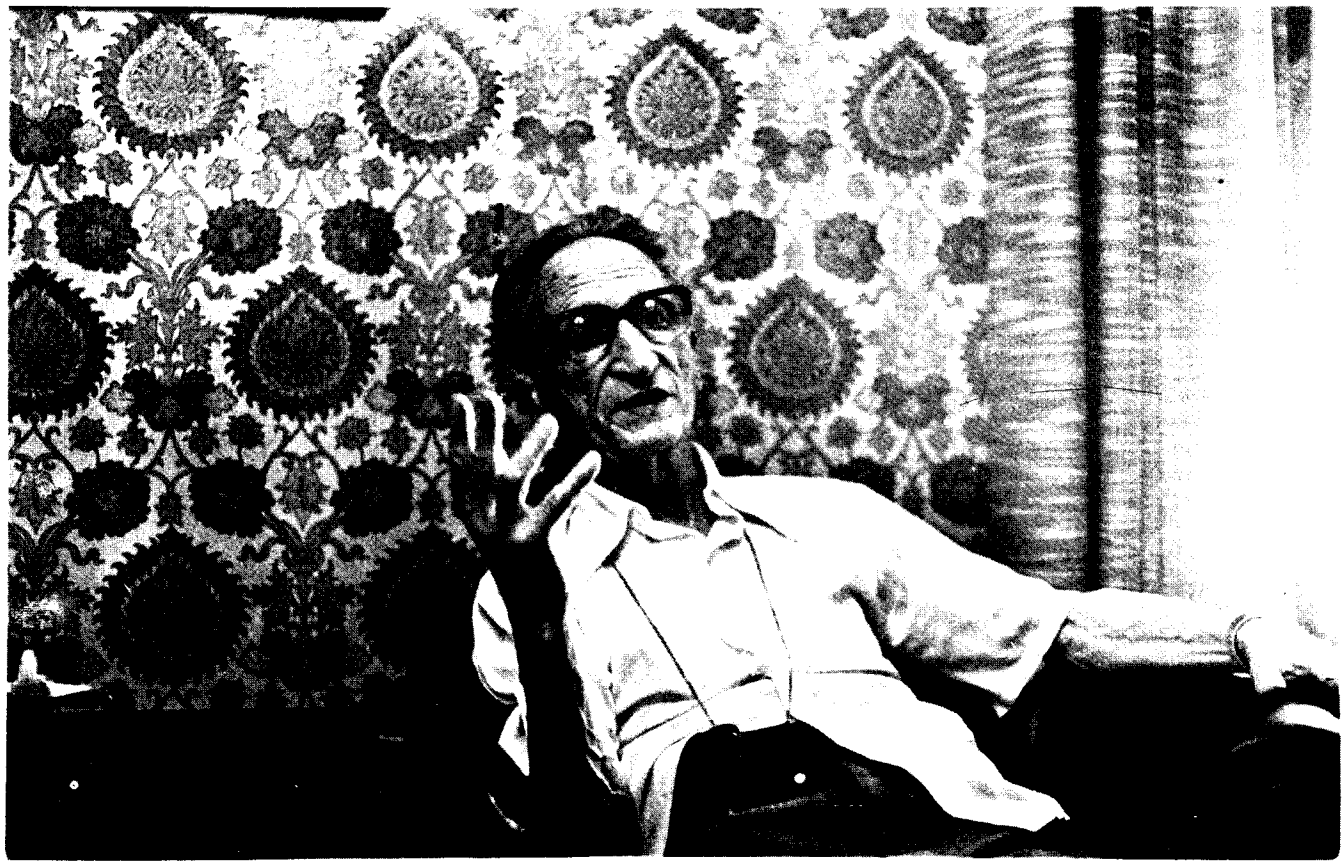
Y si son chocante, sorprendentes y divertidos los atuendos y disfraces de la derecha, ¿no lo son todavía más los de la llamada izquierda? ¿Qué pensar de Felipe González, repudiendo al marxismo, aceptando la Monarquía, el capitalismo de libre empresa y apartando de su lado como apestados a todos los socialistas históricos? ¿Qué de Santiago Carrillo, condenando el leninismo, el stalinismo (¡hay que ver!) y hasta el republicanismo para convertirse en habitual concurrente a recepciones palaciegas, banquetes diplomáticos y restaurantes de cinco tenedores? ¿Qué de las sindicales obreras «mayoritarias» que firman pactos sociales con el gobierno para favorecer a las patronales y hundir al los trabajadores en el paro y el hambre?

Es un espectáculo tan divertido como alucinante, en el que nadie es lo que parece, aunque todos sean en el fondo lo que son. Un espectador ingenuo caería en la tentación de suponer que por un increíble error todos los papeles de los personajes han sido cambiados. La realidad es, sin embargo, que cada intérprete ha escogido el que más le gusta y que todo el espectáculo está cuidadosamente ensayado antes de su presentación al público. Tan preparado como su coste que se eleva a varios miles de millones de pesetas, que si en principio fingen abonar los diferentes partidos en liza, en definitiva los pagaremos todos nosotros. ¡Y mucho más caro de lo que una mayoría piensa!

Agustín Souchy, anarquista alemán

Ni con engaños Lenin consiguió doblegarles

Lenin le enviaba su propio automóvil, casi cae junto a Berneri y Barbieri, fue el intérprete que voceó por la radio la derrota de los facciosos en Barcelona y sigue siendo hoy un convencido antimilitarista.



Carlos Mouge

Souchy: un alemán en las colectividades libertarias.

HISTORIA LIBERTARIA.—El primero de los tres grandes acontecimientos del mundo obrero que usted vivió de cerca fue la III Internacional, en Moscú. Allí se marcaron definitivamente las diferencias entre el movimiento comunista y el anarquista e incluso el socialista. En su transcurso se hizo patente, además, la tiranía que iba a implantarse en el mundo comunista. Es también su primer contacto serio con el anarcosindicalismo español, representado en aquella ocasión por Pestaña.

AGUSTIN SOUCHY.—Sí. Lenin convocó a los trabajadores del mundo, particularmente a las organizaciones sindicalistas, porque por aquel tiempo los partidos comunistas apenas si existían: el factor revolucionario lo componían entonces sindicalistas y anarcosindicalistas. Estos fueron a Moscú con la idea de colaborar a ahondar el surco revolucionario; se trataba de que la revolución no quedara constreñida a la Unión Soviética, sino que se extendiera a todo el mundo. Tal determinación era la razón fundamental, por nuestra parte, para acudir a la reunión. Corría 1919, la III Internacional ya estaba en marcha, aunque fuera muy raquítica, razón por la que buscaban nuestra alianza. Una vez allá nos dimos cuenta, no se hizo nada por ocultarlo, que Lenin quería una Internacional estrictamente comunista, de modo que las demás organizaciones existentes en el campo proletario quedaran subordinadas a los distintos partidos comunistas. No podíamos aceptar esto y todo terminó sin que se llegara a ningún entendimiento.

De España vino Pestaña, de Francia «le petit Beljian» —todavía no se había producido la división entre los diferentes grupos sindicalistas, existía una sola C.G.T.—, de Inglaterra llegaron representantes de la izquierda «tradeunionista», y de Alemania fui yo, como representante de la F.A.U.D., que era una organización de 120.000 afiliados. Y nadie quiso aceptar quedar subordinado ni a la III Internacional comunista, ni al partido comunista soviético que era quien estaba detrás de la maniobra, ni, por supuesto, a los partidos comunistas de

nuestros respectivos países. A la terminación del Congreso tuvimos conversaciones con los representantes de los sindicatos soviéticos. El propio Lenin llamó individualmente a cada uno de nosotros con un propósito determinado: convencernos de que estábamos en el camino equivocado. Estaba convencido de que deberíamos apoyar la actitud electoralista de los partidos comunistas de nuestros propios países, haciendo campaña en su favor y votándoles. Debíamos, los sindicalistas, ayudar a los comunistas a hacer posible su presencia en el parlamento. Estas conversaciones con los delegados de las distintas organizaciones obreras, que duraban unos veinte minutos, o, mejor, nuestra radical negativa a secundar sus pretensiones, fueron las que le impulsaron a escribir su famoso libelo *El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo.* Lenin mandaba su propio coche para recogernos, uno a uno, al hotel en que nos hospedábamos. Luego, en la puerta del Kremlin, y pese a tratarse del coche oficial de Lenin, nos detenían e iban a confirmar que éramos realmente sus invitados. (No estoy seguro de si era una costumbre oriental o si es que temían algún atentado). Como orador, Lenin no tenía la brillantez de Trostky. Solía bajar la voz, cosa típica de los profesores alemanes de aquel entonces, cuando quería dar cierto peso a sus opiniones. Pero no le valió de nada, ante la firmeza que mostramos. Ni utilizando engaños, como hicieron con Pestaña al que falsificaron la firma al pie de un documento para intentar convencernos de que estaba de acuerdo, cuando desde un principio su postura había sido inequívoca, consiguieron doblegarnos.

H.L.—El segundo acontecimiento, por así decirlo, fue la creación de la Asociación Internacional de Trabajadores, que está muy ligada a lo que ha contado anteriormente. ¿Cómo fue?

A.S.—Al no poder convencernos en el anterior congreso, celebraron un tercero en 1921. La Unión Soviética decidió, a su término, crear una Internacional roja cuando acabaron de convencerse de que no conseguirían que los sindicalistas quedáramos bajo el dominio comunista. Así que crearon su Internacional roja, a la que, desde luego, no nos adherimos. Hubo más tarde, en 1922, en Berlín, otra reunión a la que también asistí. A ella acudió un representante de la confederación sindical soviética. Nuestro compañero Chapiro, que había sido secretario de Kropotkin en Londres, fue encargado de exponerle las siguientes peticiones: ¿Quiere el delegado soviético comprometerse a pedir —había ocurrido ya Cronstadt y muchos revolucionarios poblaban las cárceles soviéticas— a las autoridades de su país la liberación de los revolucionarios detenidos y la libertad para crear organizaciones obreras autónomas? El delegado soviético contestó negativamente. Ahí quedaron definitivamente rotos los intentos de crear una Internacional única con los soviéticos. Fue entonces cuando se decidió, entre diciembre de 1921 y primeros meses de 1922, fundar la Asociación Internacional de Trabajadores, con representantes de España (la C.N.T.), Francia,

Carlos Mouge

«Para que un sistema sea libre, tiene que salir del pueblo mismo.»

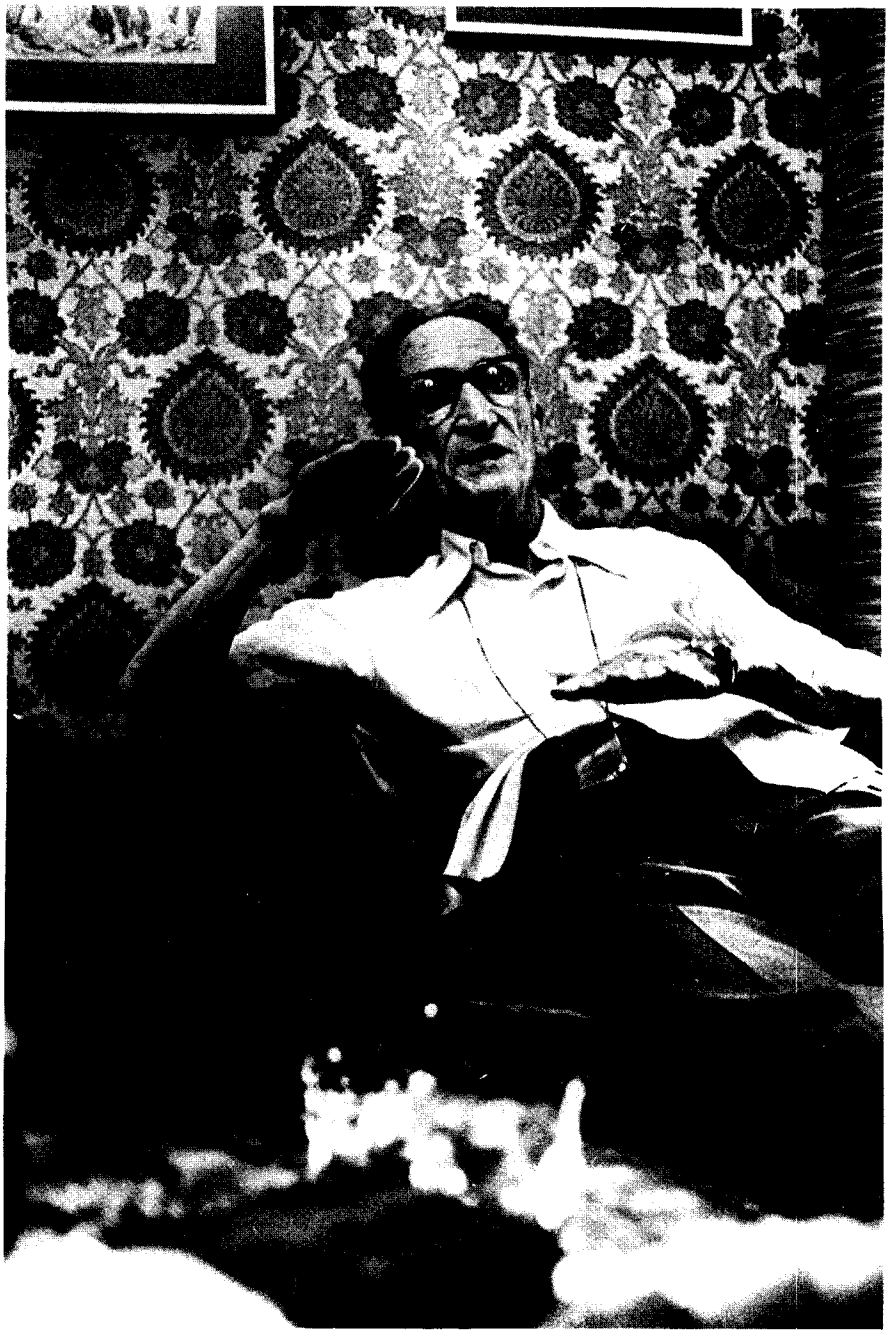
Alemania, Suecia, Holanda, Argentina (la F.O.R.A.), Estados Unidos (la I.W.W.), etc... Estos son, a grandes rasgos, los antecedentes de la creación de la A.I.T.

H.L.—Pocos años después se consolida la que sería su larga y fructífera relación con los anarquistas y anarcosindicalistas españoles. ¿Cómo fueron esas relaciones que le llevarían más tarde a participar intensamente en la revolución española?

A.S.—Al regreso de Argentina, en donde asistí, en 1929, a un congreso de la A.I.T. para América Latina, pasé por España. Más tarde, en 1932, estuve en Barcelona cuando se suscitó el problema del treintismo y antes había asistido al Congreso celebrado en Madrid en 1931, en el Teatro del Conservatorio. En 1933 tuve que refugiarme en París a causa de la subida de Hitler al poder. Y de allí marché, ya en julio de 1936, a Barcelona, invitado a un mitin antifascista de la C.N.T., cuando ya se tenía la certeza de que Franco estaba preparando el golpe. No hubo tiempo ya para ningún mitin. La C.N.T. de Barcelona se preparaba para actuar contra el alzamiento fascista, y yo me encontraba allí aquel 19 de julio de 1936. Quería participar en la contienda, pero como era antimilitarista y algo mayor ya, los compañeros me dijeron que podría servir de otra manera que luchando. Efectivamente, cuando se sofoca la sublevación fascista yo fui quien dio la noticia en francés y en inglés por Radio Barcelona. Luego pasé a organizar la información internacional de la C.N.T. Tuve que recibir a mucha gente. A Willy Brandt, que pertenecía al ala izquierdista del Partido Socialdemócrata alemán y vino como informador del Partido Socialdemócrata noruego, país en el que había tenido que exiliarse a raíz de la subida al poder del nazismo; el hoy presidente del Partido Socialdemócrata alemán quedó muy impresionado de la obra que por aquel entonces realizaba la C.N.T.

Luego vendrían los sucesos de mayo de 1937, en los que caería tanta gente. Vivía yo en aquel tiempo en la sede del Comité Nacional. Camilo Berneri, al que ya conocía por haberle ayudado en París anteriormente, cuando se hallaba en peligro, y Barbieri también estaban en Barcelona. Vivían en un edificio de cinco pisos y me ofrecieron varias veces que me fuera allí con ellos, ya que tenían sitio de sobra. Yo, un par de semanas antes de los sucesos de mayo, les dije que sí, aunque por razones que ahora no recuerdo no lo hice. Eso me salvó, porque no solamente Berneri, que se había convertido en la bestia negra de los comunistas por aquel famoso artículo en el que decía que hoy luchábamos contra Burgos, pero que mañana tendríamos que hacerlo contra Moscú, sino Barbieri, que no era un militante ideológico sino sobre todo de lucha, fueron sacados de sus casas de noche y asesinados.

Igual suerte corrió otro personaje menos conocido, el troskista vienés Landau, al que también había conocido en París y que se encontraba por aquel entonces en Barcelona. Poco después de los mencionados sucesos de mayo vino a verme y me dijo que estaba en peligro. Le ofrecí quedarse en la biblioteca de la sede del Comité Nacional, cosa que aceptó. Una semana después de irme, estuve fuera tres semanas en misión



Carlos Mouge

«En 1919, el factor revolucionario lo componían los sindicalistas y anarcosindicalistas.»

informativa por Europa, pensó que ya no había peligro, volvió a su casa de Sarriá y allí lo mataron. (Más tarde su viuda se casaría en México con un miembro del Partido Comunista español, responsable directo de su viudez).

H.L.—Por aquel entonces visitó usted las colectividades de Aragón, investigando y recopilando material para escribir sobre ellas, cosa que haría posteriormente.

A.S.—Exactamente. Yo me di cuenta inmediata de la importancia de esta experiencia. Había estado en la Unión Soviética en 1920, y allá había visitado las fábricas, y veía cómo el director era nombrado siempre por el Ministerio de Industria, mientras que el «soviet» de la fábrica solo se encargaba de repartir comida a los obreros y de las cuestiones higiénicas, nada más. En lo que a los planes de producción y a la dirección respecta, el «soviet» no tenía nada que hacer. Así era en todas partes, ya que lo mismo ocurría en el campo; por aquel tiempo —1920— todavía no existían las «koljoses». Sólo existían las empresas agrícolas del Estado, que eran los grandes latifundios. Toda iniciativa popular había sido suprimida. Tal era la situación soviética. En España, la cosa era completamente distinta. Al ver cómo funcionaban en Barcelona los transportes y otras industrias colectivizadas, me daba cuenta de que esa era la revolución verdadera, la del pueblo mismo. Decidí dedicarme a recorrer muchas fábricas colectivizadas de Barcelona y, oyendo allí hablar de las colectividades del campo de Aragón, marché para estudiarlas «in situ». Con todas mis experiencias hice un libro en francés, publicado en Barcelona por vez primera, que luego ha sido traducido, y también un libro en alemán que se llama *Noche sobre España.*

Hoy en día en Alemania son muchos los estudiantes y profesores que se interesan por esta cuestión. De hecho, he hablado en casi todas las universidades sobre la revolución española y, aunque ahora no tanto, ante los sindicatos. Y el tema principal que me piden es el del ejemplo máximo de esa revolución: las colectividades libertarias.

> ***Berneri se había convertido en la bestia negra de los comunistas por aquel famoso artículo en el que decía que mañana tendríamos que luchar contra Moscú.***

Es curioso porque yo he ido en tres ocasiones a Yugoslavia, y aunque allí las cosas estén a este nivel más avanzadas que en la Unión Soviética, la autogestión yugoslava no tiene comparación con la que se puso en marcha en España. Porque allá, por ejemplo, cuando se construye una fábrica, no es sólo el personal que allí trabaja sino también el gobierno municipal el que nombra al director, y en las fábricas muy grandes es el Gobierno quien lo hace directamente. De modo que no es algo autónomo como lo fue en España Hay otros muchos aspectos, lo he escrito en otro libro, como la diferencia enorme entre los ingresos de los trabajadores y los directores. Tito mismo ha dicho en sus conferencias que, por ejemplo, se distribuye un porcentaje de las ganancias. Pero si a los obreros les dan 3.000 dinares, al director 80.000. Otro es el de los bancos en Yugoslavia, que ponen intereses de hasta el 30 por ciento, para los créditos a trabajadores que quieren organizar una fábrica autogestionada.

H.L.—Después de vivir un agitado siglo de importantes luchas obreras desde el campo anarquista, ¿qué piensa hoy de todo esto?

A.S.—Hoy como hace cincuenta o sesenta años estoy a favor de una revolución política en todos los países donde hay dictadura y donde no hay libertades. Ahora bien, si se trata de reconstruir después un nuevo sistema económico-social, es otra cosa. Esto no se puede hacer con violencia individual. Tiene que salir del pueblo mismo. Solamente entonces será una cosa libre, libertaria. Y no puede esperarse que prospere de un día para otro. Es un proceso largo. No hay más que fijarse en el caso español. La experiencia libertaria vivida en España durante la guerra civil no surgió de la nada. Ya durante el siglo pasado el movimiento obrero español tenía grandes influencias bakunianas. Y durante el período republicano estuvo la proclamación del comunismo libertario en Figols y Casas Viejas.

Es necesario que todo evolucione. Al fin y al cabo, la revolución no es sino una evolución acelerada.

Muerte de José

José Expósito Leiva, antiguo y conocido militante de las Juventudes Libertarias madrileñas, ha fallecido en Caracas, donde residía hace más de un cuarto de siglo, en la primera quincena del pasado mes de septiembre. Leiva que, pese a su juventud, desarrolla una intensa actividad en los años que precedieron a nuestra guerra civil y en el transcurso de ésta, fue detenido a su final en el puerto de Alicante. Trasladado a Madrid, resultó condenado a muerte en uno de los muchos millares de consejos de guerra sumarísimos de urgencia que se celebraron en los años cuarenta.

Expósito Leiva

Tras ser indultado permaneció en prisión hasta el año cuarenta y cinco, reanudando sus actividades en la clandestinidad al ser liberado. El año cuarenta y siete cruzó la frontera para formar parte en París del gobierno republicano en el exilio presidido por Giral. En Francia publicó entonces su libro «Por Dios, por España y por su revolución nacional sindicalista» en que relataba con descarnada veracidad su dolorosa odisea por las cárceles franquistas. Posteriormente trabajó en Caracas como corresponsal en Venezuela de France Press, agencia francesa de información.

Barcelona, 1936-1939

Historia de una colectividad

Hace cuarenta años, en Barcelona, se instauró la jornada de seis horas, entre otros avances sociales aún no superados. José Serrato, responsable de la Colectividad del Vidrio Plano cuenta cómo fue posible.

En el momento de estallar el golpe de los generales contra la República y las instituciones populares, yo pertenecía al Sindicato del Vidrio Plano de Barcelona. En Cataluña, la reacción popular derrotó en horas la rebelión. La derrota del general Goded puso en fuga a la inmensa mayoría de los patronos de la pequeña y gran industria que habían colaborado en forma masiva a financiar el golpe.

El pueblo quedó dueño de la situación, encontrándose con que las fábricas habían sido abandonadas por sus propietarios. ¿Qué hacer? El trabajo debía reanudarse sin pérdida de tiempo. Por ello expuse al presidente y miembros de la Junta del Vidrio Plano de Barcelona que nuestro deber consistía en demostrar a todo el mundo que los trabajadores tenían suficiente capacidad y responsabilidad para llevar adelante las tareas de producción, prescindiendo del patrón explotador.

El proyecto que presenté a la Junta, para que ésta lo diera a conocer a todos los trabajadores del sector en Asamblea General, no consistía sino en la puesta en práctica del lema que figuraba en el carnet de todos los anarcosindicalistas: "La emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos." Por otro lado, el plan que propuse no era improvisado, puesto que yo ya lo tenía muy estudiado pensando que algún día llegaría la hora de ponerlo en práctica.

Con varios compañeros del Sindicato (José Soler, J. Juan Doménech, Oller, Babi, Hernández, Busto...) preparamos el orden del día de la Asamblea General, que quedó compuesto así: Proyecto de incautación, por todos los trabajadores del ramo, de los instrumentos, fábricas, talleres y almacenes; creación de la colectividad "Espejos, cristales y vidrios planos"; nombramiento de un "Consejo de Administración"; y asuntos generales.

A la asamblea, que contaba con la presencia mayoritaria de afiliados a la Confederación Nacional del Trabajo, asistieron obreros pertenecientes a todo tipo de organizaciones sindicales y políticas.

El Consejo de Administración, del que fui elegido presidente, quedó en sus restantes puestos cubierto así: secretario, José Soler; secretario segundo, Miguel Babi; tesorero, Sánchez; técnica, Oller y Ricardo Garriga, y contabilidad, López y Víctor.

En cumplimiento del voto unánime que la asamblea le había conferido, el Consejo, que tenía su domicilio en el primer piso de un edificio que hacía esquina entre la calle Muntaner y la Diagonal, decidió:

1.º Nombrar una comisión de tres técnicos contables de la colectividad para que presentaran inmediatamente la relación del material, máquinas, cuenta en bancos y todo cuanto perteneciera a cada una de las diversas fábricas, talleres y almacenes colectivizados.

2.º Organizar la sección única de compras, ventas, contabilidad y caja.

3.º Crear la sección de transporte.

4.º Dar el título de "productores" a todos los trabajadores de la colectividad, sin establecer distinción alguna.

5.º Que los talleres, almacenes y fábricas pierdan el antiguo nombre de sus propietarios, para pasar a denominarse: Sucursales número 1, 2, 3, 4, etc., de la colectividad "Espejos, cristales y vidrios planos".

6.º En cada sucursal, los productores se reuni-

El autor con los miembros del Consejo Administrativo de la Colectividad.

rán y nombrarán al responsable de la producción que les representará en el Consejo de la colectividad.

Cuando la comisión encargada de hacer el inventario entregó su informe, el Consejo vio la necesidad urgente de nombrar una comisión industrial cuyo objetivo sería, principalmente, agrupar los instrumentos de trabajo en los mejores locales y eliminar toda las máquinas viejas. Era necesario que los productores trabajasen en las mejores condiciones posibles, evitando fatigas y esfuerzos inútiles. Dado el resultado del inventario, que reflejaba la total ausencia de dinero en las arcas (cuando la presidencia del Palacio de Justicia de Barcelona dio orden de restituir a la colectividad el dinero de las empresas colectivizadas, que se suponía guardado en el Banco de España, las pesetas habían desaparecido con los antiguos propietarios), se decidió guardar en la caja de caudales todos aquellos documentos en los que constaba el «capital heredado».

Por fortuna, el compañero J. Juan Domenech había sido nombrado consejero del gobierno de la Generalitat de Cataluña y pudo conseguir préstamos para el pago de los primeros jornales. La colectividad empezaba con una deuda, pero ésta sería saldada ocho días después. Era el primer síntoma de eficacia de la nueva organización.

En cuanto la colectividad comenzó su andadura, vinieron compañeros y trabajadores del vidrio procedentes de otros lugares de Cataluña, y también de Valencia y de Madrid para que se les explicara la manera en que debían proceder para colectivizar sus distintas fábricas. Otros venían en representación de distintos sindicatos, como Madera, Construcción, etc.

Puedo afirmar, sin asomo de jactancia ni pretensión, que nuestra colectividad fue espejo de emancipación de los trabajadores.

Los acontecimientos sorprendieron a más de un patrón, entre ellos Pedret i Llaset, Sen de la casa Murguía, Granell, Puig, Cristalería Catalana, E.X.P.A.C.O. –representantes de *Saint Goben* en Barcelona–, etc. En honor a la verdad, la mayoría de ellos trabajaron en la colectividad, si no con entusiasmo, si al menos con lealtad e inteligencia. Por acuerdo del Sindicato, también recibieron el título de productores: habían pasado los tiempos de obreros y patronos.

A cada uno de los ex-patronos se le ocupó en la colectividad según sus aptitudes, ya que entre ellos había buenos técnicos. La convivencia entre ellos y sus antiguos empleados fue buena, sin que se dieran casos de enfrentamientos. Lo más curioso era la sorpresa que se notaba entre aquellos antiguos asalariados que no se habían preocupado de la lucha sindical, y que eran incapaces de creer que se pudiera trabajar sin patronos. La realidad se imponía y para ellos era como un sueño. Esta ausencia de represión hacia los antiguos explotadores era la prueba de nuestro recto entendimiento de la justicia. Y eso que no olvidábamos que si el alzamiento de Franco hubiera triunfado en Cataluña, muchos de nosotros hubiéramos sido fusilados, con la complacencia y, en algunos casos, alegría de los patronos del vidrio. Pero nuestra justicia no podría confundirse con la capitalista. Un nuevo orden social nacía con nuestra emancipación, un nuevo orden de *libertad y ayuda mutua entre los pueblos de Cataluña, España y el mundo entero.*

Seis horas son suficientes

Nuestra colectividad había «heredado» muchos camiones; rara era la empresa que no tenía dos o más para hacer el mismo recorrido: tal era el grado de competencia entre ellas, competencia que alteraba los precios, repercutiendo sobre los salarios y las condiciones de trabajo de los obreros. Nuestra colectividad terminó unificando los precios, mientras se decidía dividir a Barcelona en cuatro sectores, destinando a cada sector un solo camión, que haría un recorrido diario. De esta manera, fue posible ceder un buen número de camiones para usos militares, junto con gran cantidad de compañeros, que se ofrecieron voluntarios para combatir en el frente de Aragón.

Paso a paso, día a día, íbamos creando las condiciones indispensables para nuestra emancipación.

Unificados los precios, organizado el transporte y cerrados todos aquellos talleres que no reunían las condiciones de trabajo, el Consejo de la Colectividad

Los técnicos del Vidrio Plano en una reunión de trabajo

propuso a todos los productores reducir la jornada de ocho a seis horas. El principal motivo de esta propuesta, aparte razones de humanización del trabajo, era dar empleo a los productores de los talleres cerrados. La propuesta fue unánimemente aceptada, decidiéndose además que cada productor eligiera para trabajar aquel taller que se hallara más cercano a su domicilio, con objeto de evitar la fatiga que suponían los largos desplazamientos.

La producción, lejos de resentirse con la reducción del horario, fue a más, especialmente en cuanto a calidad, ya que el obrero trabajaba con más satisfacción. Por supuesto que los productores habían dejado claro su espíritu de sacrificio, al decidir que si la guerra hacía necesario trabajar ocho, diez o más horas, así se haría. Todos los productores comprendíamos que el éxito de nuestra colectividad y de nuestra emancipación dependía de la victoria de nuestros combatientes.

La colectividad de «Espejos, cristales y vidrios planos», de Barcelona y Cataluña se convirtió así en la primera en imponer la jornada de seis horas.

Una vez lograda ésta, el paso siguiente fue la creación de la comisión médica, formada por un doctor, un enfermero y una secretaria, encargada de llevar el fichero con los historiales de los enfermos y accidentados de la colectividad. La creación de esta comisión respondía a un acuerdo del Sindicato y los representantes de los productores:

«El responsable de la producción de la sucursal donde haya un enfermo o un productor accidentado, advertirá inmediatamente a la comisión médica.

Al cien por cien

»El médico y su ayudante acudirán con carácter urgente a asistir al productor, al que se le entregará los papeles de la colectividad para que escoja el especialista que su mal requiera y pueda comprar en la farmacia las medicinas. Todo ello será gratis al cien por cien.

»El enfermo o accidentado seguirá cobrando el sueldo íntegro.»

Estas medidas constituían, a los ojos del proletariado de Cataluña, España y el mundo entero, unas ventajas de orden moral y material que no se gozaban en ningún otro sitio. Nuestra colectividad reconocía unos derechos elementales que el capitalismo explotador convertía en derechos de hambre y miseria.

Paso a paso la colectividad iba afirmando el carácter altamente humano que guiaba sus acciones, siempre contrarias a todo sistema de trabajo explotador.

Otro paso en nuestra carrera hacia la emancipación fue el de jubilar a todos los productores que tuvieran más de 60 años, conservándoles íntegros sus sueldos. Una vez confeccionada la lista de los que estaban en edad de jubilarse, se les convocó a todos en la sala de Reuniones del Consejo. No puedo precisar cuantos eran, pero los había que tenían más de 80 años y seguían trabajando porque la jubilación no les daba ni para comer.

Entre ellos era especialmente lamentable el caso de un dibujante de cristales artísticos, de 82 años, que tuvo que estar trabajando hasta que al fallarle las manos le hicieron jubilarse con un sueldo (?) de

25 pesetas, suficiente para morirse de hambre.

Al explicarles la decisión tomada, las lágrimas empezaron a bañar sus rostros de trabajadores, sintiéndose al fin libres y comprendidos.

Al día siguiente, una comisión de jubilados se presentó ante mí para pedirme que agradeciera a todos los productores de la colectividad lo hecho por ellos, y que se les permitiera seguir trabajando, ya que querían seguir siendo útiles a la causa obrera.

Les respondí dándoles las gracias por su ofrecimiento. Les dije que estábamos en guerra y que si la situación bélica lo hacía necesario no dudaran de que les pediría ayuda, pero que mientras tanto lo mejor era que descansaran y se cuidaran.

Habíamos resuelto pues, aquellos problemas que creíamos era de humanidad resolver; ahora se presentaban otros. Uno de ellos era fijar la producción que debía alcanzar cada obrero; otro, más difícil, fijar el salario de cada uno.

En provecho propio

Mientras se discutían estos problemas, me tocó redactar por encargo del sindicato, la siguiente circular: «La sección del Vidrio Plano del Sindicato de la Industria Vidriera de Barcelona a todos los trabajadores de la sección.

Compañeros:

No queremos que nadie se de por ofendido con lo que vamos a decir, pero si deseamos que todos se den por enterados.

Parece olvidarse que hoy trabajamos para nosotros mismos y que ya no tenemos detrás nuestro al burgués que ayer nos explotaba. Insistiremos tantas veces cuantas sea preciso sobre este punto, que consideramos capital para la buena marcha de nuestra industria y sección.

Ya no está el burgués que nos explotaba, y el producto del esfuerzo que realizamos en fábricas, almacenes y talleres pasa a constituir nuestro patrimonio o sea nuestra riqueza. Esto quiere decir que si contribuimos todos con el máximo interés, sin regatear esfuerzos de ninguna clase, mayores serán las posibilidades de perfeccionar nuestra organización y de poder atender nuestras necesidades. No quisiéramos que esto se olvidase o que estas manifestaciones sinceras, hijas del cariño que profesamos a la obra que tan sólo ha empezado, pudieran interpretarse indebidamente.

¿Por qué? Porque el único medio que tenemos para realizar la total emancipación económica y moral está en el trabajo. Y si lo descuidáramos, si no nos entregáramos a él con el pensamiento, la idea y la voluntad de lo que representa para nosotros y nuestras familias, en este instante de prueba gigantesca y creadora, posiblemente, inconscientemente, en vez de acrecentar nuestras posibilidades manumisoras, acrecentaríamos nuestra miseria y con ella nuestro descrédito.

La responsabilidad que hemos adquirido ante vosotros, ante la sociedad y ante el mundo entero, es tan grande, tan trascendental, que por obligación, por amor

propio, cada uno y todos en general hemos de multiplicarnos, con el fin de que si este ensayo extraordinario de carácter social y dentro de los principios de la CNT fallara (que no puede fallar), que no pudiera insinuarse siquiera que ha sido por falta de capacidad, actividad y abnegación.

Procuraremos todos y cada uno de nosotros trabajar con entusiasmo; que para levantar a nuestra industria y sección a nadie le duelan prendas, ya que el beneficio inmediato de nuestros esfuerzos servirá para asegurar el bienestar de cuantos trabajamos en «Espejos, cristales y vidrios planos» y a la Comunidad en general.

Que sea nuestra consigna pues:

Para el engrandecimiento y afianzamiento de nuestra industria colectiva, todo esfuerzo es necesario y poco.

Os desea Salud y libertad.

La Subjunta del Vidrio Plano

Barcelona, 14 de octubre de 1936.»

Al día siguiente de distribuirse la circular fui, como responsable del Comité, por talleres, almacenes y fábricas, explicando el alcance moral y revolucionario de cuanto la colectividad realizaba, haciendo ver que de nuestro trabajo y de nuestra unión dependía el éxito de nuestro empeño.

Estas explicaciones eran necesarias para contrarrestar a los quintacolumnistas que trataban de minar la moral de los trabajadores menos conscientes, sirviendo los intereses de nuestros enemigos. Porque si los soldados y voluntarios izquierdistas y revolucionarios luchaban para *hacer triunfar la libertad,* nosotros luchábamos para *liberar a los trabajadores de toda explotación.*

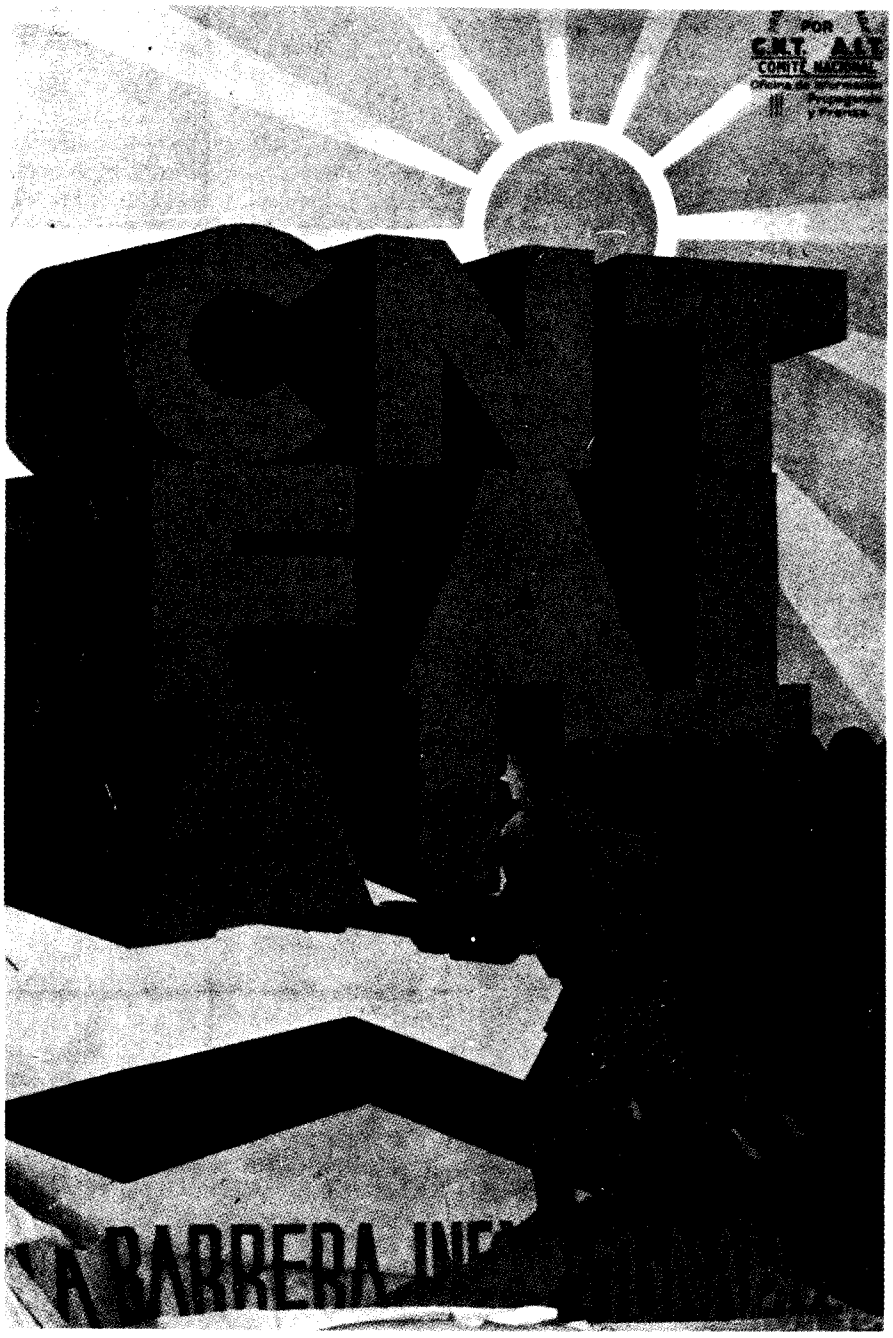
Pero no por estar absortos en nuestro trabajo olvidábamos a nuestros combatientes. Esposas, madres y familiares de los productores que luchaban en el frente seguían cobrando el sueldo íntegro de sus parientes. Queríamos que los combatientes no tuvieran que preocuparse por la situación de sus familias. La solidaridad y el apoyo mutuo no eran vanas palabras en nuestra colectividad.

A cada uno según sus necesidades

Mientras tanto, seguíamos sin encontrar una solución definitiva al problema de los salarios. Noches enteras el Consejo y la Junta de la Sección del Sindicato las pasaban buscando la solución, que para nosotros sería muy fácil si hubiéramos podido aplicar la concepción anarcosindicalista de *dar a cada uno lo que necesitara para satisfacer sus necesidades.*

Pero, aunque los principios de organización de la colectividad eran los confederales, no todos —aunque si la mayoría— éramos anarcosindicalistas. Por ello, si bien las antiguas divergencias sobre tácticas de organización y lucha habían desaparecido, al tratar el tema de los salarios unos opinaban que «cada productor merecía un salario de acuerdo con su capacidad profesional » y otros que «debían tenerse en cuenta los hijos que se tenían», etc. Más de una vez estas discusiones se veían interrumpidas por el salvaje ulular de las sirenas anunciando la presencia de la aviación nazi e italiana.

Cuando la aviación enemiga se había marchado, dejando tras de sí una estela de



muerte y destrucción, volvíamos a reunirnos. Se buscaba un acuerdo que diera satisfacción a todos, pero no se encontraba, por lo que se decidió convocar una asamblea general de la sección, para que fueran los productores quienes decidieran el salario que querían percibir.

Mientras se preparaba la asamblea, tarea que tenía a su cargo Miguel Soler, Miguel Babi Camps (ambos de la sección de transporte) y yo, buscamos la manera de solucionar el problema de la escasez de alimentos, acaparados en muchos casos por estraperlistas. Con carácter urgente decidimos constituir una cooperativa. Los compañeros chóferes irían con el encargado de la cooperativa a visitar, en las horas libres (que a causa de los intensos bombardeos no eran muchas, ya que había que reponer muchos cristales), los pueblos de los alrededores en donde se suponía que encontrarían abastecimiento diverso, como así ocurrió.

Con unas planchas de madera y unos caballetes construimos un mostrador. En los muros se hicieron unos estantes, en los que colocamos los productos traídos en los camiones. Cuando se avisó a los productores que sus familiares podían ir a comprar las cosas que necesitaban, el lugar quedó pronto convertido en un auténtico mercado. En un libro apuntábamos el nombre del productor y el número de familiares que tenía, así como las mercancías que se les entregaban. La colectividad había logrado un nuevo objetivo. El productor no sufría ninguna explotación, ni como obrero ni como consumidor, ya que las mercancías se vendían al mismo precio que se compraban. Se habían acabado también los intermediarios, esos otros explotadores. Fue tal el éxito, que la mayoría de los productores prefirieron los alimentos al salario. Habían comprendido que el intercambio de productos, materias primas y cuanto el ser humano necesitaba para vivir y trabajar libremente, valía más que todos los salarios y todas las pesetas.

La guerra es la guerra

Pero la guerra era cada vez más devastadora. Las dificultades se hacían sentir en el interior del país. Las reservas de vidrios y cristales de nuestros almacenes principales se agotaban. Los bombardeos del enemigo seguían destruyendo la capital, barrio por barrio. La única fábrica de cristalina (la C.E.L.O, de Badalona) no bastaba para cubrir nuestra demanda. Las otras estaban en manos de los fascistas. No podíamos cruzarnos de brazos y esperar. Convoqué una reunión del Consejo y la Junta del Sindicato que acordó, por mayoría absoluta, que una comisión compuesta por Oller, Pichot y yo, como presidente de la colectividad, iría a París para negociar con la compañía *Saint Gobain* el envío de varios vagones de cristales y vidrios. J. Juan Doménech nos entregó al día siguiente la orden escrita de trasladarme a la capital francesa, comisionados por el gobierno de Cataluña para efectuar la compra.

Fuimos en tren, en un viaje de ida y vuelta que duró cuatro días. El resultado fue excelente. La *Saint Gobain* aceptó enviarnos todo el material que pedimos. Nos garantizaba el suministro de nuestras fábricas y nos concedía entera confianza.

En la estación francesa, en el momento de subir al tren, se acercó una señora. Nos preguntó si éramos españoles que íbamos a ayudar a *nuestros hermanos*. ¿Qué hermanos? Y al ver que en una de las grandes estaciones de París, los fascistas se permi-

tían el lujo de trabajar descaradamente por los llamados «nacionales» de Franco, una tristeza inmensa se adueñó de nosotros.

Una semana después de volver, se recibió el primer y último envío de cristales de *Saint Gobain.* No tuvimos otro remedio que mandar a Sánchez, el tesorero, a Bruselas, pues estaba seguro de encontrar buen material allí, donde las fábricas gozaban de gran reputación.

Pronto se recibieron los envíos de las compras hechas por Sánchez, aunque a él no le volvimos a ver. Se quedó en el extranjero —tenía miedo a los bombardeos—, aunque fue escrupulosamente honrado en lo tocante al dinero, ya que los envíos belgas siguieron llegando.

Nuestra colectividad seguía adelante y nuestra cooperativa suministraba a los productores lo necesario para sus hogares. Todo hubiese marchado a las mil maravillas si la guerra, que Barcelona conocía en forma de constantes bombardeos, no impusiera sus tiránicas condiciones.

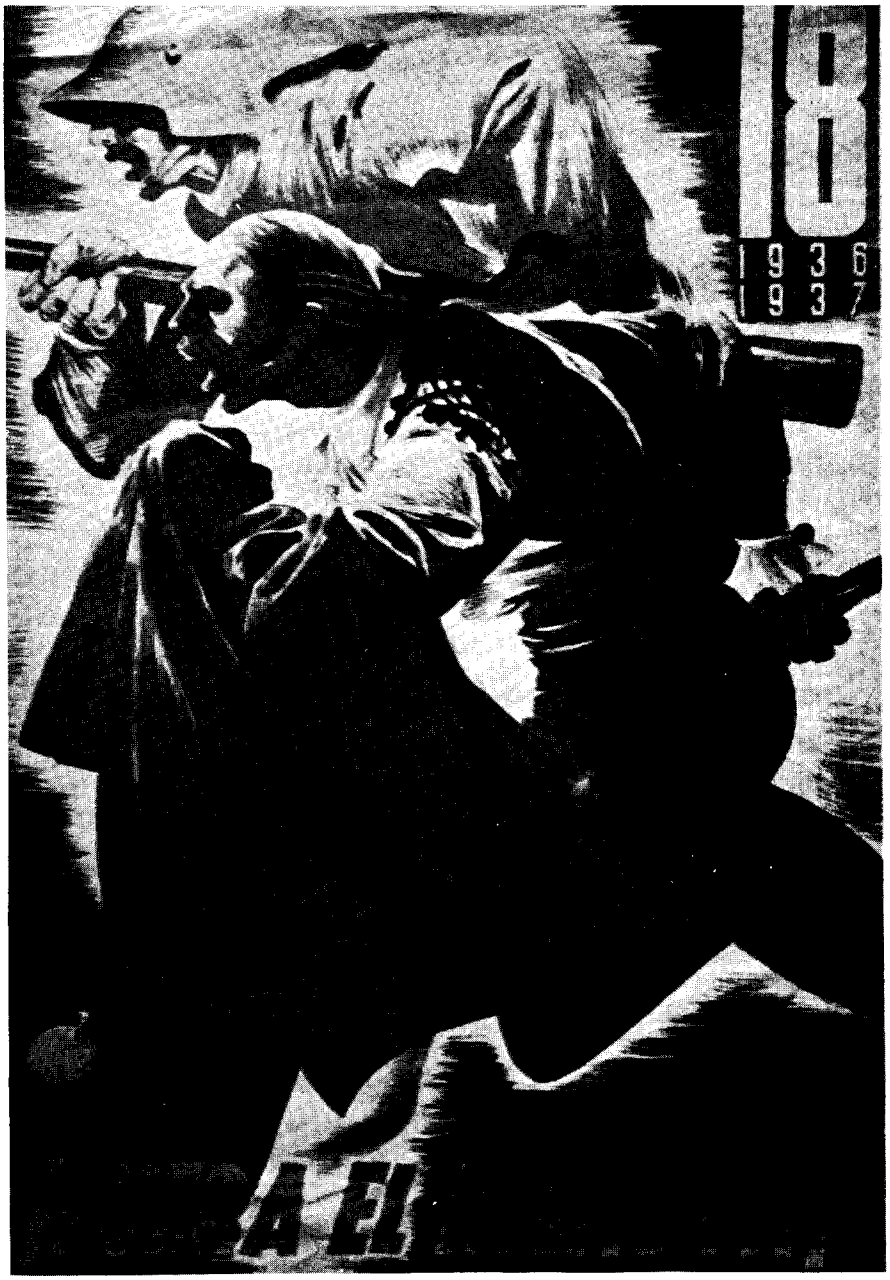
Un caso insólito

A menudo, el Consejo tenía que resolver problemas de justicia social, para los que siempre hallábamos solución, aunque a veces se presentaran casos insólitos, como éste que creo de interés contar. Lo protagonizaron unos cuantos antiguos patronos, que ahora trabajaban en nuestra colectividad.

«Señor presidente —me dijeron—, el motivo de nuestra visita es que, como usted sabe, nosotros ganamos un jornal igual que el de los demás productores. Pero con él no podemos hacer frente a las necesidades de nuestras casas, pues hemos de pagar a la criada, el teléfono y un alquiler carísimo, ya que son unas casas muy espaciosas, con ascensor, portero, etc. Quisiéramos que se nos diera satisfacción, lo que sería un acto de verdadera humanidad.»

Era el primer caso de esta naturaleza al que teníamos que enfrentarnos. Les dije que se sentaran. Les ofrecí un cigarrillo. Les contemplé con calma. Les conocía muy bien. Nos habíamos enfrentado cada vez que el Sindicato había presentado reclamaciones salariales justas y humanas. Su postura fue siempre la misma: echarnos encima a la guardia civil.

«He tomado —les dije— buena nota de vuestras peticiones que, por supuesto, serán tratadas en la próxima reunión del



Consejo. Mientras tanto, recapacitar sobre la diferencia que hay entre el trato que recibís aquí, y el que vosotros dabais a vuestros empleados. Vosotros, en estos casos, nos amenazabais con el despido, el cierre de fábricas, la policía e incluso la cárcel. Nosotros protegemos vuestros nuevos derechos de productores. E id más lejos: si el levantamiento de Franco hubiese triunfado, hubieseis denunciado a más de uno de los que ahora os tratamos como compañeros, y más de uno de nosotros hubiéramos sido fusilados. Nuestra justicia es mucho más humana que la vuestra, por ello os dimos palabra de que ninguna represalia os convertiría en víctimas de nuestra victoria, pero no intentéis boicotear la nueva organización del trabajo.»

En otra ocasión, el caso fue muy diferente. Se trataba de la mujer de uno de los productores que venía a quejarse de que su marido se había gastado el dinero en el juego clandestino y se disculpaba diciendo que la colectividad no le había pagado. La mujer no tenía ahora con que alimentar a sus tres hijos.

Tras consultar con el responsable de la sucursal, que confirmó la tendencia al juego del productor, por otra parte buen

Durruti visitando una colectividad

trabajador, mandé al tesorero que pagara a la mujer el sueldo que su marido había perdido. Acto seguido pedí que avisaran al obrero.

Esa misma tarde se presentó. «Siéntate y escucha lo que voy a decirte por primera y última vez. No quiero que vuelvas a decir que la colectividad no te paga, porque el enemigo está al acecho, y aprovecha cualquier ocasión para enlodarnos. Hemos dado el importe del salario a tu mujer y, si se repite el caso será ella quien reciba tu sueldo semanal, aparte de que nos obligarás a tomar otras medidas, en bien de tu familia.»

Considerábamos nuestra colectividad como una *gran familia de productores*, y por ello no podíamos permitir que éstos dejaran su salario en el juego, la bebida o cualquier otro vicio. Ibamos poniendo en pie un código moral de derechos y deberes, única manera de llegar a vivir como *hombres libres en una sociedad libre*, sin más leyes que las impuestas por ese código propio, basado en *el trabajo y la ayuda mutua*. En muchas ocasiones, tomé la palabra en las asambleas para explicárselo a los técnicos a los que, por ascendencia, resultaba difícil admitir que si *todos debemos ser iguales es porque somos diferentes*.

En una de esas charlas se levantó un artista, de nombre Crespo, para preguntarme si me dejaría operar de apendicitis por un lampista. «Por supuesto, amigo Crespo, que preferiría a un buen cirujano. Ya se que no todos tenemos la misma capacidad y competencia en nuestras especialidades. Pero lo que nosotros buscamos es que esa mayor capacidad y mejor competencia sirva a toda la comunidad. Queremos la inteligencia al servicio del trabajo y no de la explotación. Al preguntársele en cierta ocasión al profesor Comas i Solá, profesor de Astronomía en la Universidad de Barcelona, la razón por la que no utilizaba sus conocimientos científicos para enriquecerse, contestó que, mientras cultivaba la inteligencia y el estudio, todo un pueblo trabajaba para él, imprimiendo libros, fabricando papel y ropa para vestirse, construyendo su casa, elaborando los alimentos con los que se nutría y cortando leña para que él pudiera calentarse en invierno. Gracias a todos estos trabajadores he podido cultivarme. Todo lo que sé, a ellos se lo debo. ¿No cree usted, terminó el profesor, que sería injusto si yo a mi vez, no les ayudara?

Por supuesto —terminé de contestarle al artista Crespo—, el profesor Comas i Solá no hubiese buscado a un lampista para que le operara de apendicitis. Hubiera hecho algo mejor, hubiera buscado a un buen cirujano para que pudiera operar al lampista.

También intentábamos con nuestras charlas que el obrero recuperara la fe en su trabajo, perdida en parte por la aplicación del lema capitalista de producir *no importa qué ni cómo*, que convertía al productor en cómplice involuntario de la estafa que se hacía al consumidor, en la mayoría de los casos otro trabajador. Con este objetivo visitábamos las fábricas, explicando el sentido último de nuestra colectividad, a la vez que insistíamos en la necesidad de que los productos fabricados fueran siempre de calidad y de que se cuidaran los instrumentos de trabajo con el máximo cariño. La época de los sabotajes había acabado, porque ahora las herramientas no nos esclavizaban, sino que eran el principal instrumento de nuestra emancipación.

Proyectos de paz

El tiempo transcurría y nuestra colectividad seguía produciendo, aunque la materia prima se agotaba día a día. Los bombardeos, cada vez más intensos y destructores, rompían cristales en todas las barriadas barcelonesas. Nosotros no descansábamos. Por ello, los proyectos de mejora dormían en los cajones de nuestras mesas de trabajo, esperando días mejores, días de paz. ¿Quién puede construir bajo un cielo cubierto de aviones de muerte y desolación?

Debíamos postergar la construcción de escuelas, de viviendas confortables, espaciosas y llenas de luz, para todos los productores. Debíamos postergar el goce del fruto de nuestro trabajo.

Con nuestra colectividad y la casi totalidad de las industrias colectivizadas habíamos conquistado el *poder económico* frente al *poder político*. Y si la derrota de Franco en Cataluña, Valencia y Madrid se hubiera extendido al resto del país, los consejos económicos de las colectividades habrían organizado un régimen de trabajo y producción en el plano local, comarcal, regional y nacional basado en el apoyo mutuo. Pero el poder económico alcanzado en los tres enclaves citados, indiscutible y fuerte, era hijo de una guerra. Y esta circunstancia cruel y sangrienta, que no tuvimos más remedio que aceptar, nos obligó a frenar y a dejar para más tarde el proceso de reorganización de la comunidad, tanto a nivel económico como social. La guerra se nos impuso como un deber prioritario. No podíamos perderla. Esta fue, para mí, la razón por la que militantes del anarquismo anti-político de la CNT y la FAI aceptaron formar parte del Gobierno de la República.

Algunos meses antes de ser nombrado comisario de batallón, lo que ocurriría en agosto de 1938, se presentó en mi despacho del Consejo de Administración, un nutrido grupo de periodistas extranjeros deseosos de informar a sus diarios de

cómo se organizaba la colectividad y cómo era posible que hoy trabajasen juntos, los que ayer eran patronos, unos, y obreros, los más. Y aunque nuestra organización les parecía más bien un sueño que una realidad, no por ello dejaron de admirar el orden responsable que reinaba en todas las secciones. Prometieron escribir artículos laudatorios en sus periódicos.

Al día siguiente de esta entrevista, mi secretaria, María Andreu, me dijo que habían telefoneado del Consejo Regional de Economía para que me presentara allí lo antes posible. «Me parece que quieren nombrarle consejero de Economía de Cataluña, como representante de CNT.»

Antes de acudir a la cita, pasé a ver a J. Juan Doménech, que era consejero del citado organismo, al que puse al corriente de mi probable nombramiento. Doménech me pidió que no aceptara. Me dijo que yo era imprescindible en el Consejo de la colectividad y que si aceptaba el puesto, él dimitiría del suyo para hacerse cargo de aquél otro. «Uno de los dos debe ocuparse de la colectividad.»

Eusebio Carbó, escritor libertario al que conocía, disipó mis dudas al comunicarme que la Confederación me había designado para ocupar el Departamento de Estadísticas y Planificación Industrial del Consejo Regional de Economía, al tiempo que podía seguir ocupándome de la colectividad, ya que ambos puestos eran compatibles. Acepté.

Pero mis horas en ambos cargos estaban contadas. En mi casa me esperaba la orden de incorporarme inmediatamente al cuartel y comisariado del ejército de Cataluña.

Hubiera podido valerme de mis cargos para hacerme declarar imprescindible en la retaguardia. Además, la guerra, la opresión, la violencia y la brutalidad, eran contrarias a mis sentimientos. Solamente que esta vez se trataba de algo diferente. Estaba en juego nuestro derecho a vivir como *hombres libres*.

Por otra parte, me habían declarado apto para servicios auxiliares. Mi guerra consistiría en cuidar de la orientación moral y revolucionaria de nuestra lucha. No iba a matar ni a destrozar las fábricas, las cosechas, las escuelas o los hospitales. Iba a continuar la lucha, mi lucha de siempre, para asegurar una vida mejor al inmenso ejército de trabajadores que vienen al mundo para luego irse de él sin haber conocido otra cosa que miseria y explotación.

Yo quería que la guerra terminase pronto. Que el pico no tuviese que hundirse más en la tierra para cavar trincheras. Que padres y esposas dejasen de vivir bajo el dolor desesperado del hogar vacío. Que espigas de oro crecieran al fin en campos y tierras, libres de conquistadores, dictadores y tiranos.

Tuve, pues, que abandonar la colectividad y el Consejo Regional de Economía, todo aquello que constituía el motivo primordial de mis aspiraciones humanas e ideológicas.

Con mi uniforme y mi gorra fui a despedirme, más avergonzado que satisfecho, de Soler y los demás miembros del Consejo de la colectividad, que ya no vería hasta el triste momento en que las tropas de Franco penetraran en Barcelona. Si, yo vi caer Barcelona en manos del fascismo. Yo vi la plaza de San Jaime desierta, con la bandera republicana abandonada en el balcón de la Generalitat. Yo vi otra bandera ondeando con solitaria tristeza en el hotel Ritz de la calle Cortés. Vi ciudadanos con pinceles y botes de pintura desterrando la presencia de la CNT y la FAI. Les vi pintar banderas nacionales en casas y almacenes, borrando las cuatro barras de sangre de Cataluña. Saqueos, delirio y pánico. Familias con maletas llenas de ropa y quién sabe que recuerdos, buscando las carreteras para Francia. Mujeres con niños en brazos pidiendo a los camioneros ayuda para huir. Yo vi todo esto con lágrimas en los ojos. Ese fue el fin de la colectividad. Ese fue el fin de todo.—**José Serrato.**

Obras son amores

Nuestra aportación a la lucha directa, se realizaba en una de las sucursales de la colectividad, que se especializaba en la fabricación de cristales inastillables destinados a las puertas y parabrisas de los automóviles y camiones de los milicianos. Estos cristales tenían la virtud de evitar que los ocupantes de los vehículos sufrieran heridas de gravedad en caso de accidente; aunque los cristales se rompieran, permanecerían unidos.

El compañero técnico responsable de dicha sucursal se presentó, acompañado por el compañero Oller de la comisión industrial, ante el Consejo de la colectividad y propuso ensayar la fabricación de cristales imperforables a todo tipo de bala, ya fuera de pistola, fusil o ametralladora.

La idea nos pareció estupenda, ya que nos dimos cuenta enseguida de lo importante que sería dotar a los coches y camiones militares y ambulancias que recorrían el frente, con cristales de ese tipo. ¿Cómo no estar de acuerdo, si ello permitía a nuestra colectividad contribuir a la protección de nuestros combatientes?

José Serrato

Los ensayos comenzaron sin pérdida de tiempo, en el más riguroso secreto. Había que evitar a toda costa que la noticia trascendiera nuestro ámbito. La *quinta columna* no debía aprovechar posibles indiscreciones. Por eso decidimos que sólo el equipo que trabajaba en ello y el Consejo estuvieran al tanto de nuestros ensayos.

A los ocho días, después de haberse realizado varios ensayos y de haber estado trabajando noche y día, sin que nuestros compañeros regatearan ningún esfuerzo físico o mental, llegó el momento de la prueba definitiva.

Esta tuvo lugar en los sótanos de la colectividad. Oller vino a mí, contento y excitado, para pedirme que bajara. A unos diez metros de distancia colocó, contra el muro, unas planchas de cristal de un centímetro de espesor e hizo docenas de descargas de pistola, fusil y ametralladora. Las balas se aplastaban contra los cristales sin que ninguna de ellas lograra traspasarlo o romperlo.

Aceituneros altivos.

Osuna: pasarse a la Confederación

Con las ocupaciones no se juega

Cuando un grupo de campesinos andaluces deciden dar la espalda a unos «dirigentes» sindicales que hablaron de ocupar tierras y luego nada, es que algo está pasando Despeñaperros abajo. ¡Ojo al parche!

«Es muy duro este trabajo. Y sólo da para un par de meses.» Diego Cabello Chamorro no tiene tiempo para charlar, para explicar sus condiciones de trabajo. Apenas se detiene un instante para que le fotografíen. Luego sigue golpeando el olivo, mientras su mujer recoge las aceitunas del suelo. «Seguramente estaba vigilando el encargado», explica, horas más tarde, un joven trabajador del campo en el local de CNT de Osuna (Sevilla). «Aunque tú no has visto nada: ahí estaba. Desde lejos te observan con prismáticos. Hacen patrullas por los olivares en 'jeep' y se comunican entre sí con radios. Aquí no descansa nadie.»

Son las 6 de la tarde. Los dos chavales acaban de abrir el local de la calle Cruz en Osuna, en cuya fachada ondean las banderas verdiblanca de Andalucía y rojinegra de la CNT. El fuego de leña empieza a calentar el cuarto encalado. En la pared unos «posters» de mítines, una estantería con la incipiente biblioteca. «Apunta tu nombre si cojes un libro», reza el rótulo: el cuaderno demuestra que la pequeña colección de libros no sólo está de adorno. Los compañeros van llegando, el círculo alrededor de la chimenea se amplía. «Esperemos a Gutiérrez, él te lo explicará mejor —dice el joven campesino—». Luego, casi disculpándose, añade: «No es que aquí haya jefes ni eso, pero los que han llevado las luchas en el seno del SOC sabrán contártelo mejor.»

Gutiérrez.

El SOC (Sindicato de Obreros del

Campo, de la CSUT) de Osuna se pasó, hace pocos meses, a la CNT. «¿Resurgimiento de la tradición anarcosindicalista» en Andalucía, o simple «cambio de siglas» por conveniencia? HISTORIA LIBERTARIA fue a Osuna para conocer por sus protagonistas el desarrollo de las luchas.

Todos contra el patrón

«Las luchas son fundamentales aquí en Osuna», cuenta Antonio Ortega, secretario de prensa del sindicato de Osuna. «Aquí siempre hay 'juergas', siempre estamos luchando.» El acento andaluz da lugar, en un primer momento, a una cierta duda. Pero se trata de huelgas, no de un brote de violencia en las fiestas. Antonio, y todos los demás compañeros que van llegando, subrayan la importancia de las luchas reales de Osuna, de los conflictos de los trabajadores con la patronal: «cuando hay lucha, aquí no hay organizaciones ni na. Aquí todos juntos contra el patrón.» El cambio de organización no ha sido un politiqueo, una maniobra, sino que ha salido de la dinámica de la lucha misma del pueblo de Osuna.

Han llegado los últimos, el Núñez y el Gutiérrez. Con calma, sin triunfalismos, cuentan los hechos. «En esta comarca, la gente no tiene conciencia de partido. La prueba es que ninguno de ellos se ha comido una rosca. Aquí se funcionaba siempre de una manera asamblearia.» Los 1.200 trabajadores del campo que tiene Osuna empezaron a moverse en serio ya por el año 1975, constituyendo unas todavía ilegales Comisiones de Jornaleros. Vieron con buenos ojos cuando, un año más tarde, se les acercaron unos representantes de lo que iba a ser el SOC. «En un principio no hubo diferencias con la gente del PTE. Nos gustó la idea de crear un sindicato de campesinos. En la reunión de Antequera se sentaron las bases del SOC.» A finales de 1976 el SOC de Osuna era un hecho. Pero desde un principio el sindicato iba a mantener una línea dependiente respecto al PTE. «Eso ya quedó claro en el congreso de Morón de la Frontera. El PTE lo había retrasado varios meses para asegurarse la mayoría. Si el congreso hubiera tenido lugar unos meses antes es indudable que la mayoría de los dele-

El «Núñez», segundo a la derecha, con militantes de la Federación de Campesinos.

Antonio Ortega.

Campesinos: hartos de doblar el espinazo.

gados hubieran sido independientes.» Pero así los 57 delegados de la Comarca de Osuna se quedaron en minoría. Votaron no a gran parte de los acuerdos allí tomados. A su vez, ninguna de las ponencias que habían llevado al congreso fue aprobada. «Nosotros pensábamos que los cargos debían ser elegidos cada año, que había que dejar bien claro que el SOC no era correa de transmisión de ningún partido. Pero rechazaron todas nuestras propuestas.»

Los del SOC hacían «ocupaciones» para la galería.

Tomas de mentirijillas

Fue en el curso de 1978 cuando las contradicciones, siempre presentes, llegaron a un nivel que hizo inevitable la ruptura. «En este proceso las ocupaciones de tierras eran fundamentales.» Estas tomas 'simbólicas' de latifundios por parte de los jornaleros del SOC son la clave del proceso posterior. En el curso de las primeras ocupaciones a finales de febrero, el PTE empezó a aumentar su presencia en los pueblos.

«Ya no se hablaba del SOC, sino más bien del PTE. La gente de aquí, donde no hubo ocupaciones en febrero, criticaba mucho el que los dirigentes del partido se promocionaran.» Meses después, el 12 y 13 de julio, el SOC impulsa, una vez más, la ocupación de latifundios. Pero esta vez la toma de tierras entre Osuna y Los Corrales iba a ser «permanente». «Estábamos dispuestos a tomar en serio esta consigna», declaran los trabajadores de Osuna. «Estábamos en un cerro alto, rodeado de guardias civiles. Cuando ésta empezó a subir, quisimos rechazarla a pedradas. Estábamos en una posición estratégicamente ventajosa; pero los del PTE frenaron los ánimos.» Siguió lo de siempre: palos y dispersión. Los trabajadores de Osuna se animan al recordar aquella jornada. Todos están de acuerdo en condenar la actitud de los dirigentes del PTE y de la CSUT. «Estuvieron un cuarto de hora sólo, para hacerse la foto.» Y todos se ríen cuando alguien recuerda esta frase de Eladio García Castro: «Yo estoy con los jornaleros.» Y acto seguido se fue.

«Pero lo peor fue lo de Jerónimo Llorente», cuenta Antonio Ortega. «Estaba discutiendo con un capitán de la Guardia Civil. Jerónimo Llorente estaba quejándose porque el capitán se negaba a detenerlo. «No tengo que detenerle a usted», decía el guardia civil. Y Llorente quejándose a sus compañeros: «después de todo lo que he dicho». «Ahí me di cuenta de que todo era únicamente para hacerles propaganda al partido.»

Pocas semanas después hubo un conflicto en el pueblo. Los patronos, provistos de máquinas, no querían dar trabajo a los jornaleros en la cosecha. Los enfrentamientos llegaron a ser muy duros. «Entonces, el dirigente del SOC, Paco Casero se va al Gobierno Civil de Sevilla y pide 5 millones para el pueblo de Osuna. Con el cheque en la mano llega aquí y 'soluciona' el conflicto. Los patronos dieron 150 puestos de trabajo para 40 días. Los 450 jornaleros restantes fueron mandados al empleo comunitario. Los 5 millones del Casero eran la excusa que esperaban los patronos. Fue la última vez que le vimos el plumero al SOC. Decidimos largarnos».

Práctica anarcosindicalista

Y vino el entrar en CNT. Evidentemente se conocían las siglas, a pesar de que hasta entonces no había federación local en Osuna. Pero la tradición de la CNT en Andalucía la conocen todos, y en un pueblo cercano, en Pedrera, existía un núcleo de cenetistas con bastante prestigio. «Yo estaba trabajando en Barcelona desde hace 4 años», explica entonces José Rodríguez Núñez «el Núñez». «Allí me afilié al sindicato de la construcción. Volví a Osuna en agosto, de vacaciones.» Pero antes de seguir el relato cronológico de los acontecimientos, «el Núñez» se cuida de explicar, una vez más, todo el proceso. El hecho de que él y Gutiérrez, que fue a verle a Barcelona, hayan hablado en Osuna de CNT, la hayan presentado, es un fenómeno secundario.

«Lo importante es —declara Núñez— que el SOC de Osuna había mantenido siempre una trayectoria radical. En el fondo su práctica ha sido anarcosindicalista.» En el mes de agosto los 360 afiliados del SOC de Osuna se borraron. Se hizo una asamblea constituyente de CNT en la que participaron unos 40 trabajadores. La afiliación inicial era de 14 ó 15. La mayoría de los antiguos afiliados del SOC no saben muy bien qué hacer. No entienden lo que ha pasado, tienen que reflexionar. «Y nosotros no vamos a empujarles. El que quiera ya vendrá, en el momento en que lo vea claro.»

La CNT de Osuna cuenta actualmente con 35 afiliados, todos trabajadores del campo, aparte de un maestro y un mecánico. Durante la charla, por lo menos 25 de ellos pasaron por el local. La militancia de Osuna es joven, activa. Por esta razón se pasó a este local la secretaría general de la Federación de Campesinos de Sevilla. «Pero todavía no está del todo bien», reconocen los jornaleros. «Aún queda mucho trabajo. Hay 102 pueblos en la provincia. CNT está presente en 14 de forma organizada. En otros muchos pueblos, sólo hay núcleos, gente suelta.» La falta de triunfalismos es admirable en Osuna. Los jóvenes trabajadores no sólo tienen mucha voluntad de lucha, sino también la capacidad de analizar de manera correcta su situación. «Pero la cosa mejorará. Nos vamos a mover mucho por ahí en los próximos meses».—**Fernando Fabro.**

Vida de un revolucionario

Fermín Salvochea: de la democracia al anarquismo

El 28 de septiembre de 1907 fallecía una relevante figura del anarquismo andaluz: Fermín Salvochea. Hoy día su recuerdo sigue estando fuertemente arraigado en la memoria colectiva de las clases trabajadoras de Cádiz, donde nació, luchó y murió. Pero algo más de setenta años después de su muerte, es imposible encontrar en España una biografía sobre tan destacado militante. Aunque su agitada vida y su modestia no le permitieron escribir sus memorias, y los testimonios sobre él sean escasos, quisiéramos exponer aquí, sin ninguna complacencia hagiográfica, lo que sabemos del papel que desempeñó en la historia del movimiento revolucionario español, en tiempos del «sexenio revolucionario» y la Restauración.

Nace en Cádiz y viaja a Inglaterra

Fermín Salvochea Alvarez nació en 1842 en aquel Cádiz de la Constitución de 1812, cuna del liberalismo español. Era hijo de una familia muy representativa de la burguesía liberal gaditana de mediados del siglo XIX. En efecto, su madre era prima de Juan Alvarez Mendizábal, quién, antes de gobernar al país en 1835, había participado activamente en Cádiz en la conspiración del general Riego. Su padre era un acaudalado comerciante que se dedicaba, como muchos conciudadanos suyos, a exportar a Inglaterra los vinos de Jerez, Sanlúcar de Barrameda o Puerto de Santa María. Cabe subrayar que, a pesar del incremento de las exportaciones de vinos jerezanos en el segundo tercio del siglo XIX, este negocio no pudo sino frenar a duras penas el lento e irremediable declive que conocía Cádiz desde finales del siglo XVIII y la pérdida de las colonias hispanoamericanas. Sin embargo, en aquellos momentos, la coyuntura llegó a ser algo más favorable,

Salvochea, partícipe en las luchas de Cádiz de 1868.

y, según Nicolás Sánchez-Albornoz, «entre 1852 y 1856, buenos precios y crecidos embarques se combinaron de tal modo, que el valor de los vinos despachados tan sólo desde Cádiz superó al ingreso total que Francia obtuvo por las exportaciones de este producto» (1).

En este contexto, el joven Fermín, al cumplir los quince años, es enviado a Inglaterra, no sólo para aprender el idioma de los clientes del padre, sino también para ocuparse de sus negocios. Allí descubriría gente e ideologías que iban a influirle de manera decisiva. Leyó por primera vez a Tomás Paine (1737-1809), revolucionario de origen inglés que colaboró activamente en la independencia de los Estados Unidos, difundió en Inglaterra los principios de la Revolución Francesa y salió elegido diputado de la Convención en 1793, antes de morir totalmente abandonado en Nueva York. «Sus escritos —confesó Salvochea a Federico Urales en 1903— me convirtieron en internacionalista, y hasta hoy me hallo todavía bajo su influencia». Más tarde conoció a Roberto Owen (1771-1858) que había llevado a cabo una serie de reformas para mejorar la situación

Tomás Paine.

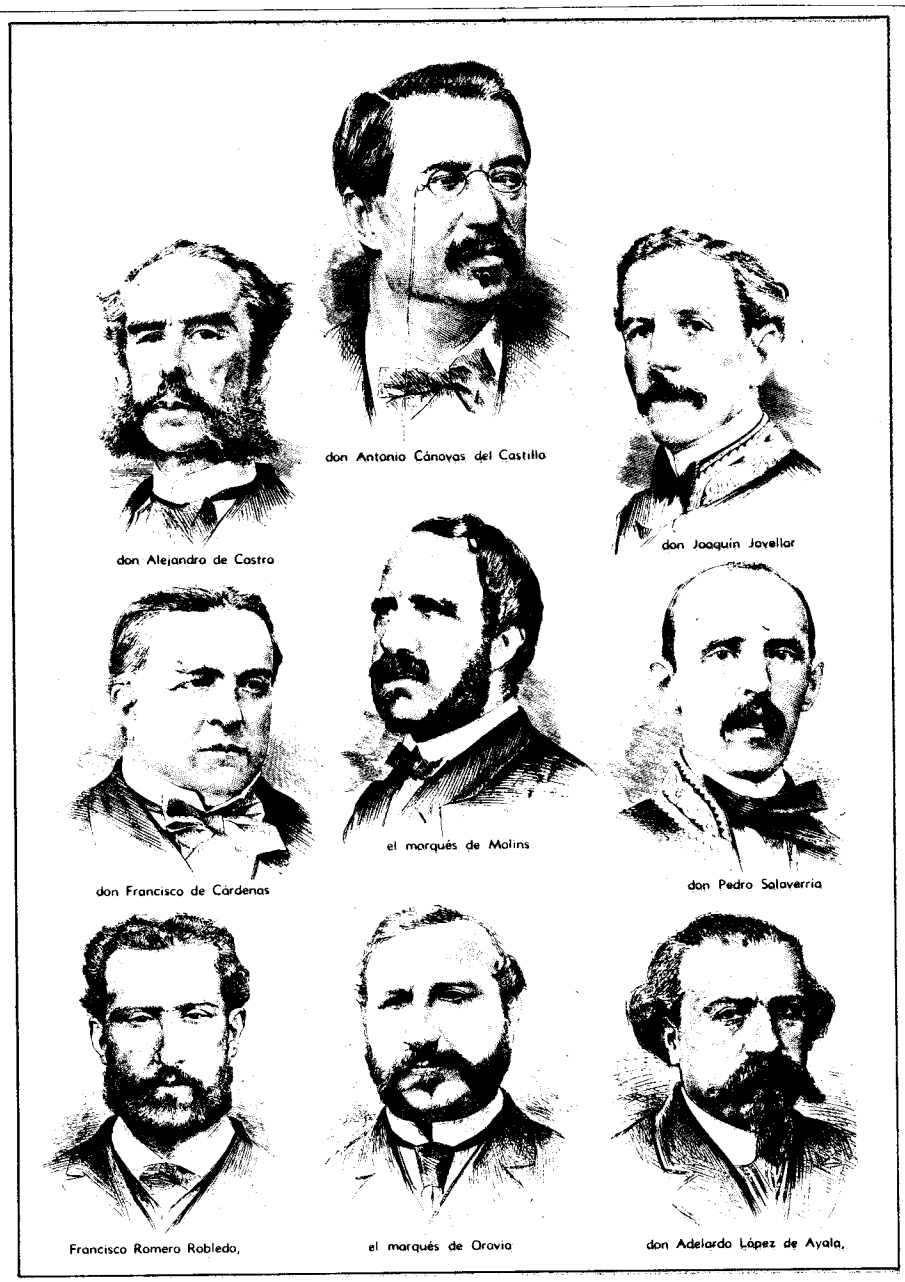
de los obreros de su fábrica de tejidos, elaborando un «sistema social racional fundado en las leyes de la naturaleza humana» (según su propia expresión) y fomentando asociaciones obreras. Owen le transmitió a Salvochea «el ideal sublime del comunismo». En cuanto a Carlos Bradlaugh, le enseñó los principios del ateísmo, lo que le llevará en varias ocasiones a colaborar con los librepensadores de su ciudad, en favor de los intereses de la clase obrera gaditana. A los veinte años vuelve a Cádiz, después de haber adquirido ya varios principios básicos de la doctrina a la cual más tarde había de dedicar todos sus anhelos y esfuerzos: el anarquismo. A su regreso, se encuentra con un país en que las medidas desamortizadoras acaban de fortalecer el poder económico de los terratenientes ricos, especialmente en Andalucía, con unos gobiernos poco dispuestos a desarrollar la industria y el comercio, y con un descontento casi general que se irá acrecentando a causa de la crisis de subsistencias de 1866-1867.

En Cádiz, el estancamiento de los negocios, la falta de industrias y el paro forzoso provocaron la coalición de los elementos burgueses reformistas con gentes del pueblo. Según contará Salvochea más tarde, numerosos furieristas, discípulos de Joaquín Abreu, como Ramón de Cala Barea, Rafael Guillén Martínez, José Bartorelo, Pedro Bohórquez «y algunos que, sin ser falansterianos, como a mi me sucedía, aspiraban a la transformación de la sociedad», conspiraban contra el odiado régimen monárquico que había reprimido con brutalidad los levantamientos de El Arahal en 1857 y Loja en 1861. Tras el fracasado pronun-

Pi y Margall.

ciamiento de Prim y sus amigos progresistas en enero de 1866 y la insurrección del cuartel de San Gil apoyada por el pueblo madrileño en junio, las distintas fuerzas que constituyen la oposición se hallan en la necesidad de unirse si quieren derribar a la monarquía isabelina. Cuando Narváez ocupa de nuevo el poder en julio de 1866, suspende las garantías constitucionales, refuerza la censura y se opone a la reapertura de las Cortes. Se desencadena una oldeada de detenciones y deportaciones, estableciéndose por todo el país una verdadera atmósfera de terror y represión. Según un periódico obrero de Cádiz de principios de nuestro siglo, fue durante ese período, en que «la tirania de Narváez azotaba el país», cuando Salvochea «se reveló a la vida pública, publicando en *El Demócrata Andaluz* su primera protesta frente a la reacción, en nombre de la democracia gaditana) *(La Voz del Obrero del Mar,* 3-10-1907). Además, presta ayuda a las numerosas víctimas de la represión: «Del 66 al 68 estuvieron llenos de presos los castillos de San Sebastián y Santa Catalina, de Cádiz, de correligionarios de toda España, algunos de paso para Fernando Poo, y todos recibieron su visita, sus consuelos, y, muchos, los recursos que necesitaron», escribe el periódico madrileño *La Anarquía* de 1-10-1891.

Mientras tanto, el general Prim, convencido de la necesidad de granjearse el apoyo del partido demócrata y del pueblo para hacerse con el poder, multiplicaba los contactos desde el exilio y conseguía aglutinar alrededor suyo a los enemigos de la Reina. En Cádiz, Salvochea colaboró activamente con los conspiradores, haciendo posible que la sublevación del regimiento de Cantabria y la marina de guerra de Topete fuera respaldada por sus conciudadanos. «A la caída de Isabel II —comentaba Pedro Vallina—, Salvochea fue nombrado miembro del Ayuntamiento de Cádiz y comandante del Segundo Batallón de Voluntarios que él mismo había organizado con personal escogido. Desde el primer momento, y como hombre previsor que era, abogó por armar al pueblo, del cual esperaba tanto como desesperaba de los políticos ambiciosos» (2). En efecto, pronto se dio cuenta de que las esperanzas de cambios sociales iban a ser defraudadas.



Primer gobierno de la Restauración.

De la «septembrina» al destierro

Al cabo de unas semanas, los intereses opuestos de los que habían contribuido a derribar al régimen isabelino salieron

a la luz. La lucha se entabló entre los elementos más radicales agrupados en las Juntas Revolucionarias, por un lado, y los progresistas y unionistas que integraban el Gobierno Provisional, por otro. Este no incluía a ninguna personalidad republicana. Además, la coyuntura socioeconómica no podía sino aumentar las tensiones ideológicas: «El desempleo en Cádiz y pueblos de alrededor —escribe el historiador inglés Hennessy— era muy elevado; se calculaba en unos tres cuartos de la población, mientras las lluvias torrenciales de septiembre habían malogrado gran parte de la cosecha de uva y trigo *(sic.)*. El Ayuntamiento fue acusado de lentitud en la demolición de conventos, método usual de proporcionar trabajo» (3). Cuando el Gobierno ordenó el desarme de las milicas populares, al mismo tiempo que se revelaba incapaz de resolver de manera satisfactoria problemas tan acuciantes como el paro forzoso, los consumos o las quintas, se produjo el estallido. En Cádiz, el Partido Republicano (constituido en octubre del 68 a partir de los elementos demócratas) contaba con el respaldo de la mayoría de la población como lo patentizarán luego las elecciones de diciembre. El día 5 de este mes, cuando se enteraron del bando que ordenaba el desarme de los Voluntarios de la Libertad, los gaditanos, con Salvochea a la cabeza, trataron de oponerse a esta medida, luchando con las tropas enviadas para apoderarse de las armas de dichas milicias. «Al cuarto día —comenta P. Vallina— el cuerpo diplomático establecido en la ciudad solicitó un armisticio, que fue aceptado por ambos bandos. Pero el mismo fue vulnerado por el Gobierno Serrano, que se apresuró a mandar un ejército de 8.000 soldados bien pertrechados contra el noble pueblo de Cádiz. Esta columna era mandada por el general Antonio Caballero y Fernández de Rodas, que debía su alta graduación a la revolución septembrina, a la que tanto habían contribuido Saslvochea y la ciudad de Cádiz» (p. 14). La resistencia duró hasta el 20 de diciembre, fecha en la que los gaditanos tuvieron que entregar las armas. Fermín Salvochea, para evitar represalias contra sus amigos, se negó a fugarse de la ciudad y se declaró único responsable de lo ocurrido y de la conducta de sus conciudadanos. Fue encarcelado en una fortaleza militar de la ciudad, y para que pudiera recobrar la libertad, el pueblo gaditano lo eligió diputado a Cortes Constituyentes en enero de 1869. Sin embargo, no pudo ocupar el escaño que le correspondía hasta la amnistía decretada con motivo del Dos de Mayo por el nuevo Parlamento. Cabe mencionar que los nueve diputados designados por la provincia de Cádiz eran todos republicanos. Aquellos sucesos debieron ser decisivos en la actitud de odio y desprecio que siempre mantendría Salvochea hacia el poder centralizador del Estado y los políticos de Madrid. Aquellas semanas del invierno 68-69 convirtieron a Salvochea y a numerosos gaditanos en convencidos y

Farga Pellicer.

fervorosos militantes de la causa del republicanismo federal, por no haber tomado el gobierno de Madrid las medidas apropiadas para hacer salir al puerto de su estancamiento económico.

Mientras tanto, el descontento se manifestaba también entre los campesinos de la provincia, que exigían la devolución de los bienes comunales vendidos en los años 1850-1860 y el reparto de las tierras. Cuando los republicanos federales de Cataluña se levantaron, a principios de octubre de 1869, los de Cádiz-capital se unieron a los del campo: «Salvochea partió de Cádiz a la cabeza de 600 hombres armados, habiéndosele unido en Medina Sidonia contingentes revolucionarios procedentes de Jerez de la Frontera, Ubrique y demás pueblos cercanos», escribe Pedro Vallina. Se entabló una desequilibrada lucha de guerrillas, en la que perecieron los federales gaditanos Rafael Guillén Martínez y Cristóbal Bohórquez. Al cabo de tres semanas, la superioridad militar del gobierno y la falta de apoyo de las demás provincias andaluzas obligaron a Salvochea y sus amigos a refugiarse en Gibraltar. De ahí pasó a Francia, donde fue testigo de los últimos coletazos del régimen de Napoleón III. Trabó amistad con los republicanos franceses y participó con ellos, en enero de 1870, en la violenta manifestación que se produjo con motivo del entierro del periodista Víctor Noir, asesinado por Pierre Bonaparte, primo del emperador.

Alcalde de Cádiz y presidente del cantón

A principios de 1871, regresó a Cádiz donde fue elegido alcalde, puesto que desempeñó hasta el final del movimiento cantonal. Es ahora cuando la Federación de la Región Española, afiliada a la Asociación Internacional de Trabajadores de Marx y Bakunin, empieza a llevar a cabo una intensa labor de propaganda y organización, aprovechando el descontento y desengaño de ciertos sectores obreros y campesinos. En Cádiz, algunos núcleos del Centro Federal, que agrupaba a catorce sociedades obreras en abril de 1870, constituyen la federación local de la F.R.E.-A.I.T., cuyo rápido éxito (8 secciones y 172 afiliados a finales del año) decrece a principios de 1871 (3 secciones con sólo 48 afiliados). En las primeras semanas de 1872, Anselmo Lorenzo realiza una «excursión de propaganda» por Andalucía para acelerar la organización, explicarles a los nuevos «federados» la táctica a seguir en caso de revolución social y crear secretamente grupos bakuninistas de «Defensores de la Internacional». En Cádiz, A. Lorenzo recibió la más entusiasta acogida por parte de obreros y obreras, y conoció a F. Salvochea que, a la sazón, seguía en las filas del Partido Republicano Federal.

Como se sabe, tras el frustrado intento de Pi y Margall de establecer legalmente la República Federal, los elementos derechistas de la República se hicieron con el poder, lo que provocó en julio del 73 la sublevación de importantes centros urbanos de Andalucía y Levante. El 19 de julio se constituye en Cádiz un Comité provincial de Salud Pública «con objeto de salvar la República Federal, secundando el movimiento iniciado por Cartagena, Sevilla y otras importantes poblaciones (y) para contrarrestar el espíritu centralizador de las organizaciones políticas pasadas», según reza su primer parte oficial. En el Comité había también varios miembros del Ayuntamiento

Los presos afiliados a la «Mano Negra», organización radical de Jerez, en la cárcel de Cádiz.

y de la Diputación, pero, a pesar de autoproclamarse «provincial», no aparecía entre sus componentes ningún representante de las demás localidades, excepto los diputados provinciales. Salvochea fue elegido Presidente del Comité, aunque había perdido algo de su prestigio y popularidad entre la «clase media», cuando, siendo alcalde, exigió préstamos y gravó con impuestos a los tenderos «para compensar las pérdidas procedentes de la abolición de los consumos» (Hennessy). Los cantonalistas de Cádiz acordaron la franquicia del puerto, ya que pensaban que la libertad de comercio daría un nuevo auge a la ciudad. Los penados por contrabando de tabaco fueron indultados, y esta mercancía dejó de ser monopolio del Estado. Las propiedades del Estado y la Iglesia fueron incautadas por el Comité, el cual abolió la enseñanza religiosa. Se decretó el derecho al trabajo, y se redujo la jornada laboral a ocho horas. Esta reivindicación la compartían federales e internacionalistas, y por ella tendrían de nuevo que luchar Salvochea y la clase obrera de Cádiz en los años 1890-91.

En aquel verano de 1873, el Comité de Salud Pública podía contar con el apoyo de las clases trabajadoras. Pero, aunque «el Gobernador militar de la plaza y provincia, con las fuerzas de su mando, (había secundado) el movimiento con el mayor entusiasmo», como lo pretendía el citado parte del 19 de julio, en cambio, los marineros del Arsenal de la Carraca decidieron acatar la autoridad del gobierno central de Salmerón. Ante esto, Salvochea decidió, el 28 de julio, la creación de unos Batallones de Voluntarios del Cantón de Cádiz, pero pronto la ciudad se vio cercada por las fuerzas del Arsenal de La Carraca y los barcos de guerra que había en la Bahía dispuestos a bombardear y desembarcar. Así que las tropas del general Pavía, tras sofocar la insurrección de Sevilla, entraron en la ciudad el 3 de agosto. Según el testimonio de los internacionalistas gaditanos que se recogió en las Actas de la Comisión Federal de la Región Española (sesión de 11 de agosto), «los artilleros atacaron y se posesionaron del castillo de Santa Catalina y Aduana, valiéndose de la debilidad y disgusto de los que custodiaban dichos puntos. Por la mañana vieron los gaditanos que el Comité (de Salud Pública) había resignado sus poderes en los cónsules extranjeros y que imperaba en la plaza la más desenfrenada reacción (...). Los milicianos y habitantes de la ciudad han sido objeto de multitud de vejámenes por parte de una soldadesca desenfrenada y ávida de venganza (...). La Milicia, desarmada. Muchos compañeros, ocultos. El Consejo de guerra funciona sin cesar. Se iban a fusilar a muchos sublevados, pero se desistió de ello» (4). En cuanto a Salvochea se negó otra vez a huir de la ciudad, y fue condenado por un Consejo de guerra a 20 años de presidio, condena que el Tribunal Supremo elevó a cadena perpetua. Quedó encarcelado durante más de once años en el presidio de Ceuta y luego en las mazmorras del Peñón de la Gomera, rechazando el indulto que, en 1882, se le ofreció gracias a las presiones de sus amigos gaditanos. Salvochea se negó a recobrar la libertad, a menos que fuera por una amnistía general... o por la fuga. En la cárcel trabó

amistad con varios cubanos que habían luchado por la independencia de la isla, se puso a estudiar medicina y, meditando sobre el fracaso de la revolución federal, se adhirió al anarquismo. En 1885, consiguió evadirse del Peñón de la Gomera, refugiándose luego en Tánger. De allí, pasó a Gibraltar, Lisboa, Argelia, y, cuando fue otorgada una amnistía amplia con motivo de la Regencia de María Cristina, volvió a Cádiz.

A partir de ese momento se dedicó enteramente a la causa anarquista, rompiendo totalmente con la burguesía —su propia clase social— que, en los años 1868-1873, había sido incapaz de acabar con el poder de la oligarquía terrateniente y de promovar una política industrial y mercantil que hubiera podido devolverle su antigua prosperidad a Cádiz. A principios de 1886, al empezar esta nueva etapa de su agitada vida, escribía Salvochea a sus antiguos correligionarios del partido republicano federal de Cádiz: «después de lo ocurrido el 73, creo nada debe esperarse ya de la política, no habiendo en mi concepto otro camino para llegar a la emancipación de los trabajadores que el de la transformación de la propiedad individual en colectiva». Esta carta fue reproducida en el quinto número de *El Socialismo* (16-5-1886), periódico creado por Salvochea a su regreso a Cádiz para contribuir a la divulgación de las ideas anarquistas. Durante más de cinco años, desde febrero de 1886 hasta agosto de 1891, su propia vida se confunde con la de aquél periódico, cuyos objetivos fundamentales eran dar a conocer las distintas corrientes ácratas y provocar la reorganización del proletariado gaditano. Para comprender el papel que pudo tener *El Socialismo* y el contenido que le dio el grupo que lo confeccionaba, cabe recordar brevemente la situación general del anarquismo español por aquellas fechas.

Atentado que costó la vida al General Prim.

Entre el colectivismo y el comunismo

Como lo subraya José Alvarez Junco, «el año 1886 marca un giro importante en la crisis que desde 1883 venía arrastrando la Federación de Trabajadores» de la Región Española. Muchos militantes, en efecto, atribuían dicha crisis a la tendencia de algunos dirigentes a privilegiar la labor organizativa a expensas de la acción. También se les reprochaba a los responsables de la Comisión Federal sus posturas demasiado legalistas, teóricamente destinadas a evitar la represión. Esta actitud fundamentalmente defensiva había fracasado en el período 1870-1882, y no pocos federados deseaban aplicar en adelante nuevas tácticas. Además, las persecuciones sufridas por los anarquistas andaluces durante el episodio de la *Mano Negra* (dic. 1882-junio 1884), por un lado, y la divulgación de las ideas anarco-comunistas de Pedro Kropotkin, por otro, aceleraron el cambio de orientación de la F.T.R.E. Debe añadirse que las huelgas de los trabajadores norteamericanos en 1886 y la ejecución de siete de ellos en Chicago el 11 de noviembre de 1887, encontraron un eco profundo en el seno de las clases trabajadoras españolas.

En los años 1887-88, se intensifican las polémicas entre los partidarios del colectivismo bakuninista y el comunismo kropotkiniano, aunque las dos corrientes mantengan un modus vivendi pacífico,

basado en el respeto mutuo, para denunciar la sociedad capitalista. Sin embargo, en 1888, *El Productor* de Barcelona menciona los crecientes progresos de las ideas anarco-comunistas por toda la península. La necesidad de emprender una nueva etapa apoyándose en unos criterios más adecuados aparecía tanto más urgente cuanto que los socialistas marxistas estaban celebrando el Primer Congreso del PSOE y constituían la Unión General de Trabajadores. Bajo el impulso de los militantes catalanes, y a pesar de la oposición de hombres como Ricardo Mella, por ejemplo, esta voluntad de sacar del atolladero la sección española de la Primera Internacional y contrarrestar la influencia socialista, provoca la sustitución de la F.T.R.E. por dos organizaciones distintas, aunque complementarias.

En mayo de 1888, el Congreso amplio de Barcelona, con un número reducido de delegados, constituye la Federación española de Resistencia al Capital. Esta se propone agrupar en un Pacto de Unión y Solidaridad a todos los individuos, sociedades o federaciones locales favorables a la lucha *reivindicativa* y «establecer la solidaridad con todas las sociedades de resistencia que tengan aspiraciones socialistas, aunque no sean anarquistas; pero de ninguna manera con las sencillamente societarias, adormideras». Esta nueva Federación adopta como táctica la huelga general para conseguir la jornada de ocho horas y tendrá un papel relevante durante las huelgas del 1.° de Mayo de 1890 y 1891.

Por otro lado, durante el otoño de 1888, un Congreso extraordinario reunido en Valencia disuelve la F.T.R.E. y adopta las Bases para la Organización Anarquista de la Región Española, con el deseo de suscitar relaciones entre todos los elementos *revolucionarios:* «forman parte de la organización anarquista revolucionaria todos los individuos, grupos, círculos, periódicos, etc., que aceptan la Anarquía, sin distinción de procedimientos revolucionarios ni de escuelas económicas».

Ahora bien, en la provincia de Cádiz, según nuestros datos, parece ser que la reorganización del proletariado se efectuó tanto a partir de las antiguas federaciones locales y nuevos círculos obreros, como a través de unos grupos revolucionarios independientes y «solidarios» unos de otros. La impresión general es que la primera forma de organización fue adoptada por los trabajadores de Cádiz capital; en cambio, los obreros de las zonas rurales (campiña jerezana, sierra del noreste) abogaron preferentemente por la creación de grupos anarquistas, cuya propaganda y acción originaron la manifestación violenta del 8 de enero de 1892 en Jerez de la Frontera. En cuanto a algunos sectores de la industria vitivinícola jerezana, se sintieron más atraídos por el sindicalismo «reformista» de la U.G.T.

Cánovas, herido de muerte por Angiolillo, según grabado de época.

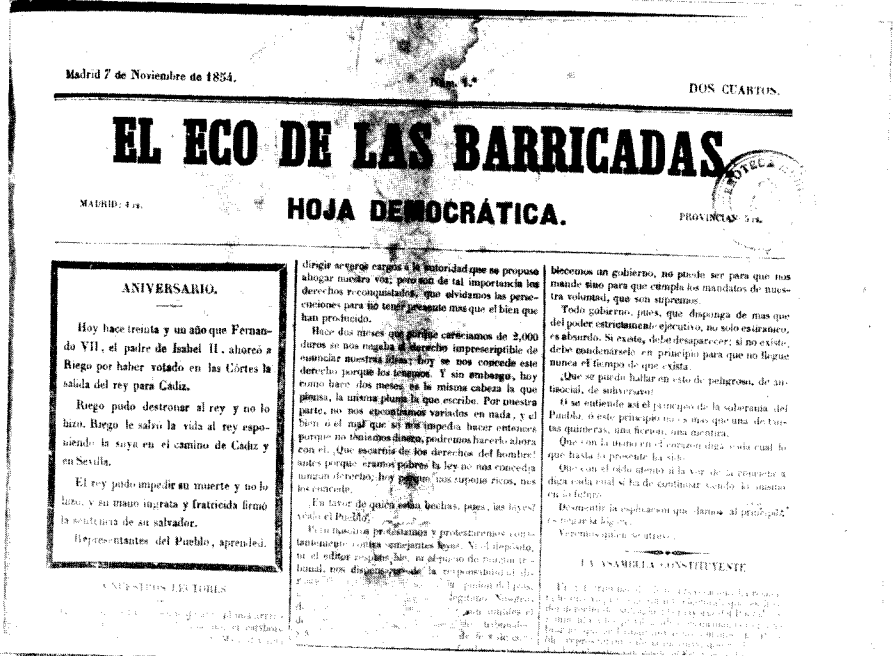
La postura ambivalente de *El socialismo*

Estas contradicciones nacionales y locales, en cuanto a organización e ideología se refiere, explican la posición que mantuvo *El Socialismo* durante aquellos meses de vacilación, reflexión y polémica. La verdad es que Salvochea se encontraba en una situación embarazosa y paradójica: por un lado, el ideario de Kropotkin tenía su preferencia; pero, por otro lado, tenía que convencer a unos lectores y granjearse unos apoyos entre los núcleos obreros del puerto de Cádiz que, como lo iban a demostrar las huelgas de mayo de 1890-91, se preocupaban más por la mejora inmediata de sus condiciones de trabajo que por la transformación radical del orden social. Por eso, Salvochea y sus amigos de *El Socialismo* deciden no agudizar las contradicciones y enemistades. Publican tanto los manifiestos colectivistas y circulares de la F.T.R.E. hasta su desaparición en 1888, como los textos anarco-comunistas de P. Kropotkin o E. Reclus. Durante una primera etapa, pues, *El Socialismo* mantiene una postura ambivalente. Así, por ejemplo, en su número de 1.° de julio de 1887, cita un extenso texto tomado de *El Productor* y titulado «Necesidad de una inteligencia», en el que se insiste «sobre la necesidad de establecer una común y cordial inteligencia entre todos (los anarquistas), a fin de que sea más eficaz nuestra acción contra el actual orden social, aplazando, para después de derribado éste, el tratar de las cuestiones puramente secundarias que nos dividen». En aquel momento en que el anarquismo corre graves riesgos escisionistas, *El Socialismo* trata de mantener «la concordia y unión del socialismo militante, siendo de ello garantía su nuevo consejo de redacción, donde están por igual representadas las dos escuelas anarquistas» (12 de diciembre de 1887).

Libre-pensadores y obreros en Cádiz

En realidad, a partir del momento en que, a nivel nacional, «las relaciones entre todos los anarquistas son sinceras y cordiales, habiéndose suavizado asperezas y acortado distancias», es decir cuando las ideas de unos y otros han podido ser expuestas y discutidas libremente durante el Segundo Certamen Socialista de 1889, *El Socialismo* ya no vacila en tomar el subtítulo falto de ambigüedad de: «Quincenario comunista-anarquista» (16 de junio de 1890).

En el Cádiz de 1886-87, los trabajadores carecen de una organización propia e independiente. Cuando Fermín Salvo-



Madrid 7 de Noviembre de 1854. DOS CUARTOS.

EL ECO DE LAS BARRICADAS

MADRID: 4 rs. **HOJA DEMOCRÁTICA.** PROVINCIAS: 5 rs.

ANIVERSARIO.

Hoy hace treinta y un año que Fernando VII, el padre de Isabel II, ahorcó a Riego por haber votado en las Córtes la salida del rey para Cádiz.

Riego pudo destronar al rey y no lo hizo. Riego le salvó la vida al rey exponiendo la suya en el camino de Cádiz y en Sevilla.

El rey pudo impedir su muerte y no lo hizo, y su mano ingrata y fratricida firmó la sentencia de su salvador.

Representantes del Pueblo, aprended.

Calle y barricadas, forja de rebeldes.

chea crea *El Socialismo,* la antigua federación local ha dejado de existir. A finales de 1886, se constituye el «Círculo libre-pensador de Guillén Martínez», aquel furierista muerto en las guerrillas federales de 1869. Acudían a sus reuniones «lo mismo los demócratas de todas las fracciones que los socialistas de todos matices»; aquella sociedad se autodefinía como «una especie de campo neutral, a donde concurrirán todos los que creen en la necesidad de emancipar las conciencias y difundir la luz, (...) y los hombres que, cualquiera que sea la diferencia que en otro terreno los separa, desean verdaderamente la emancipación del proletariado» *(El Socialismo,* 15 de diciembre de 1886). Se trataba, ante todo, de una entidad pluralista, destinada a reunir a los enemigos del oscurantismo religioso. Los domingos se leían poesías o se daban conferencias leídas por el furierista Ramón de Cala o el profesor Ramón León Máinez, cervantista y destacado miembro del partido republicano federal en Cádiz, y ambos amigos personales de Salvochea. La propaganda desarrollada por este Círculo, por un lado, y por *El Socialismo,* por otro, contribuye a la aparición, a principios de 1889, de un Círculo obrero, autónomo e independiente. Este abre una biblioteca y allí es donde se celebran en adelante conferencias y veladas culturales, especialmente con motivo del aniversario de la Comuna de París o de las ejecuciones de Chicago.

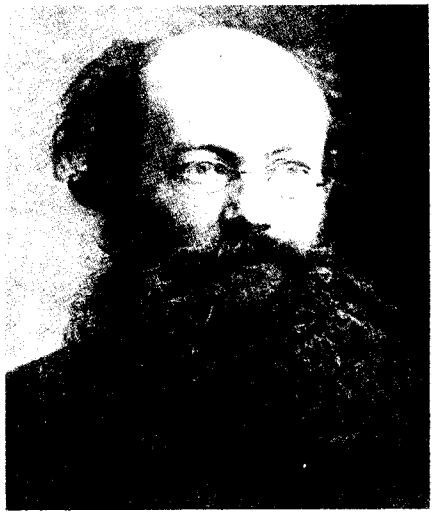
De las elecciones a la cárcel

Se sabe que en febrero de 1891 se convocan, por primera vez en España, elecciones generales por sufragio universal masculino. Algunos días antes, R. León Máinez y F. Salvochea debaten contradictoriamente ante más de 500 trabajadores sobre «la cuestión social». Mientras que el primero afirma que «todas las colectividades obreras deben llevar nuevos elementos de su seno a todos los organismos de la vida pública para rejuvenecerlos y transformarlos en bien de soluciones prácticas y salvadoras para los trabajadores», Salvochea vuelve a afirmar su «apoliticismo», preconizando la abstención en las elecciones porque «sólo en la revolución social está la salvación del proletariado» (según el *Diario de Cádiz,* 26-1-1891). Salvochea

no hacía más que repetir lo que había escrito unos días antes en una carta al periódico republicano *El Manifiesto* y reproducida en casi toda la prensa gaditana: «Los anarquistas no pueden esperar nada del sistema parlamentario, cuyo descrédito es hoy una verdad universalmente reconocida (...). Nada esperamos de la política ni de los políticos: lo esperamos todo de la Revolución» (Citado en *Diario de Cádiz,* 12-1-1891). Los resultados electorales le dieron razón al anarquista gaditano ya que de los diez escaños de la provincia uno sólo fue conseguido por un candidato republicano.

En aquellas semanas lo que más le preocupaba a la clase obrera gaditana era la preparación del 1.° de Mayo, y no las peripecias seudodemocráticas del turno pacífico. En 1891, el movimiento, tanto en Cádiz como en numerosas localidades de la península, fue aún más amplio y resuelto que el año anterior. Por eso el gobierno decidió prohibir las manifestaciones callejeras; en cuanto a las comisiones de trabajadores, no deberían exceder el número de veinte individuos, so pena de ser «inmediatamente disueltas». Sin embargo, pese a estas amenazas, el día 26 de abril de 1891, «más de tres mil trabajadores» celebran en Cádiz una reunión en la que se afirma que, «quiera o no el gobierno, hay que celebrar una manifestación pública» (según *Diario de Cádiz,* 25-4-1891). La movilización se extiende por toda la provincia, ya que las zonas de Jerez, Arcos, Medina Sidonia, La Línea y toda la Bahía de Cádiz se disponen a declararse en huelga. El día 29, son detenidos Fermín Salvochea y los «conocidos socialistas» José Ponce y Juan José García Ríos, por haber pronunciado discursos ante la asamblea del 26 en la que se acordó hacer, costara lo que costara, la manifestación pública. El 1.° de Mayo los puntos estratégicos de la ciudad son ocupados por la fuerza pública. A pesar de ello, admite el *Diario de Cádiz,* «seiscientas o setecientas personas» consiguen manifestarse pacíficamente por las calles del centro, hasta que irrumpan en la Plaza de San Antonio, «los guardias civiles, con las bayonetas armadas y corriendo para dispersar los grupos». El secretario del Centro obrero, Juan Cerrajón, y otros trabajadores son detenidos; el local es clausurado y *El Socialismo,* denunciado y secuestrado (5). Sin embargo, la mayoría de los obreros de la capital provincial permanecen en huelga durante una semana. Como resultado de ello, los albañiles obtuvieron la jornada de 9 horas y un aumento de un real en su jornal. Algunos gremios consiguieron la jornada de ocho horas y otros, aumentos de salario.

Al salir de la cárcel, tras mes y medio de detención, Salvochea y sus amigos deciden publicar otra vez *El Socialismo,* pero las autoridades no cejan en el empeño de suprimir definitivamente este portavoz de los intereses obreros. En julio, la explosión de unos cuantos petardos le ofrece a la policía de Cádiz un pretexto para detener a más de 25 militantes anarquistas. Gracias a la solidaridad, 17 de ellos recobran la libertad



Pedro Kropotkin.

a mediados de octubre, quedando en la prisión Salvochea y siete compañeros suyos. Desde la cárcel, el líder gaditano observa: «ni las calumnias ni las prisiones son suficientes a destruir la semilla sembrada por nuestra propaganda en el seno de la multitud, en la cual el deseo de justicia y la esperanza de la revolución se verán grandemente aumentados por la torpe conducta de los defensores de un orden social cuya desaparición se acerca por momentos» (Carta a *El Productor,* de 5-11-1891, y *La Anarquía del 6).* El día 7 de diciembre fue absuelto por el supuesto delito de imprenta que se le imputaba. Es significativo que aquel día, según *El Liberal* de Madrid, «más de tres mil personas han vitoreado a Salvochea al entrar y salir de la Audiencia», dando vivas a la Anarquía, como lo habían de hacer un mes después los manifestantes por las calles de Jerez. Sin embargo, Salvochea tuvo que quedar encerrado en la cárcel de Cádiz, por haber incitado a los trabajadores a que desfilaran por las calles el 1.° de Mayo. *El Socialismo* dejó de existir y el proyecto que tuvieron algunos amigos de Salvochea de publicarlo con otro título *(El Anarquista* o *El Anarquismo,* según las fuentes) no pudo concretarse a causa de los sucesos de Jerez.

El 8 de enero de 1892

El carácter biográfico de este trabajo no nos permite evocar detalladamente el desarrollo de aquel célebre episodio. Baste con indicar que, a partir de 1885 especialmente, la provincia de Cádiz se ve azotada por una crisis que afecta a todos los sectores agrícolas: vitivinicultura de Jerez, Sanlúcar y Puerto de Santa María; cereales y ganadería en el Campo de Gibraltar y valles del Guadalete y Barbate; olivares en las sierras de Ubrique, Grazalema y Algodonales. La disminución de los beneficios en estos sectores, así como el abandono de ciertas viñas, el desempleo creciente, la propaganda cada vez más activa del núcleo gaditano constituido alrededor de Salvochea favorecieron, sobre todo a partir de 1891, la creación de varios grupos anarquistas en la mayoría de las localidades de la provincia. Las autoridades reprimieron sus actividades como lo hicieron en mayo del 91 en el caso de *El Socialismo* y Centro obrero, lo cual aumentó el descontento. Todos aquellos factores se combinaron y originaron los sucesos de Jerez. Lo que hizo saltar el polvorín fue la detención, el día 7 de enero, de unos sesenta trabajadores en Jerez, «conocidos por sus ideas anarquistas», según afirma *El Liberal.* Muchos trabajadores del campo, procedentes de los cortijos del campo jerezano y de los pueblos del noreste, y que se encontraban en paro forzoso, decidieron organizar una manifestación para solicitar la liberación de sus compañeros. A pesar de lo que tantas veces se ha repetido, creemos que no tenían ningún proyecto revolucionario propiamente dicho los que penetraron en la ciudad de Jerez el día 8 a las 11 de la noche. Después de haber herido de muerte a dos transeúntes y hostilizado sin éxito los edificios del Ayuntamiento y los dos cuarteles que había en Jerez, los manifestantes se di-

1. José Romero Lemas, cadena perpetua.—2. Blas Pérez y Pérez, absuelto.—3. Andrés Almagro y Moreno, no tenemos datos.—4. Antonio María, sin datos.—5. Joaquín Sánchez Santo, reclusión perpetua.—6. Francisco Remos Soto, absuelto.—7. José Reguera, 15 años.—8. Felipe de la Rosa, 15 años.—9. Fernando García, absuelto.—10. Juan Moreno, absuelto.—11. José Fernández, absuelto.—12. Francisco Barrero, absuelto. 13. Nicolás Velasco, absuelto.—14. Andrés Domínguez, reclusión perpetua.—15. Juan Domínguez, reclusión perpetua.—16. Diego Moreno, reclusión perpetua.—17. Gaspar Domínguez, 15 años.—18. Antonio María, reclusión perpetua.—19. Manuel Díaz, reclusión perpetua.—20. Francisco Barroso, absuelto.—21. Juan García, absuelto.—22. Blas Alvarez, absuelto.—23. Antonio Tulio, absuelto.—24. Cristóbal Nieto, 15 años.—25. Juan Barca, reclusión perpetua.—26. José Sánchez, reclusión perpetua.—27. Juan Gómez, reclusión perpetua.—28. José Crespo, reclusión perpetua.—29. Luis Jaén, 9 años.—30. Manuel Gómez, absuelto.—31. José Barrera, reclusión perpetua.—32. Gonzalo Pérez, absuelto.

Los condenados de Jerez (La protesta, *6 de enero de 1900).*

rigieron, en efecto, hacia la prisión para exigir la puesta en libertad de los que seguían encarcelados, tirando piedras. Pero los guardias dispararon contra ellos y los manifestantes se dispersaron. Dos de ellos fueron muertos a tiros y varios, heridos.

Asustadas por el atrevimiento de los «insurrectos», pero satisfechas del pretexto que así se les ofrecía para reprimir las organizaciones obreras, las clases acomodadas exigieron de las autoridades un castigo ejemplar. El gobierno conservador confió esta tarea al ejército que persiguió a los supuestos manifestantes hasta la más recóndita aldea y detuvo a varias decenas de trabajadores. Los centros obreros fueron clausurados; en la Audiencia de Jerez se prestaron más de 600 declaraciones y, a partir del 25 de enero, la causa fue entregada a la exclusiva competencia de los tribunales militares.

Las autoridades se aprovecharon del falso testimonio de un tal Félix Gravalo Bonilla (a) «el Madrileño», para presentar a Salvochea como el instigador de los sucesos y encartarlo en el asunto, aunque, a la sazón, estaba encarcelado y severamente vigilado en la cárcel de Cádiz. A principios de febrero se celebró un primer Consejo de Guerra contra ocho de los supuestos cabecillas de la «insurrección». Como es conocido, Antonio Zarzuela Granja, José Fernández Lamela, Manuel Fernández Reina (a) «Brusiqui» y Manuel Silva Leal (a) «el Lebrijano», fueron condenados a muerte y sentenciados. Al día siguiente escribió Salvochea: «La crueldad manifestada por la burguesía jerezana con los anarquistas está en armonía con el terror de que fue presa la noche que los trabajadores entraron en Jerez (...). Afortunadamente —recalcaba Salvochea con optimismo— el fin de tanta podredumbre y prostitución se aproxima, y la Revolución, que ya se denuncia, concluirá con la explotación del hombre por el hombre, rompiendo la cadena del esclavo y abriendo ancho campo al progreso y la civilización» (Cádiz, febrero 11 del 92, *La Anarquía,* 11-2-1892).

A principios de marzo, se celebró en Cádiz el juicio contra Salvochea y sus compañeros del Centro obrero, acusados de haber invitado a los obreros a que hicieran la manifestación prohibida del 1.° de Mayo de 1891. Todos fueron absueltos, pero no significaba que las autoridades habían decidido actuar con clemencia hacia Salvochea; en efecto, en otro Consejo de Guerra celebrado algunos meses después, se le condenó a 12 años de presidio.

Nuevos años de cárcel

Fue enviado primero al penal de Valladolid, donde quedó totalmente incomunicado, por negarse a oír misa. Por medio de una carta enviada desde la cárcel por un compañero suyo el 24 de octubre de 1893 y reproducida en *El Pueblo* de Cádiz, la opinión pública se enteró de que, debilitada su salud y cansado de tantos castigos y persecuciones, Salvochea había intentado suicidarse, «cortándose la vena arteria sobre la ingle». Poco a poco fue recobrando fuerzas y ocupó los largos días de detención traduciendo poemas de Louise Michel y *El paraíso perdido* del inglés John Milton. En aquella España finisecular, Salvochea no era el único anarquista perseguido. En realidad, los años 1893 a 1897 se caracterizan precisamente por una represión continua y feroz contra el movimiento anarquista en general. Conocieron los calabozos durante un lapso de tiempo más o menos prolongado: Anselmo Lorenzo, José López Montenegro, Juan Montseny, José Llunas, Fernando Tarrida del Mármol, Teresa Claramunt y centenares de militantes menos conocidos. El 4 de mayo de 1897 fueron fusilados en los fosos de Montjuich Ascheri, Mas, Nogués, Molas y Alsina. La situación de los presos que se hallaban en el siniestro castillo era tal que la opinión pública española y europea se levantó exigiendo el fin de los malos tratos y la amnistía general. Para apoyar esta campaña de solidaridad, Tarrida del Mármol fustigó a los «inquisidores de España», mientras Ricardo Mella y José Prat denunciaron «la barbarie gubernamental en España», en sendos libros publicados respectivamente en París y Brooklyn. En Madrid se celebraron varios actos de solidaridad, mientras Federico Urales lanzaba, en junio de 1898, la *Revista Blanca* para denunciar los atropellos cometidos en Montjuich y conseguir la libertad de los encarcelados, lo cual ocurrió en abril de 1900.

En cuanto al propio Salvochea, se benefició de esta campaña, y, tras una breve temporada en el penal de Burgos, fue indultado y puesto en libertad. En los primeros días de abril de 1899, 8.000 personas salieron a la calle para saludar su regreso a Cádiz, donde se quedó poco tiempo. Se trasladó a Madrid, viviendo en dos habitaciones pequeñas que le había cedido una familia obrera. «Sus ingresos económicos —nos dice Pedro Vallina que empezó a tener trato personal con él— eran escasos; traducía algún libro y trabajaba en diarios como *El Liberal, El Heraldo* y *El País.* Representaba, además, una casa de vinos de Jérez, que le rendía muy poco». Lo que más le preocupaba, en realidad, eran las reuniones del Centro Federal del Horno de la Mata,

que albergaba las sociedades obreras madrileñas que no compartían las ideas socialistas. Participó en la preparación del congreso que, en octubre de 1900, decidió constituir la Federación de los Trabajadores de la Región Española, que intentaba resucitar el Pacto de Unión y Solidaridad de los años 1888-1896. Al mismo tiempo Salvochea colaboraba activamente con las publicaciones ácratas, como *Revista Blanca* y el suplemento de la misma que, en enero de 1902, tomó el nombre de *Tierra y Libertad.*

La contribución de sangre

Además, escandalizado por la política bélica del ya decadente imperialismo español en Cuba y Filipinas, publicó en 1900 *La contribución de sangre.* En este folleto parece sacar las lecciones de su agitada vida revolucionaria al afirmar que sin el auxilio del ejército, «tendría siempre comprometida su existencia la burguesía (...); el ejército permanente es a la propiedad individual lo que la sombra al cuerpo: el uno es consecuencia inevitable de la otra».

No obstante, no se olvidaba de sus antiguos correligionarios de Cádiz que actuaban de nuevo al amparo de una sociedad de libre-pensadores creada en 1895,

Anselmo Lorenzo.

antes de organizarse de nuevo de manera independiente a finales de 1899. Salvochea, consciente de la influencia que seguía teniendo entre los trabajadores gaditanos, escribe en *El Pueblo* del 14 de julio de 1899: la propiedad privada «es el corazón de la hidra, la cabeza del monstruo formado por el capital y cuyos tentáculos están representados por el clero, el ejército y la magistratura; (...) tiene forzosamente que desaparecer, si es que hemos de llegar algún día a ver establecida la justicia entre los humanos». Por otro lado, envía desde Madrid a los redactores del nuevo periódico obrero gaditano, *El Trabajo,* un poema redactado en abril de 1900, que dice:

«Como el paro general
se declare para mayo,
de fijo le da un desmayo
en el acto, al capital». (...)

El homenaje del pueblo gaditano

Al cabo de algunos años en la capital, tuvo que abandonarla por un llamado «delito de imprenta», refugiándose en Tánger. De ahí pasó otra vez a Cádiz, donde murió el día 28 de septiembre de 1907, en condiciones tragi-cómicas, según lo contó un médico de Cádiz a Pedro Vallina. «Salvochea —según este testimonio— vivía, como siempre, pobremente, en una pequeña habitación desde la cual se divisaba el mar, que tanto amó siempre. Lo poco que tenía lo daba, como de costumbre, a los más necesitados que él, llegando incluso a entregar la cama en que dormía. A partir de entonces se

De la historia a la leyenda

Las cualidades políticas y humanas que mostró Salvochea durante los acontecimientos agitados del sexenio revolucionario y los numerosos años de cárcel que sufrió repetidas veces, le convirtieron pronto en una figura legendaria. He aquí, como ejemplo de la literatura hagiográfica dedicada a nuestro biografiado, algunos fragmentos de un poema que, en diciembre de 1879, publicó en un diario gaditano Alfonso Moreno Espinosa. Catedrático de Geografía e Historia del Instituto de Cádiz, periodista, furierista y miembro del partido republicano, varias veces concejal del Ayuntamiento de Cádiz, A. Moreno nos ofrece aquí uno de los primeros textos que ilustran perfectamente la popularidad de la cual gozaba el antiguo Presidente del Cantón de Cádiz, no sólo en 1879, sino también en 1908, fecha en la que se volvió a publicar en *La Voz del Obrero del Mar,* periódico defensor de los gremios marítimos, de Cádiz.

A Fermín Salvochea

En el undécimo aniversario del 8 de diciembre de 1868.

(...)
Para aquellos gloriosos visionarios
que trayendo ideales y reformas,
rompen o ensanchan las antiguas normas
siempre la Sociedad tiene calvarios;
y al que ataca un injusto monopolio
siendo el escudo de la grey plebeya,
por más que haya salvado el Capitolio,
le reclama la vil Roca Tarpeya.

Esas mismas cadenas que te oprimen,
¡oh, noble Salvochea!
por el horrendo crimen
de ser Apóstol de vencida idea,
también mordieron las gloriosas manos
que fueron de la patria firme escudo
en tiempos ya lejanos
y de Gadir sobre el peñasco rudo
dieron a España, huérfana de reyes,
régimen liberal en sabias leyes (*).
La prisión, el cadalso, el ostracismo
premiaron su virtud y gallardía;
que sólo ingratitud y saña impía
puede dar el infame despotismo.
(...)
Tu conducta de entonces, tu heroísmo,
tu noble corazón, grande y valiente,
la extraña abnegación con que en tus [hombros
echaste el peso de la culpa ajena,
ofreciendo tu cuerpo a la cadena,
como Cristo a la Cruz, me causó [asombros.
Tu espartano carácter do resaltan
heroícos hechos y palabras cortas,
y esa gran dignidad con que soportas
tu cautiverio vil, mi mente exaltan.
Tu temple admiro, tus desdichas lloro,
tu nombre egregio en mi laúd se incrusta
con caracteres de oro;
y ante la noble majestad augusta
de virtud e infortunio que en ti brilla,
rindo mi plecto y doblo la rodilla.

(*) Alusión al período 1808-1812.

acostó sobre una mesa larga y estrecha, y una mañana, al levantarse por un extremo de la mesa se levantó el opuesto, causándole en la falsa caída una lesión en la columna vertebral, de la cual se derivó la muerte» (p. 112-113).

A pesar de la lluvia torrencial que cayó sobre Cádiz el día de su entierro, «puede decirse —escribió el *Diario de Cádiz* el 30 de septiembre— que jamás se ha visto en Cádiz una reunión tan compacta y tan numerosa de la clase obrera. Acudieron representaciones de todos los Centros obreros, viéndose a trabajadores de todos los gremios, tanto de mar como de tierra». Se escribió en varios periódicos que unos 50 o 60.000 personas le acompañaron hasta el cementerio civil, donde su cadáver fue depositado en un nicho, antes de ser entregado más tarde a la Facultad de Medicina, por disposición de su testamento.

No creemos equivocarnos concluyendo que posteriormente el pueblo de Cádiz no tuvo la oportunidad de conocer a líder igual. El origen de aquella popularidad se debe a que la propia vida de Fermín Salvochea simboliza perfectamente, hasta 1873, las aspiraciones de la mediana y pequeña burguesía gaditana, antes de identificarse, a partir de 1886, con los anhelos de la clase obrera. Estas capas sociales son las que, cualquiera que sea su filiación ideológica, conmemorarán, a partir de 1908, el aniversario de su muerte, en unos términos tan ditirámbicos como los del poema que le dedicara en 1879 Alfonso Moreno Espinosa.— **Gérard Brey.**

Salvochea, antimilitarista

Una de las reivindicaciones más populares del siglo XIX fue la abolición de las quintas. Salvochea refiere así su caso personal:

«Cuando en el 62 entré yo en quinta, me llamaron repetidas veces al Ayuntamiento, sin resultado alguno, pues había formado el deliberado e inquebrantable propósito de realizar un acto de propaganda (hecho por el que siempre he tenido gran predilección) contra la contribución referida. Y cuando después supe que había salido soldado, le manifesté a mi padre mi propósito, suplicándole no me librara; pero él, no comprendiendo, o aparentando no comprender todo el alcance de la iniciativa individual, y atento sólo al bien del momento, resolvió lo contrario, bastante a pesar mío». *La contribución de sangre,* 1900, Revista Blanca.

(1) Nicolás Sánchez-Albornoz: «Cádiz, capital revolucionaria en la encrucijada económica», en el volumen colectivo *La Revolución de 1868. Historia, pensamiento, literatura,* selección de Clara Lida e Iris Zavalea, Nueva York, Las Américas Pub. C.°, 1970, p. 88.

(2) Pedro Vallina: *Crónica de un revolucionario, con trazos de la vida de Fermín Salvochea,* París, Ed. «Solidaridad Obrera», 1958, p. 12. Que sepamos, este folleto de 120 páginas constituye el volumen más reciente publicado sobre la personalidad que nos ocupa.

(3) Hennessy: *La República federal en España,* Madrid, Aguilar, 1966, p. 65-66.

(4) *Actas de los Consejos y Comisión Federal de la Región Española (1870-1874),* edición a cargo de Carlos Seco Serrano, Barcelona, Publicaciones de la Cátedra de Historia General de España, t. 2, 1969, p. 100.

(5) Basándose en otras fuentes, escribe Temma Kaplan: «El 28 de abril de 1891 Salvochea fue detenido junto con sus ayudantes Juan José García y José Ponce. Los militantes de base no se dejaron intimidar, y 5.000 personas asistieron a un mitin de protesta el 29 de abril. La policía replicó deteniendo a otro dirigente. A pesar de los arrestos, 6.000 personas desfilaron por Cádiz el primero de mayo a los gritos de «¡Abajo la burguesía!» y «¡Viva el anarquismo!». Varios días después, algunas explosiones sacudieron Cádiz, matando a un obrero y a cuatro jóvenes. La policía acusó a Salvochea, aún encarcelado, y a su periódico. Organizaron una incursión nocturna en las oficinas del periódico y pretendieron haber hallado bombas. Los que estaban presentes en el momento fueron detenidos, el periódico clausurado y varias semanas después Salvochea fue nuevamente arrestado» *(Orígenes sociales del anarquismo en Andalucía. Capitalismo agrario y lucha de clases en la provincia de Cádiz, 1868-1903,* Barcelona, Ed. Crítica-Grijalbo, 1977, p. 191-192).

BOLETIN DE SUSCRIPCION

Don _____

Domicilio _____

Ciudad _____ Provincia _____

País _____ Teléfono _____

LA SUSCRIPCION HACE LA FUERZA

FORMA DE PAGO

Talón adjunto a nombre de Historia Libertaria.

Giro postal dirigido a Historia Libertaria. Calle de los Milaneses, 6. Madrid-13

Tarifa anual 12 número
España: 1.000 pesetas
Extranjero: 1.500 pesetas

Remítase a: HISTORIA LIBERTARIA. Calle de los Milaneses, 6. Madrid-13

Proletarios del mundo, ¿unidos?

Consejismo/anarcosindicalismo

Diez tesis para un debate

Un fantasma recorre el anarquismo: ¿rigen todavía las formas organizativas clásicas? Diez tesis para un debate (Bicicleta sólo publicó parte) reflexiona sobre el cómo y para qué de la autonomía obrera hoy.

Lo que sigue no son más que acotaciones a planteamientos surgidos en la prensa confederal y en otras publicaciones, en torno al «debate anarcosindicalismo/consejismo» (R. Alvarez, «Aires asamblearios o consejismo camuflado», Castilla Libre, n.° 9, noviembre de 1977. J. Gómez Casas, «Perfiles de la CNT actual», «El País», 7 de diciembre de 1977. J.G.C., «Consejismo y anarcosindicalismo», CNT, n.° 10, diciembre de 1977. J.G.C., «Movimiento asambleario y anarcosindicalista», CNT, n.° 11, enero de 1978. F. Aguado, «Sectarismo autogestionario», Emancipación, n.° 3, enero de 1978). La primera observación a hacer es que, para el autor, lo términos vertidos en la polémica no son necesariamente indicativos de la existencia de corrientes masivas de opinión en las que se encuentren su fuerza y sustento; dicho de otra forma, el debate en sí es lo suficientemente artificial como para calificarlo de «teórico» (sin ningún contenido peyorativo en el uso del término, y extendiéndolo a este mismo traba-

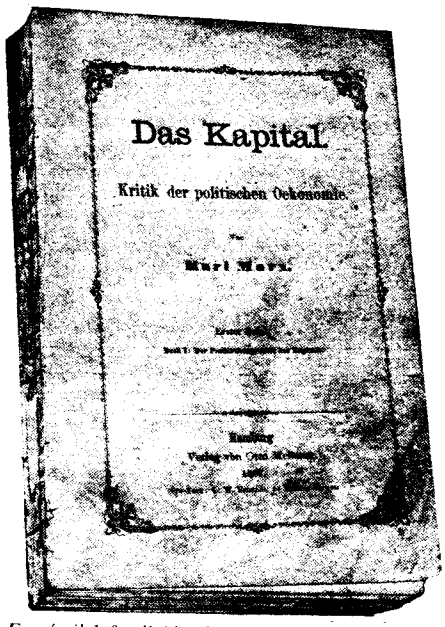
«...no sólo no tenemos la intención ni el menor deseo de imponer a nuestro pueblo, o a cualquier otro, tal o cual ideal de organización social leído en los libros o inventado por nosotros, sino que, convencidos de que las masas populares llevan en sí mismas, en sus instintos más o menos desarrollados por la historia, en sus necesidades cotidianas y en sus aspiraciones conscientes o inconscientes, todos los elementos de su organización del futuro, buscamos ese ideal en el seno mismo del pueblo». M. Bakunin, Estatismo y anarquía.

jo). Una segunda observación recalca que aquí prescindimos, por razones que más adelante se hacen evidentes, de movimientos «asamblearios» vinculados claramente a organizaciones vanguardistas externas (éste puede ser el caso de la AOA). Su análisis es completamente irrelevante para nuestros intereses teóricos. Por último, no está de más añadir que, a casi todos los efectos, se ha identificado, con las insuficiencias e incorrecciones que es justo reconocer, «anarquismo» y «anarcosindicalismo». Esto se hace para no complicar el análisis con duplicaciones, suponiendo que lo que se dice de uno cualquiera de los términos es aplicable, en líneas generales y casi siempre, al otro.

II

Lo que en un principio pudo ser un instrumento de economía lingüística, la atribución necesaria y exclusiva de calificaciones «ideológicas» a individuos y/u organizaciones, se plantea ahora como una necesidad estricta para el sistema, que consigue así, no sólo limitar y cosificar a aquellos, sino también crearles la obligación de «entenderse» en base a conceptos que en muy escasa medida son su creación. Lo que fue una forma evitadora de explicaciones previas y constantes sobre lo que se piensa o hace, es ahora un método ideal para indicar lo que hay que pensar o hacer, dejando las atribuciones directoras de esto último al libre albedrío de los sabios, de los técnicos, de los teóricos. En el caso de que la «ideología» atribuida carezca de límites claros, seguros y definidos, hay que recurrir a sus concreciones personales, a sus «creadores» por excelencia; de aquí procede la larga serie de términos derivados, con mayor o menor furtuna, de nombres propios (marxismo, bakunin-ismo, trotsk-ismo, leninismo...). También las «organizaciones», delimitadas de por sí interna y externamente, se ven obligadas a autocorregirse en tanto que portadoras ortodoxas de ideologías o derivados, propietarias y explotadoras de denominaciones de origen a las que se añade o quita algún adjetivo según criterios de selección que en sí mismos pueden constituirse en una nueva y «autónoma» ideología. En el caso nada infrecuente del despojamiento de la ortodoxia, del «robo de la ideología», es difícil evitar la tentación de espectacularizar los derechos sobre una y otra; se echa mano entonces de los triunfos, de las siglas, de los signos, de las banderas, de los mitos humanos y no-humanos y, si lo hubiere, del prestigio y racionalidad de las manifestacions intelectuales. Se echa mano, en una palabra, de la «Historia», de la experiencia pasada; y en el caso de que ésta no ofrezca las suficientes garantías, se revisa para poder extraer hasta la última gota de la apariencia, del prestigio, de la mercancía espectacular, y eludir así en lo posible lo que no es apariencia, lo que no es prestigio, lo que no es mercancía para el espectáculo, lo que no es mito.

Carlos Marx.



Facsímil 1.ª edición de «El Capital».

III

Aunque haya que empezar parafraseando a Marx, convengamos que «es el ser social el que determina la conciencia». Y convengamos también que esa conciencia, a lo largo del tiempo, se ha vinculado a través de formaciones ideológicas cuyo objetivo primario ha sido invertir los términos de la frase, demostrando que la «conciencia», la «ideología», es el elemento inductor de las acciones de los individuos, y más aún, es el elemento definitorio del carácter revolucionario o no revolucionario de esas acciones.

Nuestra concepción no es otra que la que da en imaginar al «movimiento obrero» de los siglos XIX y XX como la expresión de una necesidad profunda de subvertir el sistema de explotación. Y esa necesidad se deriva del *mismo* sistema de explotación y es por ello, al menos en principio, independiente de la actividad «propagandística» de los «ideólogos». Dicho de otra forma: el modo de producción capitalista genera por sí sólo los suficientes elementos que inducen a pensar en su destrucción por parte de los sectores explotados; las ideologías con las que éstos se recubren se generan a su vez en el análisis a posteriori de esas sublevaciones «proletarias». Cuando estas últimas pasan al lenguaje normal identificadas con una ideología concreta (la «revolución rusa», como una «revolución marxista», la «revolución española» como «revolución anarquista»), no se hace muy cuesta arriba el pensar que el adjetivo se ha tragado al sustantivo, que la ideología ha cercenado, hasta donde ha podido hacerlo, el impulso de esa sublevación nacida de las condiciones del «ser social». Es por lo anterior por lo que nos reservaremos el derecho de separar ideología y fenómeno revolucionario, de aplicar los términos «marxista» o «anarquista» (u otros) a este último, e incluso aventuraremos el riesgo de posible ideologización que se encubre en la asimilación de dos siglos de irrupciones revolucionarias en torno al término «autonomía obrera». Y recordaremos a los señores ideólogos que no es mala costumbre contemplar la «evolución histórica» como algo distinto de la enumeración de citas y aportaciones de un grupo de sabios con nombres de todos conocidos.

Autonomía obrera

IV

Poco importa quién acuñó la palabra «consejismo». El proceso de creación del concepto es típico del procedimiento de que se habla en los apartados anteriores. Al aparecer una serie de estructuras más o menos salvajes e incontroladas (soviets, consejos alemanes, italianos, húngaros...), y sirviéndose de teorizantes que sobre algunas de esas estructuras (esto es, después de que estas fueran reales) edificaron «teóricos» concretos (Pannekoek, Korsch, Wagner, Gorter, el «joven» Gramsci...), el proceso de formación de una «nueva ideología» permitió su configuración en lo que hoy se entiende vulgarmente por «consejismo». El estadio siguiente, tan utilizado como el anterior, obliga a definir al «consejista» como el seguidor de Pannekoek o Korsch, induciendo además a la identificación con una forma de organización determinada, dotada de ideología y símbolos apropiados y operante en una geografía bien delimitada. Y nadie niega que haya «consejistas» que participen de esas convenciones. Por ello es más que dudoso que el término sea aprovechable y extendible a individuos y/o formas organizativas conceptualmente diferentes.

Anarcosindicalismos y consejismos, estructuras anarcosindicalistas y consejos, son dos formas históricas manifestantes de la autonomía obrera. Constituyen la expresión de que distintas formas de explotación, distintos procedimientos de control burocrático, distintas formaciones geográficas y sociohistóricas, provocan en los sectores explotados reacciones semejantes en cuanto a rechazo global de la sociedad, afloración de estructuras autónomas, inmanejables e incontrolables desde el poder, negación de las «ciencias de la revolución» elaboradas por técnicos ajenos, y consciencia de la necesidad de «dominio» sobre la «totalidad» de la forma social. Rebajándonos al terreno de los teóricos, es infinitamente más difícil delimitar la deuda que Pannekoek pueda tener con Bakunin, que delimitar la deuda que Pannekoek y Bakunin tienen para con las formas autónomas de organización de los trabajadores. Porque son, o deben ser, estos últimos los auténticos «teóricos»; y porque es su acción libre (y espontánea las más de las veces) la que crea las nuevas estructuras o las nuevas formas de lucha, sin necesidad de copiar modelos ya establecidos. ¿No sería absurdo que los sindicalistas revolucionarios franceses de la década de los veinte hubieran afirmado que los soviets rusos no eran otra cosa que una mala imitación de la Carta de Amiens o que algún Matusalén perdido del 1871 acusara a los anarcosindicalistas españoles de 1936 de protagonizar una imitación mala y empobrecida de «su» Comuna?

Pannekoek, con el llegó el escándalo.

Ocultar «que existieron un William Godwin, un Bakunin, un Kropotkin, y ¡tantos otros!» (1) u olvidar a los socialistas utópicos, al primer anarquismo, al movimiento obrero en general del siglo pasado y al propio Marx (2), son dos posturas que al menos coinciden en valorar los fenómenos en función no de los individuos que los protagonizaban (cabe salvar aquí al «movimiento obrero en general del siglo pasado»), sino de los individuos que reflexionaban sobre ellos.

Explicar por qué en espacios geográficos distintos se producen combinaciones distintas entre los movimientos «ideológicos» puede llevar a complicados análisis de todo tipo que se escapan a los límites de este trabajo. Se puede quizá hacer

una reflexión que ilumine un poco el problema. Supongamos que puede y debe (por fortuna no es así) reducirse la «ideología del movimiento obrero» a dos grandes corrientes: «marxista» y «anarquista», «autoritaria» y «libertaria». En algunas sociedades, o suprasociedades, las dos corrientes se presentan con fuerza parecida (España 1870-1939); cada una de las concreciones orgánicas se plantea como competidora y rival de la otra, siendo pocos en general los contactos (y casi ninguno a nivel «ideológico»). Así se materializa, por ejemplo, la idea de Romero Maura: «su propia subcultura protegía a la CNT contra el reformismo». (3).

En otros espacios geográficos, por el contrario, se produce una preponderancia de una corriente sobre la otra (Alemania-Holanda hacia 1920). En estos casos no es infrecuente la aparición de expresiones ideológicas que son, consciente o inconscientemente, síntesis de ambas corrientes (4). Este puede ser el caso de las obras de Pannekoek y Korsch. Aquí en concreto, una fuente adicional de «inspiración» viene dada por los sucesos siguientes al octubre ruso del 17. El cuestionamiento global de la organización política de corte leninista (5) y sus implicaciones lógicas sobre el tema de la consciencia de clase y sus poseedores, lleva al grupo que después publicará «Living Marxism» a planteamientos políticos antiautoritarios (6). Tampoco es aquí el lugar de retomar la discusión sobre si esos planteamientos no son otra cosa que una copia del anarquismo. Lo que quizá debe hacerse es llamar la atención sobre dos conceptos que podrían alejar a «nuestros» consejistas de los «planteamientos globales del anarquismo». El uno es la utilización —en Pannekoek, por ejemplo— del término «partido»: es concebido como un instrumento de «propaganda y de clarificación» (7), en cualquier caso a mil leguas de las concepciones socialdemócrata y leninista. Véase si no en textos posteriores: «el partido constituye el más poderoso freno a la capacidad de acción de la clase obrera» (8), «el poder del partido se basa en la represión de todas las opiniones que no están de acuerdo con la línea» (9), «la misma expresión de "Partido Revolucionario" implica una contradicción en sus términos» (10) y la contradicción fundamental que existe entre la emancipación de la clase en su conjunto y por sus propios medios y la reducción a nada de la actividad de las masas por un nuevo poder pro-obrero» (11). En el fondo no sea quizá más que un resabio lingüístico del «marxismo clásico»; pero es un resabio verbal, porque hay poco que asemeje al «partido de Marx» y al «partido de Pannekoek» (el término, por lo demás, ya ha sido abandonado por la mayoría de «marxistas» que se dicen «consejistas») (12). También cree Pannekoek en la

Lenin.

«dictadura del proletariado». Sin embargo, la concepción de la «toma de poder» (o de la «destrucción del poder») viene a ser extremadamente similar a la del «anarquismo». El punto de comunicación puede ser, por ejemplo, este texto de Castilla Libre: «Dentro de los hábitos comunes del lenguaje se atribuye a los anarquistas como una, quizá la principal, de sus ideas-fuerza la 'destrucción del Estado'. No es tanto que difiramos de esta formulación como que pensemos que es poco aprovechable. Más que destruir el Estado, se trata de invalidar, de cercenar todas sus actividades; se trata de que las comunidades naturales, y sus federaciones consiguientes, ejerzan las funciones económicas que antes correspondían al aparato estatal, a la vez que se conviertan en los únicos, y por fin auténticos, órganos de decisiones. Es decir, no se trata tanto de destruir el aparato de Estado como de imponer una estructura de autogestión generalizada que inutilice aquel aparato» (13).

Una última línea para señalar que, a falta o en presencia de citas, no hay mejor forma de demostrar la vinculación libertaria de las «estructuras consejistas», teóricas y organizativas, que la de su práctica. Es algo por lo demás en lo que los propios libertarios debieran también mostrar más a menudo su vinculación consigo mismos. Y una forma de demostrarlo sería no atribuirse derechos exclusivos sobre doctrinas, pensadores y experiencias colectivas.

V

La formación histórica de la «teoría consejista se ha realizado en nombre y como desarrollo de una determinada concepción de la obra de Marx. Esta ligazón inicial, lejos de desaparecer, se mantiene en muy diversas formas. Desde trabajos como el de Claude Berger (14), cuya marxofilia obliga a sus editores españoles a llamar la atención sobre la «excesiva mitificación de Marx frente a un Lenin que si bien es cierto que interpretó de forma muy discutible y muy poco marxista el marxismo, no es menos cierto que hizo una de las lecturas posibles de Marx», hasta formulaciones, nacidas en perspectivas anarquistas, como el «marxismo libertario» de Guérin (15). Lo que en muchas ocasiones supone una perspectiva teórica realmente interesante y quizá fructífera, se manifiesta en otras como un dogmatismo estrecho y esterilizante. De nada sirve ocultar textos como los de Pannekoek («la única teoría de lucha que puede llevar al proletariado a la victoria es el marxismo») (16) o Wagner («consideramos como nuestro deber el demostrar, partiendo del ejemplo español, que la argumentación anarquista contra el marxismo es falsa; que es la doctrina anarquista la fracasada» o «los críticos y consejeros libertarios extranjeros no podían ofrecer soluciones, porque estos problemas sólo pueden resolverse tomando como base la teoría marxista») (17).

Es innegable que la crítica de la economía política que Marx hizo tiene un interés evidente para cualquier corriente socialista. El «antimarxismo» cerrado

es, en este sentido, o bien una manifestación de ignorancia o bien una extrapolación de otras temáticas sobre ésta.

Pero de ordinario las «adhesiones a Marx» tienden a ignorar o a infravalorar la práctica política cotidiana de su «ídolo». Ironizando un poco, el tamaño de la obra de Marx convierte en relativamente fáciles sus tan a la moda «lecturas libertarias» (18). Marx se muestra partidario de estructuras políticas a las que llama «partidos». En un principio puede tratarse simplemente de «organizar al proletariado como 'parte' política distinta y necesariamente separada de la 'parte' burguesa» (19). Pero ese concepto del «partido» es, aunque cierto, insuficiente para tener completa la concepción marxiana sobre el tema (suponiendo que ésta exista o, en su defecto, que sea invariable). Marx recibe influencias claras del movimiento cartista inglés, verdadero antecedente de los reformismos de nuestro tiempo. Marx subraya la necesidad de separar el «sindicato» (el movimiento de clase) del «partido» (el partido público). Marx se muestra pregonero decidido de organizaciones partidarias nacionales (y en concreto de alguna de ellas). Marx concibe el partido (¡ya en 1848!) como un movimiento representativo de toda la clase, aunque organice sólo a una parte de ella, la parte «consciente» (20). Marx considera «la relevancia, incluso para el propio trabajo del partido, de las libertades políticas y de las actividades publicísticas y parlamentarias» (21). Marx ignora de la manera más escalofriante cualquier problema referido al ejercicio de la democracia directa en las organizaciones del presente y en las sociedades del futuro. Marx se pronuncia en el *Manifiesto* por la centralización de todos los medios de producción en manos del Estado, sin atisbar en ello la existencia de riesgo alguno. Marx oscila entre temporales veleidades «autonomistas» (opta por el «mando del consejo comunal llevado a cabo por los trabajadores» durante el proceso de los comunistas de Colonia, y defiende en 1850 la administración local frente al Estado centralista) (22), y muy poco afortunadas, aunque más frecuentes, inclinaciones «centralistas» («los trabajadores deben... favorecer la centralización del poder en manos del Estado. No deben dejarse aturdir por las palabrerías democráticas de libertad en la comunidad, de autonomía, etc...») (23). Gran parte de su polémica con Bakunin en el seno de la Primera Internacional no es más que una manifestación de la última tendencia: Marx defiende un consejo central ejecutivo apenas controlado por las federaciones nacionales, que de este modo vienen a depender de aquel. No pasa por la cabeza de Marx la necesidad de concebir las organizaciones del presente como estructuras que prefiguran la sociedad del futuro; por el contrario, no parece importarle en exceso que el Partido Socialdemócrata alemán sea un partido de «cuadros», ni que haya iniciado su carrera hacia el Parlamento. Carrera por cierto, en la que Engels será un esforzado sprinter, haciendo bueno el texto de Guillaume: «El Señor Engels es un rico manufacturero retirado de los negocios; está acostumbrado a mirar a los obreros como carne de máquina y carne de cañón; esto explica sus doctrinas y su estilo» (24). Marx, después de prevenir a los trabajadores franceses en septiembre de 1870 ante cualquier intento de derrocar al nuevo gobierno y establecer la comuna en París (25), lo que califica de «locura desesperada», se encuentra no menos desesperado ante la necesidad de homologar el movimiento comunero una vez que éste se ha producido. Tampoco se ocupará después de recordar en exceso sus tesis de *La Guerra Civil en Francia,* un escorzo político con un giro de mil grados, quizá superado tan sólo, y en situación muy similar, por *El Estado y la Revolución* y las *Tesis de Abril* de Lenin. El Marx «maduro», «estructuralista», «althusseriano», el Marx del PCF es, o el teórico de una revolución imposible (la revolución del voluntarismo dinamitero de las estructuras) o el muy hoy al día teórico de la evolución pacífica de esas estructuras, que tan bien conoce y controla el ya casi presente «capitalismo eurocomunista». Es también, y quizá aquí muy a pesar suyo, el creador de lo que Cardan llama el «ejecutante político» que «tenía que devorar y difundir ciertas ideas fijadas, de una vez por todas, por otros» (26). Es el teórico de las inexistentes revoluciones de los países industriales y el «justificador» de curiosas fórmulas organizativas desarrolladas en 1902 por un joven emigrado ruso que haría buenas, años más tarde, las razones proféticas de su compatriota Miguel Bakunin (en otra ocasión habrá que ocuparse de la afición de éste por las sociedades secretas y de cosas por el estilo).

Malatesta... pero bien plantada.

Después de eso, y de más cosas que aquí no caben, es difícil sostener que «la posición de Marx no niega la autogestión obrera en ningún momento ni aspecto del proceso», o relativizar (y en este caso justificar) las posturas marxianas afir-

Durruti no hubiera «pasado».

mando que «defender hoy la necesidad del partido es situarse en una posición diferente de lo que Marx sostenía» (27). Afirmar éso es ejercer sobre Marx un proceso de censura gigantesco, ocultador y mixtificante, que nos proyecta una película incapacitándonos para seguir mínimamente la línea argumental. Eso es quizá, permitiéndonos una licencia, muy «marxiano», muy ocultador. En las palabras precisas de François Muñoz: «Decía que la doctrina de Marx es excelente. Pero, ¿cuál fue su actitud política? Echa pestes en secreto contra el reformismo del programa de Gotha; pero en público, con su silencio, da su confianza a ese reformismo. Preconiza la formación de partidos políticos cuyo fin es la 'conquista previa del poder político'. Pero se niega a poner en la balanza todo el arsenal práctico de contrapesos revolucionarios necesarios para que esta acción política no acabe deslizándose en el reformismo. Esto es fácil de explicar. Marx ha consagrado toda su existencia al trabajo intelectual. Está convencido de la importancia que, para actuar, tiene el dilucidar antes los problemas, el comprender las cosas. Es entonces cuando dirige la vista hacia las masas populares, y la incultura de éstas le asusta. Tiene a bien decir que el 'educacionismo' es absurdo, pero no lo cree realmente. Por eso repite de buen grado que las masas necesitarán veinte, cincuenta años, para merecer el poder político. Por eso acepta a fin de cuentas el lento caminar de las vías parlamentarias, de la 'conquista previa del poder político'. Esto lo acepta con tanta mayor ligereza en cuanto que se cree situado un poco por encima del debate: a la altura de la historia que, como se sabe, no está a menos de uno o dos siglos» (28).

VI

Usando un esquema muy simple podríamos afirmar que la «revolución rusa» es la «revolución» que plantea de la forma más clara el problema de la vanguardia, entendida ésta como un sector externo a los trabajadores. El otro gran fenómeno significativo, la «revolución española», que reduciremos a «revolución anarcosindicalista española», no deja de plantear el problema de la vanguardia (como algunos piensan); pero lo plantea al nivel de una vanguardia formada, no ya por intelectuales externos a la clase, sino por los propios trabajadores.

Reconocer la improcedencia de la participación gubernamental cenetista durante la guerra civil es analizar sólo lo espectacular del proceso. Y eso es lo más fácil. Es decir: nos equivocamos, pero pudimos haber acertado. Es presentar como únicos acontecimientos cuestionables la participación en los gobiernos de la Generalitat (septiembre de 1936) y de la República (noviembre de 1936). Es cuestionar tan sólo los acontecimientos espectaculares. Y éstos no son más que los efectos de procesos anteriores. La colaboración, el «colaboracionismo» del movimiento libertario, no

empiezan ni en septiembre ni en noviembre del 36. Nacen mucho antes. Incluso está uno tentado a escribir que nacen antes de julio de ese año. Porque antes, en los 26 años recorridos por la «historia confederal», se han ido gestando paulatinamente todos los mecanismos que confluyen en ese 20 de julio en el que los líderes entregan las armas ante Lluis Companys. Cuando el millón largo de hombres de la base confederal ve escamoteada su legítima e inentregable capacidad de decisión. Y sobre todo, cuando ese millón largo calla, o cuando le hacen callar. Y aquí no valen las distinciones entre la sindical y la específica. Aquí están treintistas y faístas. Aquí están el camarero García Oliver y la «trabajadora intelectual» Federica Montseny. Y está, ante Companys, el «mito». El «mito» Durruti también acepta el genial descubrimiento de su compañero García Oliver: una vez puesta en marcha la revolución, el anarquismo no es más que una dictadura (29).

La guerra civil no será más que un proceso constante de claudicaciones, por un lado, y de ascensión del culto a la organización, por otro. No será más que una continua justificación, una llamada persistente a la consideración de la inevitabilidad de los acontecimientos, un juego absurdo de revisión de los principios, un equilibrio dificultoso entre dos modos de acción opuestos e irreconciliables: el de «la base» y el de los líderes. Pero lo más grave no es que la burocracia, no hay que temer el uso de esta palabra, tome a su cargo todas las decisiones. Lo grave es que en la CNT había suficientes mecanismos para controlar, revocar y desplazar a esa burocracia. Y que no se usaron. Lo grave es que los trabajadores apenas se ocuparon en cuestionar toda la dinámica; siguieron embebidos en el culto a las siglas y a los símbolos, en la obediencia a las jerarquías. Y estas pusieron en circulación nuevas mercancías para el uso popular, nuevas apariencias que les permitieran reconocerse ante las otras burocracias y a la vez pagarles su tributo deshaciendo cualquier hipotética y espontánea sublevación popular (30). Los trabajadores fueron capaces de hacer una revolución pese a sus líderes; lo que no lograron fue hacerla también contra sus líderes. Con éso está dicho todo. Y «todo» fue un fracaso global de toda la organización. Y no un fracaso casual de aquellos trabajadores que eran menos iguales que los demás, como diría Orwell.

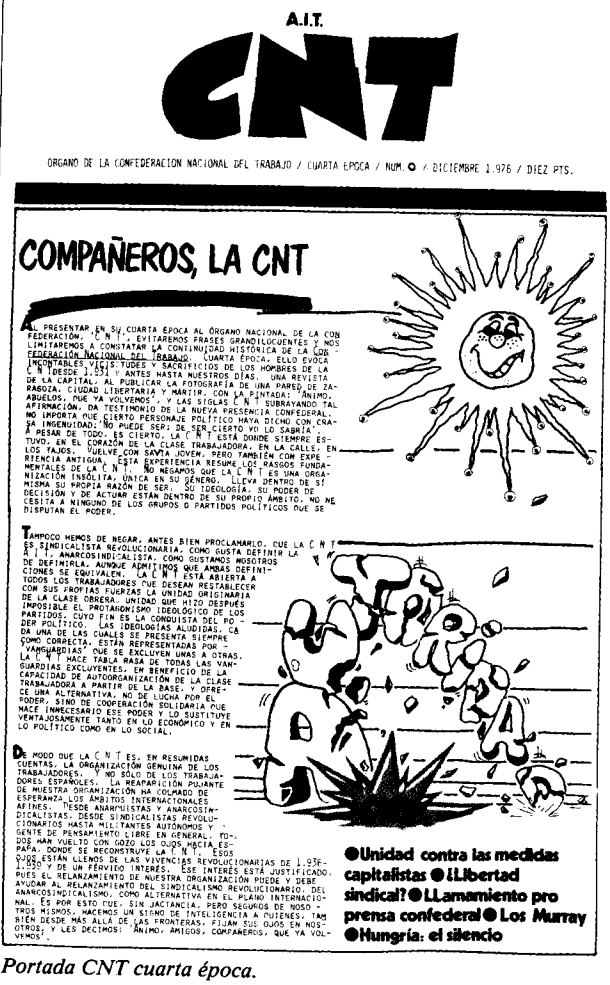
Orwel lo advirtió.

VII

La discusión sobre la idoneidad de las concepciones organizativas de «anarcosindicalismo» y «consejismo», parece bastante vacía. Calificar de «confusa» la organización «consejista» o afirmar que «en modo alguno queda claro cómo pretenden llegar a la organización social y de relación humana general» (31) es a la larga invitar a los «consejistas» a que digan lo propio del modo de organización «anarcosindicalista» (suponiendo que uno y otro existan y sean homogéneos). Y la verdad es que ambas posturas tendrían su razón y su sinrazón en el mismo sentido. En mi opinión, las divergencias son mínimas. Y si existen, entran dentro de la competencia de las palabras finales del dictamen sobre *Concepto confederal del Comunismo Libertario:* «estimamos que debemos insistir... sobre el hecho de no suponer que ese dictamen deba ser algo definitivo que sirva de norma cerrada a las tareas constructivas del proletariado revolucionario (32).

Lo que no vale es sostener primero que la organización consejista es «confusa» y «pasa como sobre ascuas la enormidad y complejidad de los problemas», para añadir después que el consejismo «no dice nada que no haya dicho previamente el anarquismo y el anarcosindicalismo» (33). Y en cualquier caso, si vale, hay que demostrarlo previamente.

Las concepciones organizativas de la CNT «histórica» no han sido siempre las mismas. Oscilan entre el «Sindicato Unico», la «Federación Nacional de Industria» y posturas menos concretas como la del Congreso de Zaragoza de mayo de 1936. En líneas generales, se conserva una misma estructura federativa (federación local, comarcal, regional, etc.) (34). Un análisis de estas concepciones no puede ser el mismo si se afronta desde la perspectiva de la lucha reivindicativa (ver, por ejemplo, la eficacia del Sindicato Unico en la huelga de la Canadense de 1919) que si se contempla desde el punto de vista de la construcción revolucionaria. Ya en 1872 el congreso anarquista de Córdoba acordó la creación de «uniones verticales de todos los trabajadores involucrados en la producción del mismo producto». Estas uniones, que casi nunca llegaron a formarse, estaban pensadas «para promover amplias huelgas generales más que huelgas económicas reformistas» (35). Las polémicas Federaciones Nacionales de Industria reaparecen con fuerza en el Congreso de 1919, defendidas por Quintanilla. Ya entonces se produce una cruda discusión en torno a ellas. Hasta 1931, y bajo el influjo de Peiró, no serán adoptadas como esquema para la CNT. Durante el quinquenio republicano no recibirán desarrollo alguno. En parte se debe al influjo creciente de la FAI, que ve en las federaciones gérmenes burocráticos e invalida muchas de las resoluciones del Congreso precedente. Pero la principal razón de su inoperancia radica en que son estructuras funcionales sólo en el caso de que la organización que las sostenga, o que se identifique con ellas, tenga un dominio directo y global sobre los medios de producción. Y ese no fue el caso de la CNT hasta 1936. A partir de ese año la organización confederal se amoldará (es verdad que el influjo también se da en sentido contrario) a las normas organizativas que dicta la Generalitat de Catalunya y, en menor medida, el gobierno republicano central. Como señala Gómez Casas, sólo en el Ple-



A.I.T.

CNT

ORGANO DE LA CONFEDERACION NACIONAL DEL TRABAJO / CUARTA EPOCA / NUM. 0 / DICIEMBRE 1.976 / DIEZ PTS.

COMPAÑEROS, LA CNT

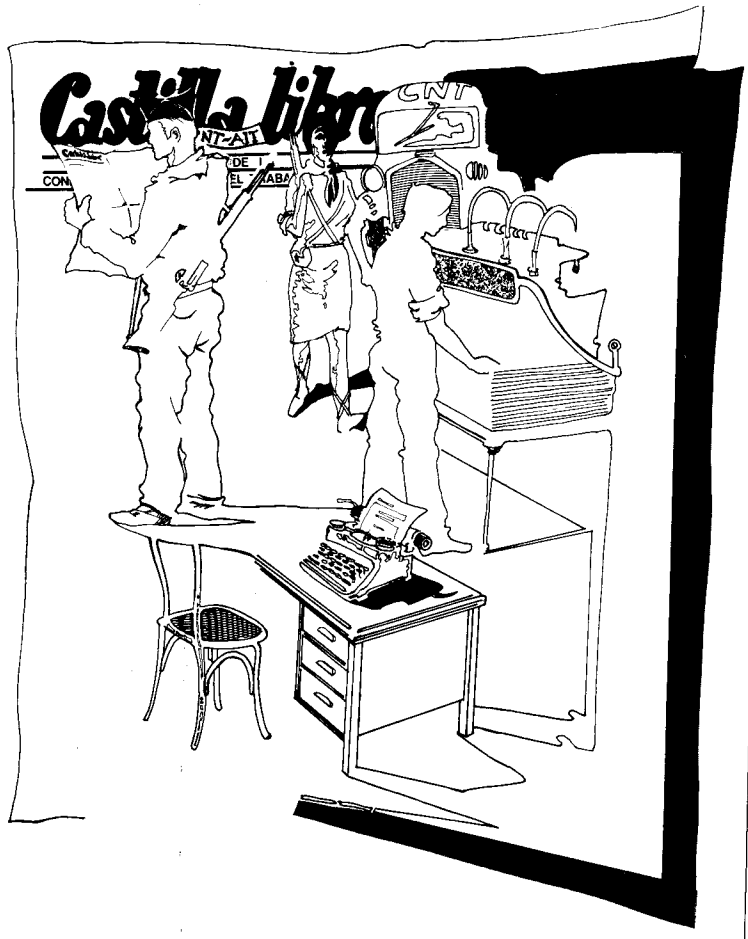
AL PRESENTAR EN SU CUARTA ÉPOCA AL ÓRGANO NACIONAL DE LA CONFEDERACIÓN, C.N.T., EVITAREMOS FRASES GRANDILOCUENTES Y NOS LIMITAREMOS A CONSTATAR LA CONTINUIDAD HISTÓRICA DE LA CONFEDERACIÓN NACIONAL DEL TRABAJO. CUARTA ÉPOCA. ELLO EVOCA INCONTABLES LUCHAS, PENAS Y SACRIFICIOS DE LOS HOMBRES DE LA C.N.T. DESDE 1.931 Y ANTES HASTA NUESTROS DÍAS. UNA REVISTA DE LA CAPITAL, AL PUBLICAR LA FOTOGRAFÍA DE UNA PARED DE ZARAGOZA, CIUDAD LIBERTARIA, Y MANTIP. CON LA PINTADA: ¡ÁNIMO, ABUELOS, QUE YA VOLVEMOS!, Y LAS SIGLAS C.N.T. SUBRAYANDO TAL AFIRMACIÓN, DA TESTIMONIO DE LA NUEVA PRESENCIA CONFEDERAL, NO IMPORTA QUE CIERTO PERSONAJE POLÍTICO HAYA DICHO CON CRASA INGENUIDAD: NO PUEDE SER; DE SER CIERTO YO LO SABRÍA. A PESAR DE TODO, ES CIERTO. LA C.N.T. ESTÁ DONDE SIEMPRE ESTUVO: EN EL CORAZÓN DE LA CLASE TRABAJADORA, EN LA CALLE, EN LOS TAJOS. VUELVE CON SAVIA JOVEN, PERO TAMBIÉN CON EXPERIENCIA ANTIGUA. ESTA EXPERIENCIA RESUME LOS RASGOS FUNDAMENTALES DE LA C.N.T. NO NEGAMOS QUE LA C.N.T. ES UNA ORGANIZACIÓN INÉDITA, ÚNICA EN SU GÉNERO. LLEVA DENTRO DE SÍ MISMA SU PROPIA RAZÓN DE SER. SU IDEOLOGÍA, SU PODER DE DECISIÓN Y DE ACTUAR ESTÁN DENTRO DE SU PROPIO ÁMBITO. NO NECESITA A NINGUNO DE LOS GRUPOS O PARTIDOS POLÍTICOS QUE SE DISPUTAN EL PODER.

TAMPOCO MENOS DE NEGAR, ANTES BIEN PROCLAMARLO, QUE LA C.N.T. ES SINDICALISTA REVOLUCIONARIA, COMO GUSTA DEFINIR LA A.I.T. ANARCOSINDICALISTA, COMO SUSTAMOS NOSOTROS DE DEFINIRLA, AUNQUE ADMITIMOS QUE AMBAS DEFINICIONES SE EQUIVALEN. LA C.N.T. ESTÁ ABIERTA A TODOS LOS TRABAJADORES QUE DESEAN RESTABLECER CON SUS PROPIAS FUERZAS LA UNIDAD ORIGINARIA DE LA CLASE OBRERA, UNIDAD QUE HIZO DESPUÉS IMPOSIBLE EL PROTAGONISMO IDEOLÓGICO DE LOS PARTIDOS, CUYO FIN ES LA CONQUISTA DEL PODER POLÍTICO. LAS IDEOLOGÍAS ALUDIDAS, CADA UNA DE LAS CUALES SE PRESENTA SIEMPRE COMO CORRECTA, ESTÁN REPRESENTADAS POR "VANGUARDIAS" QUE SE EXCLUYEN UNAS A OTRAS. LA C.N.T. HACE TABLA RASA DE TODAS LAS VANGUARDIAS EXCLUYENTES, EN BENEFICIO DE LA CAPACIDAD DE AUTOORGANIZACIÓN DE LA CLASE TRABAJADORA A PARTIR DE LA BASE, Y OFRECE UNA ALTERNATIVA, NO DE LUCHA POR EL PODER, SINO DE COOPERACIÓN SOLIDARIA QUE HACE INNECESARIO ESE PODER Y LO SUSTITUYE VENTAJOSAMENTE TANTO EN LO ECONÓMICO Y EN LO POLÍTICO COMO EN LO SOCIAL.

DE MODO QUE LA C.N.T. ES, EN RESUMIDAS CUENTAS, LA ORGANIZACIÓN GENUINA DE LOS TRABAJADORES, Y NO SÓLO DE LOS TRABAJADORES ESPAÑOLES. LA REAPARICIÓN POJANTE DE NUESTRA ORGANIZACIÓN HA COLMADO DE ESPERANZA LOS ÁMBITOS INTERNACIONALES AFINES, DESDE ANARQUISTAS Y ANARCOSINDICALISTAS, DESDE SINDICALISTAS REVOLUCIONARIOS HASTA MILITANTES AUTÓNOMOS Y GENTE DE PENSAMIENTO LIBRE EN GENERAL. TODOS HAN VUELTO CON GOZO LOS OJOS HACIA ESPAÑA, DONDE SE RECONSTRUYE LA C.N.T. ESOS OJOS ESTÁN LLENOS DE LAS VIVENCIAS REVOLUCIONARIAS DE 1.936-1.939 Y DE UN FERVIDO INTERÉS. ESE INTERÉS ESTÁ JUSTIFICADO, PUES EL RELANZAMIENTO DE NUESTRA ORGANIZACIÓN PUEDE Y DEBE AYUDAR AL RELANZAMIENTO DEL SINDICALISMO REVOLUCIONARIO, DEL ANARCOSINDICALISMO, COMO ALTERNATIVA EN EL PLANO INTERNACIONAL. ES POR ESTO QUE, SIN JACTANCIA, PERO SEGUROS DE NOSOTROS MISMOS, HACEMOS UN SIGNO DE INTELIGENCIA A QUIENES, TAMBIÉN DESDE MÁS ALLÁ DE LAS FRONTERAS, FIJAN SUS OJOS EN NOSOTROS, Y LES DECIMOS: ¡ÁNIMO, AMIGOS, COMPAÑEROS, QUE YA VOLVEMOS!

●Unidad contra las medidas capitalistas ●¿Libertad sindical? ●LLamamiento pro prensa confederal ●Los Murray ●Hungría: el silencio

Portada CNT cuarta época.



Castilla Libre, órgano de la Regional Centro de CNT.

no Económico Ampliado de enero de 1938, la CNT «volvía a potenciar las federaciones de Industria olvidadas desde el congreso Confederal de 1931. La propia centralización impuesta por la guerra favorecía la admisión de las Federaciones de Industria» (36). No hace falta decir que cualquier juicio sobre estas tardías federaciones queda muy relativizado por las circunstancias en que nacieron (37). Sería absurdo invertir los términos y hablar, por ejemplo, de fracasos absolutos. Pero tampoco hay que dejar en el olvido las demostraciones de autoritarismo dadas por sindicatos de la época. Así, Mintz (38) recoge textos que hablan de que «el Comité de fábrica es la voz representativa del sindicato en el interior de la colectividad, su principal misión estriba en cumplir y hacer cumplir las decisiones y los acuerdos de la Organización, velar por el buen comportamiento de los obreros en el trabajo...» (39), o de sanciones a colectivistas («se aprueba sea sancionado con una peseta a todo colectivista que falte a las asambleas que semanalmente se vienen celebrando») (40), o del autoritarismo de la Federación Nacional Campesina (41), o de la actitud de la CNT y la UGT ante un proceso huelguístico durante la guerra (recurriendo a calificaciones, hoy tan comunes, como emboscados, fascistas e inconscientes») (42).

No es difícil suponer que problemas similares han planteado las formas organizativas «consejistas». Y el problema de la comparación no se da al nivel de la claridad o la coherencia (43). Se plantea como un problema de racionalidad económica, pero también como un problema del ejercicio de la democracia directa y del respeto a la autonomía de individuos y colectivos. La comunidad debe armarse para un proceso de lucha contínua contra las apariencias, para evitar que «tantas creaciones de Federaciones de Industria y tanto control de militantes» se llevasen a cabo «sin que nadie controlara a los dirigentes» (44).

VIII

Lo que de forma discutible se ha dado en llamar «neoanarquismo» supone una cierta modificación del pensamiento «clásico», o al menos cierta patentización de concepciones que en él permanecían latentes. Quizá sea suficiente decir que lo que aquí llamo «anarquismo clásico» es en esencia la expresión ideológica de una serie de pensadores (Godwin, Proudhon, Bakunin, Kropotkin, Réclus, Grave, Malatesta...) que conciben su producción teórica como una ideología susceptible de ser acogida e instrumentalizada, en base a principios

más o menos estrictos, por un(os) sector(es) de la sociedad destinado(s) a modificar las estructuras de ésta. Se demanda, pues, una adhesión previa a unos principios que constituyen un sustantivo que adquiere una dimensión propia y autónoma: el «anarquismo» (45).

No hay «neoanarquismo», podríamos decir; hay neoanarquistas. Para éstos, ciertas formas que adopta la actuación de las clases explotadas (en este caso el término es indiferente) pueden recibir el adjetivo calificativo de «anarquistas»; por ello, no es estrictamente necesaria, y en algún sentido es hasta un inconveniente, la consciencia de «ser anarquista». A su vez, ha habido individuos que en determinadas circunstancias han sabido concentrar en forma teórica (y participar en su práctica) los transfondos de aquellas formas de actuación de que hablábamos: son los «teóricos» del «anarquismo clásico». Radicalizando las cosas, no existe el «anarquismo» como entidad independiente, como «ideología»; y si existe, lo hace como una «ideología» de la «ética de lucha permanente» de que hablaba Helmut Rüdiger (46), como un «a posteriori» analítico de la progresividad o improgresividad de acciones real o supuestamente encaminadas a transformar las estructuras de la sociedad. Lo anterior podría explicar en alguna medida la postura, general en los movimientos «neoanarquistas», de rechazo de formas organizativas concretas (y no sólo las sindicales) del «anarquismo clásico», a la vez que el general criticismo ante procesos históricos de los que esas formas han sido protagonistas.

En cualquiera de los casos, es difícil precisar si el afán de cosificación alrededor de ambos conceptos, «anarquismo» y «neoanarquismo», nace de sus propias necesidades, de hipotéticas necesidades de enfrentamiento entre ellos, o de necesidades con origen sospechosamente ajeno a ambos. Tampoco está de más recordar que son dos concepciones que de algún modo coexisten y no permiten por lo general diferenciaciones tan radicales como la que aquí se expone.

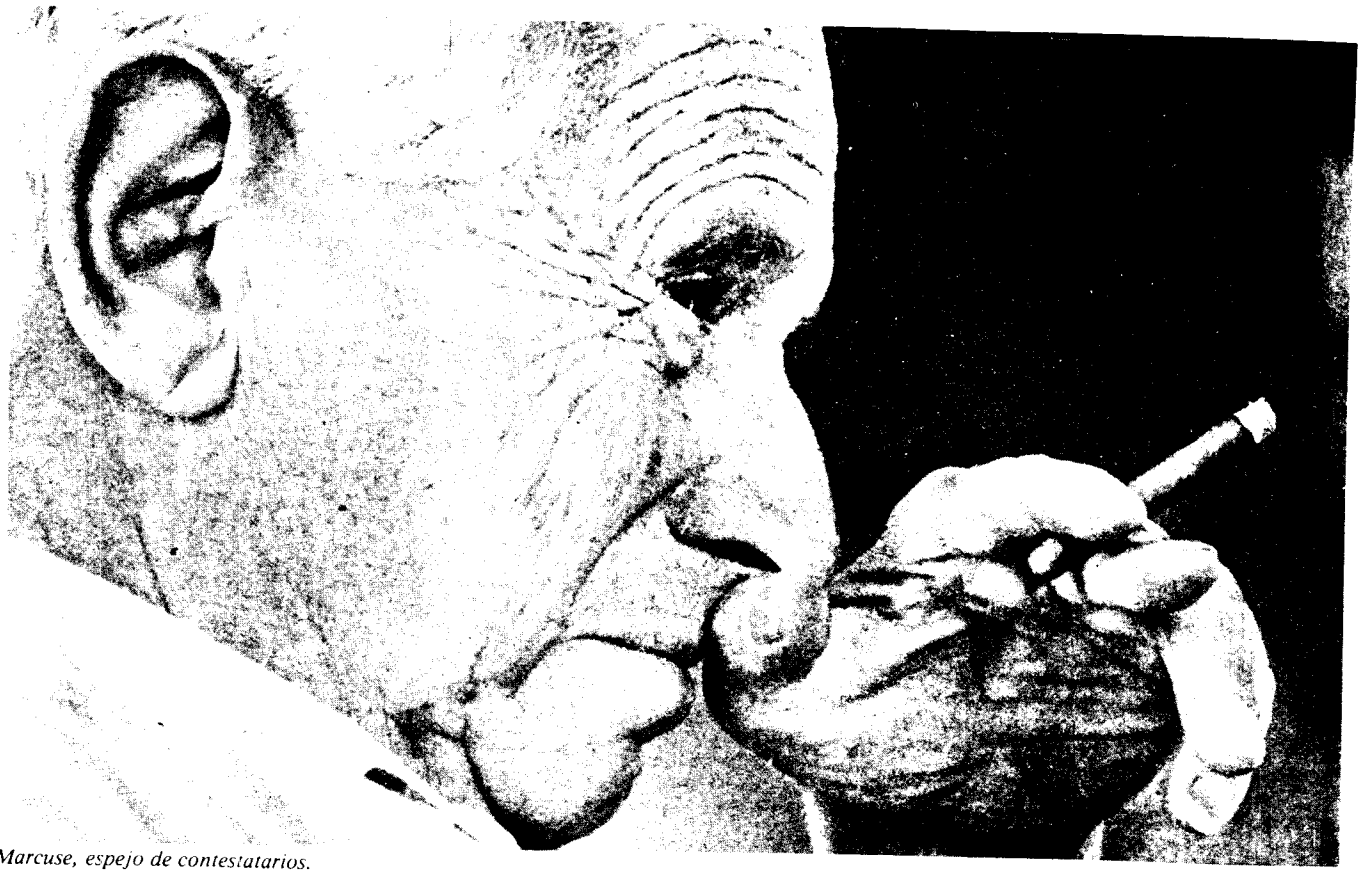
IX

De forma intencionada hemos dejado para el final la referencia a los términos que en principio debieran ser claves en una polémica como ésta: «sindicato» y «consejo». Si antes hemos hablado de relativizar históricamente sus teorías respectivas, apenas es posible no hacer lo mismo con estos conceptos. Puede decirse que la crítica profunda que, desde posiciones «anarcosindicalistas» como desde posiciones «consejistas», ha sufrido la ideología sindical dominante en las democracias occidentales, implica una cierta remodelación limitadora de los campos respectivos (y en este caso para bien). La confluencia tiende a producirse en la potenciación de estructuras de democracia directa, que por un desplazamiento semántico arrumban en más de un sentido con el «sindicato», que en su modalidad anarcosindicalista tiende a diferenciarse de otras estructuras que reciben el mismo nombre, afrontando un doble proceso de: a) autoconstitución como un «frente» de estructuras que no necesariamente comparten una misma ideología, o carecen de ella, y abarcan de ordinario todos los aspectos (y no sólo el productivo) de la organización social (47), y b) adopción de una postura de respeto, apoyo y fomento de estructuras de democracia directa en los centros de producción (consejos de fábrica, comités...), autónomas con respecto a cualquier tipo de dirección externa (48). Esta última fórmula evita la concepción del sindicato como una entidad formada por trabajadores que deciden y discuten al margen de las estructuras de producción (en los locales sindicales) y ofrecen sus alternativas como una opción que el resto de los trabajadores debe apoyar o negar (en los centros de trabajo). El objetivo no es ya «defender los intereses de los trabajadores», sino que «los trabajadores defiendan sus intereses», y en esto, el influjo de perspectivas «neoanarquistas» no es despreciable. Las estructuras tipo consejos de fábrica, comités... son expresión directa de la autoorganización de los trabajadores. Plantean, y eso no puede ocultarse, los mismos problemas en cuanto a autonomía, democracia directa, nodirigismo... que cualquier otra estructura organizativa semejante. Oscilan en torno a un modelo ideal que nunca alcanzan. No dependen de ninguna ideología prefijada; no son ni «marxistas», ni «anarquistas», ni «consejistas» en sentido estricto; son la simple expresión de la necesidad de lucha permanente no alienada contra el sistema, de la necesidad de configuración autónoma.

Poco importante puede llegar a ser el problema de la denominación de estos movimientos; en cualquier caso, en la medida en que (definiendo desde un punto de vista negativo) esas estructuras vayan perdiendo, si los hubiera, los rasgos que caracterizan la «ideología sindical dominante», en esa medida, irán perdiendo también las dificultades para definir su práctica con un término específico y codificado, sea sindicato, sea consejo, o sea el que sea. Temer el desmembramiento de los Sindicatos (así, con mayúscula) en manos de estructuras autogestionarias y autónomas es temer la revolución en sí; es temer la acción directa implacable de una lucha contra instituciones que con ese temor parecen querer ratificarse como tales, aún a costa de negar sus propios lemas.

X

No existe hoy en el Estado español organización alguna que pueda arrogarse la representatividad, la genuinidad no compartible, el monopolio ideológico sobre los «consejos obreros». Lo que sí es cierto es que fórmulas organizativas de este tipo existen (49). Y su proliferación y mantenimiento hacen dificultoso el seguir sosteniendo que son típicas de una situación de carencia de libertades, de ignorancia, de falta de contacto con estructuras «sindicales». La estrategia de las burocracias sindicales (el Pacto de la Moncloa, por ejemplo) viene a favorecer el desarrollo de este tipo de organizaciones autónomas. Y, cada vez más, éstas se plantean como necesarias, como inevitables. A nivel real, su coordinación «nacional» no es todavía un hecho; y en algún sentido ésto puede ser una ventaja, al evitar la aparición de siglas y simbolismos que tarde o temprano se volverían contra sus inspiradores. Otro riesgo evidente es el de su utilización no autónoma. Ya las primitivas CCOO, con una concepción «autonomista» en su origen, se vieron desplazadas y monopolizadas por un movimiento político ajeno. Hoy el riesgo parece plantearse al nivel de organizaciones sindicales: éstas podrían servirse de los consejos como «correa de transmisión», o bien extraer de ellos energías y



Marcuse, espejo de contestatarios.

apoyos adicionales. En suma, lo importante es que los trabajadores no dejen de recordar que, fuera de su asamblea, no deben dejar espacio a ningún órgano externo de decisión (estatal, parlamentario, partidario, sindical o «consejista»); y que eso será una consecuencia directa de una lucha permanente contra todo tipo de institución y apariencia.

Lo que la CNT no puede ni debe ocultarse a sí misma es la importancia que en su proceso de reconstrucción ha tenido, y tiene, su pasado, su tradición revolucionaria. No creo que, como dice creer F. Aguado, el anarcosindicalismo esté superado teórica y prácticamente (50). Y no lo creo en primer lugar por una razón de «estrategia»: si lo creyera, me guardaría de decirlo, porque ese tipo de entierros pueden inducir al enterrado a resurrecciones. No lo creo, en segundo lugar, porque pienso que es precipitado identificar a la CNT con una entidad abstracta como es el anarcosindicalismo. Sé y en eso disiento con Gómez Casas (o con un «lapsus» de Gómez Casas), que la CNT no es «el» movimiento obrero autónomo: es «una parte» del movimiento obrero autónomo (o puede serlo). Que el establecimiento de ese tipo de relaciones de exclusividad es, por un lado, un sueño de retorno a la mecánica del pasado, y por otro, a la vez una incoherencia teórica y una demostración de temor ante una hipotética pérdida de clientela. Y es un peligro, en cualquier sentido en que se contemple, que la CNT deje de concebir la revolución así: sin adjetivos. Que sólo se ocupe de aquellas estructuras que propicien la revolución dirigida por y para la Confederación, y se empeñe en «no homologar» o en deshacer, cosificándolas con fetiches, las formas de organización salvajes, a las que «se ve obligada» a calificar, a «codificar» con el título de «consejistas» (51).

Tampoco hay que desconocer la facilidad con la que, con criterios bastante dudosos, se puede añadir o quitar conceptos a una «ideología», sin cambiar la denominación. Ese puede ser el caso de la utilización «marxista» del «consejismo». En el «anarcosindicalismo» un proceso de ese tipo ha comenzado ya, y los criterios, por ahora, parecen bastante menos cuestionables que los empleados por otras «ideologías». Tampoco hay que olvidar que el solo hecho del resurgir confederal no es elemento suficiente como para hablar de recuperación del papel histórico; la resurrección tiene que plasmarse en una actitud inequívocamente revolucionaria, no en las elevadas tasas de afiliación (y la CNT, lo reconozca o no, está llevando también su «campaña» de afiliación, por muy especial y única que ésta sea) o en el número de huelgas que la Organización «lleva» (aquí al margen, vaya una nota de crítica al uso propagandístico y deplorable, y sólo a eso, que la CNT hizo del conflicto de Roca). Tampoco es hora de creer que la CNT es, por su cara bonita, la organización autónoma que necesita el proletariado español. Ya en un principio su re-

construcción parece tener algo de una claudicación: el «movimiento libertario español» es incapaz de superar el estado de división y de falta de importancia cuantitativa (que caracteriza, por ejemplo, a su homólogo francés) si no se sirve de toda una mitología revolucionaria encerrada en las tres letras mágicas. CNT (y en otras que, sin lugar a dudas, se irán rehabilitando). Es incapaz de proyectarse sobre un conjunto de formas organizativas antiautoritarias y autónomas si no utiliza espectacularmente la fuerza de su pasado. Suponiendo que haya «ideologías buenas», los símbolos, los signos, las mercancías, las apariencias, son sus primeros enemigos: ocultan a la ideología y luego la sustituyen, recreándose después en sí mismos, haciéndose omnipresentes. También es observable en esta nueva CNT que depende, en su crecimiento al menos, de una actitud de simple oposición a los demás movimientos sindicales; su «radicalidad» es por eso su garantía de desarrollo. Pero es también un compromiso de coherencia con la realidad que se elude con la representación repetitiva de estereotipos. No hay aquí intención alguna de defender el «pasotismo». Pero parece como si los inquisidores del pasotismo se volvieran contra sí mismos. Lo que molesta no es el «pasota» en sí; es la utilización que hace de los emblemas, de los signos de la CNT. De este modo los inquisidores, los defensores del «sindicalismo robusto», son también los creadores de los fetiches que, puestos en las manos «inocentes» de los pasotas, ocasionan su reacción inquisitorial. Quizá sea idealista el calificar al pasotismo como fenómeno pasajero; en cualquier caso, parece un problema mucho más estructural, mucho más de esencias, el de la utilización sistemática y exclusiva de los fetiches por parte de los militantes de la Organización, «pasotas» o «no pasotas» (y conste que hay fetiches de todo tipo: verbales, vivenciales como el «obrerismo»...). Porque esa utilización, siempre presente y pocas veces abandonada, viene como anillo al dedo a la «gestión de la supervivencia» que el sistema del trabajo asalariado emprende a marchas forzadas. Y no es el mejor de los fetiches el de «los especialistas de la libertad: propagandistas y defensores de su propia ideología, especialistas por regla general tanto más mediocres en cuanto que su actividad intelectual se propone principalmente la repetición de verdades definitivas, cualesquiera que éstas sean» (52).

«El obstáculo más formidable, con mucho, en el camino del desarrollo del proletariado es el constante renacimiento de la realidad capitalista en el seno del propio proletariado» (53). A lo mejor, ni siquiera ésta es una «verdad definitiva».—**C. T. A.**

---

(1) J. G. C. en «Consejismo y anarcosindicalismo», CNT, n.° 10, Diciembre de 1977.

(2) F. Aguado en «Sectarismo autogestionario», Emancipación, n.° 3, enero de 1978. V. también una discutible enumeración de «heterodoxos» (figuras y movimientos) en F. Aguado, *Una lectura crítica del marxismo,* Madrid, 1977. Pág. 35.

(3) Citado por F. Carrasquer en «¿Ha habido una ideología política en el anarquismo español?», dentro del volumen colectivo *Bakunin-Marx,* Paris, 1977. Pág. 173.

(4) Este puede ser el caso también de muchas publicaciones clandestinas españolas de la década de los 70. Puede verse, por ejemplo una lista de las publicaciones del MIL, OLLA, etc., en T. Tajuelo, *El MIL, Puig Antich y los GARI,* París, 1977. Págs. 137-140. Otro trabajo significativo de estas tendencias es la narración novelada de J. Sanz Oller *Las CCOO de Barcelona. Entre el fraude y la esperanza,* Paris, 1972. Tampoco están lejos de esta orientación los textos de R. Dutschke y, en algún sentido, D. Cohn-Bendit. El carácter general del esquema de interpretación que propongo impide entrar en consideraciones sobre excepciones flagrantes al ejemplo del texto (la Alemania de los años 20) como podrían ser Rocker y Landauer.

(5) V., por ejemplo, el colectivo *Crítica del bolchevismo,* Barcelona, 1976. Es una selección del volumen francés *La contre-révolution bureaucratique.* En éste se halla un artículo de H. Wagner sobre la revolución española. Sería interesante la traducción de ése y de los demás textos de la revista «Living Marxism» sobre la España de esa época.

(6) No es desconocida la admiración de Korsch por el movimiento anarcosindicalista español. V., *¿Qué es la socialización?,* Barcelona, 1976.

(7) En Bricianer, *Pannekoek y los consejos obreros,* Buenos Aires, 1975. Pág. 286.

(8) Ib., pág. 280.

(9) Ib., pág. 283.

(10) Ib., pág. 283.

(11) Ib., pág. 285.

(12) V., por ejemplo, la obra citada de F. Aguado, págs. 104-5. Una interpretación pro-partido en J. L. de la Mata, «Aportaciones críticas a la polémica sobre la "autonomía" de los trabajadores», Negaciones, n.° 3, mayo de 1977.

(13) «Sobre el parlamentarismo», Castilla Libre, n.° 5, mayo de 1977. También, colectivo de Estudios por la Autonomía Obrera, *Por la autonomía de los trabajadores,* Madrid, 1977. Pág. 81.

(14) C. Berger, *Marx frente a Lenin. Asociación obrera o socialismo de Estado,* Madrid, 1977.

(15) V., por ejemplo, las obras de Guérin: *Anarchisme et marxisme,* París, 1974. *Marxismo y socialismo libertario,* Buenos Aires, 1972. *Para un marxismo libertario,* Buenos Aires, 1974.

(16) Bricianer, o.c. pág. 234.

(17) Korsch, Mattick, Pannekoek, Ruhle y Wagner, *La contre-révolution bureaucratique,* París, 1973, págs. 210 y 213.

(18) Por ejemplo, C. Díaz, *Marx y Engels. El libro rojo y negro,* Madrid, 1977, o las obras citadas de Guérin. Mucho más fácil, y menos frecuente dentro de estos medios, sería hacer «lecturas autoritarias» de Marx.

(19) Aguado, o.c., pág. 104.

(20) M. Pérez Sarabia en «El partido del proletariado según Marx y Engels», Tiempo de Historia, n.° 37, diciembre de 1977. Pág. 83.

(21) Ib., pág. 89.

(22) O. Anweiler, *Los soviets en Rusia,* Madrid, 1975. Pág. 22. No se presentan las citas directas de Marx porque, en los dos últimos trabajos citados, van referidas a ediciones alemanas de escasa circulación e imposible identificación para el autor de este trabajo.

(23) Ib.

(24) J. Guillaume en «M. Engels et les ouvriers espagnols», dentro de la antología de textos reunida por G. Ribell bajo el título *Marx/Bakounine. Socialisme autoritaire ou libertaire. Tome II.* París, 1975. Págs. 365-366.

(25) Anweiler, ib.

(26) P. Cardan, *Proletariado y organización,* Madrid, 1977. Pág. 59.

(27) Aguado, art. citado.

(28) F. Muñoz, «Préface» a su antología de textos de Bakunin, *Bakounine. De la liberté,* París, 1972. Pág. 21.

(29) V., por ejemplo, V. Richards, *Enseignement de la révolution espagnole,* París, 1975. Pág. 101. En esta obra recoge Richards (pág. 327) textos como «Esa otra figura, nuestro inmortal Durruti, que sale de la tumba y grita: ¡Adelante!». La repetición de alegatos de ese tipo haría inacabable este trabajo. Pueden consultarse las obras de C. Semprún Maura, *Revolució i contrarevolució a Catalunya (1936-1937),* Barcelona, 1975; B. Bolloten, *El gran engaño,* Barcelona, 1975; F. Mintz, *La autogestión en la España revolucionaria,* Madrid, 1977.

(30) Poco antes de ser asesinado, otro de los «mitos», Camillo Berneri, calificaba a «los promotores y los ejecutores» de los sucesos de mayo de 1937 como «traidores a la causa revolucionaria y antifascista». Y añadía: «En este momento, en el que los más combativos revolucionarios luchan en el frente, sin distinción de tendencias ideológicas y sindicales, exponiendo la vida, es una traición a la causa, fomentar luchas intestinas entre los proletarios del frente interno». C. Berneri, *Guerra de clases en España, 1936-1937,* Barcelona, 1977. Págs. 263-4.

(31) J. G. C. en art. citado (CNT, n.° 10).

(32) *El Congreso Confederal de Zaragoza 2,* s.f., pág. 202.

(33) J. G. C., art. citado.

(34) Ante la imposibilidad de extendernos, ofrecemos un intento de bibliografía. «Actas del Congreso del Palacio de Bellas Artes (1911)» en Revista de Trabajo, n.° 47, 1974, págs. 397-405 (sobre el Sindicato Unico). M. Lladonosa, *El Congrés de Sants,* Barcelona, 1975, págs. 80-87 y 105-112 (sobre el Sindicato Unico en el Congreso de la CNT de Cataluña de 1918). R. Alvarez, *Eleuterio Quintanilla,* México, 1973, págs. 228-240 y «El Congreso Confederal de la

Comedia (1919)», Revista de Trabajo, n.° 49-50, 1975, págs. 410-439 y 499-503 (ambos trabajos sobre la polémica en el Congreso de 1919 y el rechazo de las Federaciones Nacionales de Industria). J. Peiró, *Pensamiento de Juan Peiró,* México, 1959, págs. 109-114 y *Escrits. 1917-1939,* Barcelona, 1975, págs. 83-85 y 249-286 (el principal apoyo teórico a las Federaciones Nacionales de Industria). I. Puente, *El Comunismo Libertario* (hay muchas ediciones; «influye» en la colectivización rural durante la guerra civil). D. Abad de Santillán, «El organismo económico de la revolución» en *El anarquismo y la revolución en España. Escritos 1930-1938,* Madrid, 1976, págs. 170-178. «Dictamen sobre el Concepto Confederal del Comunismo Libertario» en *El Congreso Confederal de Zaragoza,* antes citado (también hay muchas ediciones), págs. 188-202. J. Peirats, *La CNT en la revolución española,* París, 1971, págs. 53-57 (Tomo I) y 1-25 (Tomo III) (sobre el Congreso de 1931 y el Pleno de 1938). J. Gómez Casas, *Historia del anarcosindicalismo español,* Madrid, 1973, págs. 46, 125, 156-161, 192-193 y 243-244 (sobre antecedentes, evolución y aplicación de las concepciones). También, G. Leval, «Concepciones constructivas del socialismo libertario», y R. Berthier, «Concepciones anarcosindicalistas de la autogestión», en *Los anarquistas y la autogestión,* Barcelona, 1977, págs. 17-79 y 80-97 (sobre concepciones generales del anarcosindicalismo ante la estructura de la producción). J. M. Bricall, *Política Económica de la Generalitat I,* Barcelona, 1970 (sobre la «colectivización» industrial en la Cataluña de la guerra civil).

(35) T. Kaplan, *Orígenes sociales del anarquismo en Andalucía,* Barcelona, 1977. Págs. 251-3.

(36) J. Gómez Casas, *Los anarquistas en el Gobierno,* Barcelona, 1977. Pág. 168.

(37) Lo normal, y en este caso lo repugnante, será que los juicios se hagan simplemente en función de la racionalidad económica. Y casi toda la literatura sobre las «colectivizaciones» es incapaz de salir de ese recipiente.

(38) Mintz, o.c., pág. 233.

(39) Ib., pág. 233.

(40) Ib., pág. 220.

(41) Ib., pág. 215.

(42) Ib., pág. 216.

(43) Y claros y coherentes son textos como *Principios fundamentales de una producción y distribución comunista,* del GIKH. (Madrid, 1976), *¿Qué es la socialización?* de K. Korsch (antes citado) o *Los consejos obreros y la economía en una sociedad autogestionaria* de P. Cardan (Madrid, 1976).

(44) Mintz, o.c., pág. 211.

(45) Un ejemplo de esta concepción es el libro de F. Montseny, *¿Qué es el anarquismo?,* Barcelona, 1976.

(46) Citado por J. L. Rubio en el «Prólogo» a la *Historia del anarcosindicalismo español* de J. Gómez Casas, pág. 5.

(47) Esta es, por ejemplo, la postura «oficial» de la revista Askatasuna, y la actitud de sectores «consejistas» de la CNT española. V. Askatasuna, n.° 18, octubre de 1977. Págs. 3-5 y 11.

(48) Ver CNT, n.° 10, pág. 6; Castilla Libre, n.° 7, pág. 9; Servicio de Documentación CNT, Informe n.° 10, julio de 1977, pág. 18; Servicio de Documentación CNT, Informe n.° 11, octubre de 1977, págs. 14-17.

(49) Ver los ejemplos reseñados en el trabajo del Colectivo de Estudios por la Autonomía Obrera, *Luchas autónomas en la transición democrática* (2 tomos), Madrid, 1977. No parece muy aventurado afirmar que esta obra, pese a su indudable interés, ha infravalorado la actividad de la CNT. Otra expresión concreta puede ser el folleto «Del tiempo en que los revolucionarios tenían razón», que con fecha 20 de septiembre de 1977, se ocupa de la huelga del calzado de los meses de agosto y septiembre de ese año, y va firmado por «Trabajadores por la autonomía proletaria y la revolución social».

(50) Aguado, art. citado.

(51) Es una deformación casi inevitable del lenguaje el suponer que la CNT «piensa», «califica» o «actúa». Quizá es más correcto decir que militantes, sectores... «piensan», «califican» o «actúan».

(52) «Algunos aspectos ideológicos de la actualidad española», en *Internacional Nexialista 1,* Madrid, 1977. Pág. 54.

(53) Cardan, o.c., pág. 19.

Historia del Movimiento Ibérico de Liberación

Nos queda la memoria

Hace ya mucho tiempo... imagínese usted, era bajo el antiguo régimen, aquella pesadilla dictatorial tan lejana para las flamantes mentes democráticas, hace pues relativamente mucho tiempo que existió un grupo, ¿anarquistas?, ¿gángsters?, llamado Movimiento Ibérico de Liberación (MIL) a quien la prensa calificó de todo menos de lo que realmente eran, y que con el paso de los meses y los años han caído en el más completo olvido, en la más miserable de las indiferencias. Y sin embargo...

Fue en 1972 cuando empezó la fiesta. Un año más tarde, mediados del 73, Barcelona y su provincia vivían en la sicosis de los atracos: dos policías vigilan en permanencia cada banco de la ciudad, los coches de la policía patrullan, controlan, registran. Los diarios lanzan llamadas a la población invitándola a colaborar con las fuerzas del orden en su lucha contra la nueva delincuencia. En algunos periódicos aparecen artículos indicando a los buenos ciudadanos, empleados y clientes de los bancos, el comportamiento a seguir si se encuentran en el interior del establecimiento bancario cuando se producen nuevos atracos. A pesar de un extraordinario despliegue de fuerzas, la policía, impotente, no es capaz de sorprender a ninguna banda en su escondite. Varias veces por mes, los sacrificados grises rastrean en vano ciertos barrios populares.

En varios meses, más de 30 atracos han sido realizados. Según los diarios, una banda dirige el concierto: la banda de las Stein, pues como mínimo, 11 atracos en dos meses habían sido cometidos por un grupo armado de metralletas Stein —que son las metralletas inglesas utilizadas por la resistencia antifascista en Francia.

¿Quiénes son estos gángsters? ¿Por quién están dirigidos? ¿Por qué se empeñan en atracar bancos españoles y no se van al extranjero? ¿Adónde quieren llegar? ¿Por qué la policía no les ha detenido todavía? He aquí algunas de las preguntas que formulaban los periódicos españoles. Los hechos se encargaron de responder poco a poco.

Salvador Puig Antich, agarrotado.

Autonomía obrera

Por ejemplo el 28 de noviembre de 1972, día en que se llevaron un millón de la sucursal del Banco Central situada en el número 245 del Paseo de Valldaura, en Barcelona. A la prensa, que nos informó con lujo de detalles sobre el desarrollo del atraco, se le olvidó mencionar el comunicado que los gánsters —los salvajes, diría algún proceloso columnista— dejaron en el banco antes de marcharse y que reproducimos a continuación: «Esta expropiación, como las precedentes, tiene como finalidad el *apoyar* la lucha del proletariado contra la burguesía y el Estado capitalista. Por esta razón, los revolucionarios se procuran para su lucha el dinero que los capitalistas habían robado a la clase obrera.

La lucha cotidiana del proletariado contra la explotación obliga a los grupos revolucionarios de combate a desarrollar las acciones necesarias para que esta lucha alcance sus objetivos revolucionarios.

Mientras que la represión de los capitalistas aplaste a la clase obrera, el proletariado y todos los grupos revolucionarios continuarán atacando al capital y a sus servidores allí donde se encuentre.»

Salvador con Marcona, su hermana pequeña.

Este comunicado alertó tanto a la censura como a los grupos falangistas, quienes cayeron en la histeria total. La censura, a partir de ese momento miraba con lupa las informaciones sobre los atracos. Los falangistas cubrieron los muros de Barcelona con inscripciones que decían «robos no» sin duda para cambiar sus sempiternos «rojos no».

La histeria era explicable, pues los bandidos no sólo robaban, es que además dejaban en ridículo a la policía, oiga usted. Así, el 27 de enero de 1973, el MIL efectúa un atraco contra la sucursal del Banco de Vizcaya situada en el número 29 de la calle Capitán Arenas. Dicha sucursal se encontraba a 50 metros de una Caja de Ahorros Provincial que el MIL había desvalijado ocho días antes. Pero el colmo fue que, encontrándose dos policías en la puerta de la sucursal del Banco de Vizcaya, declararon —como se supo más tarde— que no se habían dado cuenta de nada. ¿Miedo o negligencia? En todo caso los hechos hablaban solos: dos policías en la puerta, tres millones que se lleva el MIL, sin que los cancerberos armados de pistolas, hayan intervenido.

La histeria sube de grado. Los artículos de los periódicos relacionados con los atracos ya no son más que los comunicados de la policía. Esto da lugar a curiosos incidentes. Algunos periodistas poco prudentes arriesgan en sus periódicos algunos detalles captados en la radio de la policía, única fuente posible de información ya que estaba rigurosamente prohibido hacer preguntas a los empleados o testigos de los atracos. Así, el «Diario de Barcelona» del 20 de junio de 1973 nos deja francamente sorprendidos cuando, refiriéndose al atraco realizado el día anterior en la sucursal número 23 del Banco Español de Crédito de Barcelona, nos dice que «el grupo, provisto de pistolas y de una metralleta, arrojó panfletos», detallando a continuación la naturaleza de estas octavillas: «...los cinco hombres escaparon en un coche Seat 124 que les esperaba en las cercanías. Arrojaron, en el momento de su huida, panfletos en los cuales explicaban que el dinero estaba dedicado a los parados». Hay de qué sorprenderse: un diario del viejo régimen que reconoce un atraco como político.

Aquello fue el colmo. Los «bandidos» no sólo robaban bancos, ridiculizaban a la policía y se escapaban siempre: además querían hacer la revolución. Exaspe-

De París a Londonderry, los estudiantes en primera fila de las luchas.

rado, el gobierno español se vio obligado a reconocer, en un comunicado oficial de la Jefatura de Policía del 24 de enero de 1973, la existencia de «grupos armados de tendencia comunista». Este comunicado tenía lugar al día siguiente del enfrentamiento de dos desconocidos contra la policía francesa y la Guardia Civil en la región de Bourg-Madame. La policía recuperó en esta ocasión dos sacos abandonados por los terroristas conteniendo propaganda antifranquista, dinero y una metralleta Sten.

Los «grupos armados de tendencia comunista» no eran otros que los miembros del MIL. Pero lo que el comunicado no explicaba y con razón es que la serie de expropiaciones —particularmente bien logradas— que tuvieron lugar en Cataluña, lo fueron a fin de apoyar las luchas obreras que se desarrollaron en el país catalán en 1972 y 1973.

Conviene quizá, antes de seguir, explicar el por qué de las palabras *apoyo* y *expropiación*.

1) El MIL se creó en tanto que grupo específico de «*apoyo* a las luchas y a las fracciones más radicales del Movimiento Obrero de Barcelona». O sea que si son un grupo de apoyo, por exclusión, no fueron ni un partido ni un sindicato ni nada que tuviera que ver con la cosa dirigente, ni con la burocracia atufante ni con el «ya estoy aquí». Este *apoyo* tiene por eje dos frentes que podrían ser denominados práctico y teórico.

a) En el frente práctico, mediante una ayuda material a los huelguistas así como a ciertos grupos que participan en las luchas. El frente práctico exigía que su actividad se caracterizara por la «recuperación» o «expropiación» de fondos.

b) En el frente teórico, mediante la edición de folletos y octavillas, contribuyendo así a la agitación en el medio obrero a través de la propaganda. Con esta finalidad se dotaron de la revista CIA (Conspiración Internacional Anarquista) y de las Ediciones Mayo 37.

2) En cuanto a la palabra expropiación diremos que es el término que se emplea tradicionalmente para designar los robos destinados a proveer de dinero las arcas de los revolucionarios.

La práctica de las expropiaciones nació seguramente en Rusia por los años 1870, en los medios del movimiento terrorista, que no se debe confundir, aunque se desarrollaron paralelamente, con el movimiento populista. Sin embargo, fue el partido de Lenin quien populizará las expropiaciones. A consecuencia del célebre hold-up de Tiflis, en 1907 —que procuró más de 200.000 rublos al partido— fueron detenidos Litvinov (más tarde Comisario de Asuntos Extranjeros de la URSS) y L.B. Krassin (más tarde Comisario del Comercio Exterior de la URSS).

El más hábil de todos los expropiadores del partido de Lenin, parece haber sido Stalin, si se considera que es en la región donde este último actuaba, en Transcaucasia, donde tuvo lugar el mayor número de expropiaciones. En esto, sin embargo, no hacía sino seguir las consignas del partido, quien reconocía públicamente la existencia de tales prácticas en sus filas. En Letonia, por ejemplo, donde los periódicos del partido tenían la costumbre de publicar sus listas de ingresos (como lo viene haciendo, desde hace mucho tiempo el PCE) se puede constatar que la mayor parte y con mucho, de los ingresos, estaban comprendidos en la lista que correspondía a las expropiaciones.

El mismo Lenin había institucionalizado las expropiaciones: éstas no debían ser organizadas más que bajo los auspicios del partido y en el cuadro de la ideología y de la educación socialista, a fin de que no degenerasen en crimen. Por

último, las expropiaciones no podían estar dirigidas más que contra la propiedad del Estado.

Teniendo en cuenta lo que acaba de decirse, nos parece que los periódicos comunistas franceses y españoles han sido injustos con el MIL al calificar a sus miembros de gánsters, en un primer tiempo, para hacer de ellos mártires antifascistas tras la ejecución de Puig Antich.

Los gángsters

¿Quiénes eran estos gánsters? ¿Eran profesionales del crimen adiestrados en cualquier campo de entrenamiento del sufrido Oriente Medio, origen como se sabe de todos los males terroristas que padecemos en Europa? ?Entrenados por los cubanos que, ya se sabe, se empeñan en sembrar la cizaña terrorista por todas partes? ¿Se trataba de una red internacional de profesionales desestabilizadores de lo que haga falta? Pues no, francamente no.

Nos ha sido imposible saber cuántos miembros componían el MIL. En su mejor época, este grupo debió estar compuesto por unas 50 personas incluyendo a los que no expropiaban pero escribían. Se trata, es cierto, de una estimación puramente personal en la medida en que nuestra documentación no nos permite ser exactos sobre este tema.

Queremos señalar, sin embargo, que la importancia de este grupo no está en relación directa con el número de sus componentes. Su actividad desbordante, su ímpetu tan poco usual y la calidad de sus acciones, por un lado, así como su autodefinición en tanto que grupo de apoyo al proletariado, por otro, hace que a la hora de analizar este grupo se tenga la impresión de que se trata más bien de un destacamento de la clase obrera. Fuera de esta óptica, la importancia del MIL sería la de un grupúsculo más de la extrema izquierda, es decir, nula.

Si no conocemos la totalidad de sus componentes, al menos conocemos los que cayeron en manos de la policía. La prensa misma se encargó de dar los detalles que, unidos, nos permiten reconstituir brevemente algunas biografías de los miembros del MIL, que pueden dar una idea aproximada del conjunto.

—Oriol Solé Sugranyes, alias «Víctor», había participado en los años 1965/67 en las primeras organizaciones estudiantiles del Sindicato Democrático de Estudiantes de Barcelona (SDEUB). Detenido en el convento de los Capuchinos de Sarriá, y más tarde en el monasterio de Montserrat, fue juzgado por el Tribunal de Orden Público (TOP) y absuelto del delito de propaganda ilegal. Entra en las Juventudes Comunistas de Cataluña, que abandona a continuación con motivo de la escisión provocada por el PCI. En el momento de su ingreso en el PCI, abandona sus estudios para trabajar como tipógrafo.

En septiembre de 1968, es detenido en Gerona. Acusado de propaganda ilegal y de asociación ilícita, fue condenado por el TOP a dos años de prisión. Habiendo cumplido su pena, se integra en el grupo de sindicalistas revolucionarios que editaban la revista *¿Qué hacer?* y posteriormente continúa su colaboración en la revista *Nuestra Clase.*

Se exilia en Francia en septiembre de 1970. Formó parte del MIL desde su creación. En marzo de 1971 es detenido por la policía francesa cerca de la frontera española y es condenado bajo la inculpación de «asociación de malhechores» y tenencia de armas. Se escapa de la cárcel en agosto de 1971. Milita activamente en el MIL hasta su nueva detención en Francia, el 20 de septiembre de 1972. Condenado a un año de cárcel, liberado el 20 de junio de 1973, se vuelve a integrar en el MIL.

Finalmente es detenido en España el 17 de septiembre de 1973, le pasean encadenado por las calles de Puigcerdá y es torturado por la Guardia Civil y por la Brigada político-social (¿qué hacía la político-social en el asunto? ¿Eran gánsters, sí o no?).

El Consejo de Guerra de Barcelona, en su sesión del 23/24 de julio de 1974, condenó a cuarenta y ocho años de cárcel a este tipógrafo de veinticinco años de edad en el momento de su última detención.

Oriol Solé, fue asesinado por la policía española el martes 6 de abril de 1976, cuando acababa de separarse de la cárcel de Segovia en compañía de 30 prisioneros más, pertenecientes en su mayor parte a la organización vasca ETA.

—José Luis Pons Llobet, alias «Queso», es el más joven del grupo: diecisiete años tenía en el momento de su última detención. Estudiante, milita en la JUR (Juventudes Universitarias Revolucionarias) y participa en las luchas de los estudiantes del Instituto Millá y Fontanals durante el año escolar 1971/72 señalándose por su combatividad.

Desde principios de 1973 se integra activamente en el MIL. Detenido y torturado en compañía de Orios Solé Sugranyes, fue condenado a treinta años de cárcel por el Consejo de Guerra de Barcelona en julio de 1974.

—Emilio Pardiñas Viladrich, alias «Pedrals», había participado activamente en el SDEUB. Llegado a Francia para continuar sus estudios, toma parte en la insurrección de mayo de 1968, en París. Como consecuencia de su participación fue detenido, condenado a un año de cárcel por el Estado francés y finalmente expulsado de Francia.

De vuelta a Barcelona, trabaja en las Ediciones Redondo (legales) donde dirige una colección política. Este trabajo fue un trampolín para llegar a ser profesor en la Universidad. Participa en el MIL y en las ediciones Mayo 37 desde octubre de 1972.

—Santiago Soler Amigo, alias «Fede», alias «El Petit», de 33 años de edad en el momento de su detención, comenzó su actividad política en los grupos intelectuales que crearon las Fuerzas Socialistas Federales (FSF). Licenciado en Filosofía y periodista, desarrolla un gran trabajo intelectual y revolucionario en Badalona y en Santa Coloma.

Conjugando el trabajo político y la actividad teórica con sus empleos de periodista y profesor, participó desde el principio en las Ediciones Mayo 37. Su estado de salud (poliomielítico y epiléptico) no le permitirá una participación efectiva en las actividades expropiativas del grupo. El 23 de septiembre de 1973, a la salida de su casa, Soler Amigo es detenido y torturado. Gracias a las torturas, la policía logra enterarse que éste debe encontrarse con otro miembro del MIL en la tarde del 25. Gracias a sus confesiones, la policía montó una celada en la que cayeron Garriga Paituvi (con el que tenía cita Soler Amigo) y Puig Antich (a quien no se esperaba).

—Francisco Javier Garriga Paituvi, alias «Carlos», alias «El Secretario», milita en el seno de las Fuerzas Socialistas Federales en la región del Vallés oriental durante los años 1966 a 1969. En las FSF conoció a Soler Amigo y juntos abandonaron esta organización. A partir de 1968 trabaja en los talleres de las ediciones Ariel (legales) en Esplugas de Llobregat, participando en las luchas de las Comisiones Obreras de Artes Gráficas y, más particularmente, en las luchas reivindicativas de la empresa Ariel. Después de una dura huelga en esta empresa, fue despedido acusado de agitador.

Tras su expulsión de Ariel, trabaja en las Comisiones Obreras de Barrios donde se orienta hacia la actividad teórica y la formación política de los militantes obreros, lo que le condujo a participar activamente en las Ediciones Mayo 37.

Detenido el 25 de septiembre de 1973 en compañía de Puig Antich, será torturado durante varios días en el «quirófano» de la Brigada Político-Social y, como consecuencia, enviado al hospital de la cárcel Modelo de Barcelona, gravemente enfermo del estómago.

—Salvador Puig Antich, alias «Gustavo», alias «El Metge», tenía 25 años en el momento de su detención. Empleado de oficina en 1968, se lanza en el marasmo de la lucha revolucionaria formando parte de las Comisiones Obreras de Barrios. Conjugando su trabajo en la oficina y sus cursos nocturnos en el Instituto Maragall, formó parte en 1969 de la Comisión de Estudiantes de Bachillerato de su colegio.

Después de haber cumplido el servicio militar, forma parte, desde noviembre de 1971 del grupo que fundará más tarde el MIL y participa activamente en las expropiaciones hasta su detención el 25 de septiembre de 1973, después de haber matado a un subinspector de policía y herido ligeramente a otro, inspector este último.

Ejecutado por el método del garrote vil el 2 de marzo de 1974.

Basten estos seis ejemplos para darnos una idea del conjunto. La información que poseemos acerca de Jorge Solé Sugranyes (hermano de Oriol Solé) huido a Bélgica, María Luisa Piguillén Mateos, María Angustias Mateos Fernández (compañera de José Luis Pons), Manuel Antonio Cabestrero Amaya y otros detenidos en relación con el MIL es menos detallada y a veces contradictoria por lo que pensamos que, como botón de muestra, estas seis personas son suficientes.

El MIL «expropiaba» en una sociedad de «expropiados».

Los terribles bandidos de que hablaba la prensa no eran más que gente como todo el mundo: en una muestra de seis gánsters vemos que cinco son trabajadores (dos de artes gráficas, dos profesores y uno empleado de oficina) y otro estudiante, pues la edad 16/17 años no le daba para más.

Un estudio sociológico detallado mostraría que el origen social de estas seis personas es por mitad obrera y por mitad pequeñoburgués. Su reducido número hace imposible sacar conclusiones. Importa señalar, no obstante, que su formación política la hicieron en el seno de Comisiones Obreras —unos en CC.OO. de Ramo y otros en CC.OO. de Barrios— y que su sola existencia fue un duro golpe para quienes trataban de olvidar las secuelas de nuestra guerra civil.

El MIL y
las Comisiones Obreras

La formación política, o sea el aprendizaje como aquel que dice, la hicieron los miembros del MIL en Comisiones Obreras y esto es importante para la historia del movimiento obrero actual. ¿Cuál fue posteriormente la posición del MIL con respecto a las CC.OO?

Para explicar este punto es fundamental partir del principio siguiente: el MIL no fue un movimiento anarquista en el estricto sentido de la palabra. Fueron, como he demostrado en mi libro «El MIL Puig Antich y los GARI», un grupo consejista, partidario de los Consejos Obreros y por tanto a mitad del camino que separa a los anarquistas del movimiento comunista. Ello no quiere decir que se les pueda calificar como comunistas libertarios. El consejismo es una filosofía compleja. Tiene parentesco con el anarquismo, eso sí, y muchos puntos comunes con el comunismo también, pero no es ni una cosa ni la otra. La revista *Negaciones* está llevando a cabo, en este sentido, una labor de explicación y sintetización de la filosofía consejista, altamente interesante y digna de todo elogio.

Arias Navarro, era Presidente.

Pío Cabanillas, ministro: «Se trata ante todo de un acto de justicia».

Las posiciones teóricas del MIL respecto a las CC.OO se pueden encontrar en el librillo titulado «El movimiento obrero en Barcelona», puesto al día en junio de 1973 por medio del número 2 de la revista CIA.

En cierta manera, es lógico que el MIL se haya interesado especialmente por las Comisiones Obreras, sobre todo en su forma primitiva —es decir hasta 1968— puesto que son un claro ejemplo de la capacidad organizativa de la misma clase obrera sin necesidad de partidos o grupúsculos dirigentes. Lógico también puesto que las CC.OO representaban en España el futuro democrático para el pueblo trabajador.

El MIL constata que la derrota de la clase obrera en 1936/39 dejó a la misma ante un vacío organizativo absoluto, sin derecho alguno de asociación que le permitiese reponerse de la derrota, desprovista además de sus mejores cuadros que habían pasado al exilio o habían dejado su vida en las trincheras o en los paredones.

Sin embargo, ello no fue un obstáculo para que se desarrollasen una serie de acciones de envergadura, surgidas espontáneamente y sin dirección política. Son buena muestra de ella, el agitado boicot a los tranvías de Barcelona, en marzo de 1951, la «huelga Blanca» (boicot a los transportes, bares y espectáculos) de Madrid, en mayo de 1951, los 200.000 obreros en huelga durante el mes de abril de 1951 en Euskadi y, muy especialmente, las huelgas mineras de Asturias en 1962/63, punto máximo según afirma el MIL, que logró alcanzar esta lucha de masas espontánea. Y es que, al contrario de lo que ciertos historiadores pretenden, la clase obrera española no ha cesado ni un solo momento de luchar y la ignorancia de esas luchas no prueba la inexistencia de las mismas. La historia de las Comisiones Obreras que está aún por escribir, nos demostraría hasta qué punto esta afirmación se encuentra corroborada por los hechos. Las Comisiones Obreras nacieron con todas las características de los Consejos Obreros. Aparecen espontáneamente en torno a conflictos concretos y se disuelven una vez resuelto el conflicto. Las CC.OO agrupaban dentro de las fábricas, indistintamente, a militantes políticos y sindicalistas de tradicionales organizaciones políticas clandestinas, así como a personas nuevas e independientes que se incorporaban a la lucha.

Para el MIL, la batalla por la legalidad que dieron las CC.OO cuando las elecciones «libres» a los puestos de enlaces y jurados, en nombre de la política de reconciliación nacional, estaba condenada al fracaso. La «degeneración» de las CC.OO tiene lugar en dos tiempos, según dice el MIL:

a) En primer lugar, se produjo una infiltración excesiva de los partidos políti-

cos en el seno de la CC.OO. A finales de 1965, los partidos habían sustituido a la clase obrera, ayudados en ello por las condiciones de clandestinidad en que se desarrollaba la lucha.

b) En segundo tiempo, a consecuencia del clima de euforia creado por las elecciones sindicales de 1966, el MIL considera que los enlaces y jurados han sustituido a las propias CC.OO, en buena parte de las empresas a lo largo de la península.

El ambiente de desconfianza —fenómeno que no se había manifestado en las CC.OO. hasta que llegaron los partidos— provocó la aparición de grupos en franca ruptura con las orientaciones generales que unas coordinadoras nacionales y locales (dominadas por el PCE) querían imponer a todas las CC.OO.

En este contexto se debe analizar la aparición de revistas —de grupos unidos alrededor de una revista— del tipo de *Metal, ¿Qué Hacer?* o *Nuestra Clase* en las que estuvieron metidos, a diferentes niveles, algunos de los miembros que más tarde formarán parte del MIL.

En agosto de 1973 el MIL celebra su primer y último congreso, ya que este era el congreso de su autodisolución a consecuencia, dicen sus miembros, de la falta de coherencia teórica. Entendemos por falta de coherencia teórica no la falta de una ideología estructurada, puesto que, como lo indican en sus conclusiones del congreso, renuncian a toda ideología, considerando que lo importante es la práctica. Los atracos, si bien habían servido en un primer tiempo para dotarse de una infraestructura ya no eran viables y se imponía un cambio de táctica, reemplazando los atracos por los atentados con bomba, medio éste, pensaba el MIL, que permitiría golpear con más dureza al capital.

Desaparece pues la organización político-militar MIL dando paso a los *Grupos Autónomos de Combate* (GAC) con una serie de objetivos que podríamos resumir en dos grupos:

a) Promover consejos obreros: «Las fracciones (del proletariado) más avanzadas organizan las tareas concretas revolucionarias, tanto en las fábricas como en los barrios. Es a través de la autoorganización en los lugares de trabajo, por medio de los comités de fábrica y de barrio, como la lucha revolucionaria de la clase obrera se consolida.»

b) Llevar a cabo una serie de acciones más duras si cabe que las realizadas hasta el presente: «El terrorismo y el sabotaje son armas actualmente utilizables por todo revolucionario. Atacar al capital y a sus fieles defensores, tal es la consigna actual de los GAC.»

Más tarde se abatió una brutal represión sobre los GAC que costaría la vida a Puig Antich y muchos años de cárcel a todo el resto. Los que lograron escapar se refugieron en Francia donde fundaron los GARI (Grupos de Acción Revolucionaria Internacionalista).

En el terreno de la teoría, los miembros del MIL se manifiestan como innovadores: presentan un consejismo de tipo nuevo, liberado de viejas taras y prejuicios. Elevaron de esta forma el debate político a un alto grado, sobre todo en lo que concierne al problema de la organización, en que se alejan completamente de los esquemas leninistas, proponiendo Consejos Obreros antiburocráticos, antiparlamentarios y antisindicalistas y, sobre todo, oponiendo a la noción de vanguardia leninista la noción de poder obrero, organizado en Consejos en los que el poder de decisión pertenece a la asamblea y no a un grupo de líderes intelectuales.

En la práctica, nos encontramos lejos del militante clásico cuya actividad consiste en vender o distribuir la propaganda del partido y seguir al pie de la letra las consignas de los organismos dirigentes del mismo. El MIL al unir su teoría consejista a una práctica que reanuda con el activismo revolucionario anarquista español, creó algo nuevo, pasó, según sus propios términos «de la prehistoria a la historia de la lucha de clases». El MIL ha sido el grupo más radical del movimiento obrero español después de la guerra civil.

Es pronto aún para evaluar la influencia que ha ejercido el MIL en España. El primer paso, el ejemplo está dado: abandonando las siglas, los partidos, las ideologías y otras monsergas, el MIL abandonó la prehistoria de la lucha de clases, caracterizada por la traición sistemática de todos los partidos, organizaciones y gentes de buena voluntad, al Movimiento Obrero. Entrar en la historia de la lucha de clases significa autogobernarse, autoadministrarse, autodecidir, autoactuar. En una palabra, la historia del movimiento obrero empieza el día en que éste, una vez dominado su universo y desmitificados sus fantasmas, toma en propias manos su liberación de la explotación del capital.—**Telesforo Tajuelo.**

A Salvador Puig Antich

Programa de liberación del pueblo español

En 1965 y en el exilio de Montevideo, Abraham Guillén publicó La Segunda revolución española, *dos de cuyas ediciones fueron vendidas en años sucesivos, clandestinamente, en Barcelona. En él proponía Guillén un programa para la liberación del pueblo español: decía que bastaban MIL hombres y un Movimiento Ibérico de Liberación para una guerra en superficie que acabara con la dictadura franquista. Con su publicación actualizada, quiere hoy su autor rendir homenaje al MIL y a Salvador Puig Antich.*

Los programas de los partidos políticos, derecha e izquierda, así como los de las organizaciones sindicales que les sirven de instrumento de su política, varían poco de unos a otros, pues se trata de someter al proletariado español a la dictadura de las burocracias sindicales y políticas, a fin de que estas puedan «negociar» acuerdos parlamentarios y políticos, en virtud de los cuales quien paga la crisis económica es la clase obrera.

Hay partidos dichos de izquierda, que se presentan como «una alternativa de

poder», para exigir «compromisos históricos» entre burocracias políticas, sindicales y burguesías liberales o democristianas, centristas. Con estas políticas ha vuelto a España un período histórico menos claro que el de la primera Restauración, que siguió al fracaso de la I República de 1873. Hay muchos izquierdistas de palabra que juegan a ser el Sagasta de nuestra época; socialistas más a la derecha que Prieto y Besteiro; sindicalistas sin el coraje de un Largo Caballero; comunistas que de tanto hablarnos de dialéctica, del sistema de contradicciones de la filosofía marxista, hablan a la izquierda y proceden a la derecha; pues en algo tendrían que ser fieles a la dialéctica de Marx...

Como España está pasando por un período histórico similar al de la II República, pero con Monarquía, con los votos de socialistas y comunistas, pudiera suceder ahora, otra vez, que entre una extrema derecha violenta y una extrema izquierda no menos combativa, la Monarquía pasará por trances muy difíciles, que la llevarán al precipicio, entre el fuego de los unos y los otros, entre la inoperancia de la izquierda y la derecha reformistas, parlamentarias, que se pierden en la pura retórica.

Sin soluciones a la crisis económica, a la desocupación en masa, al abandono de la agricultura; sin política nacional e internacional, yendo cada vez a peor, como un fenómeno de alienación política e histórica, el gobierno de la burguesía (Adolfo Suárez) o el posible gobierno de la pequeña burguesía (Felipe González), presentan una perspectiva dramática: podemos volver a los días violentos de 1931-36, oscilando entre una crisis política, económica y social cada vez mayor, un «golpe de estado» (directo o indirecto), o una mini-guerra civil. Para evitar o superar una política desacreditada, a derecha e izquierda, aportando algunas soluciones, proponemos un *Programa para la Liberación del Pueblo Español* de treinta y cuatro puntos:

1. **Soberanía política.** Autodeterminación del país, sin aceptar el vasallaje de potencias e ideologías enajenantes.

2. **Independencia económica:** Recuperación de las riquezas nacionales monopolizadas por capitales extranjeros.

Campesinos, la canción del olvido.

3. **Abolición de los monopolios:** Trabajadores y consumidores vivirán mejor, cuando la riqueza sea de todos y no de unos pocos.

4. **Supresión de los latifundios:** La tierra debe ser de quienes la trabajan, pero para producir más y mejor mediante empresas agrarias de interés social.

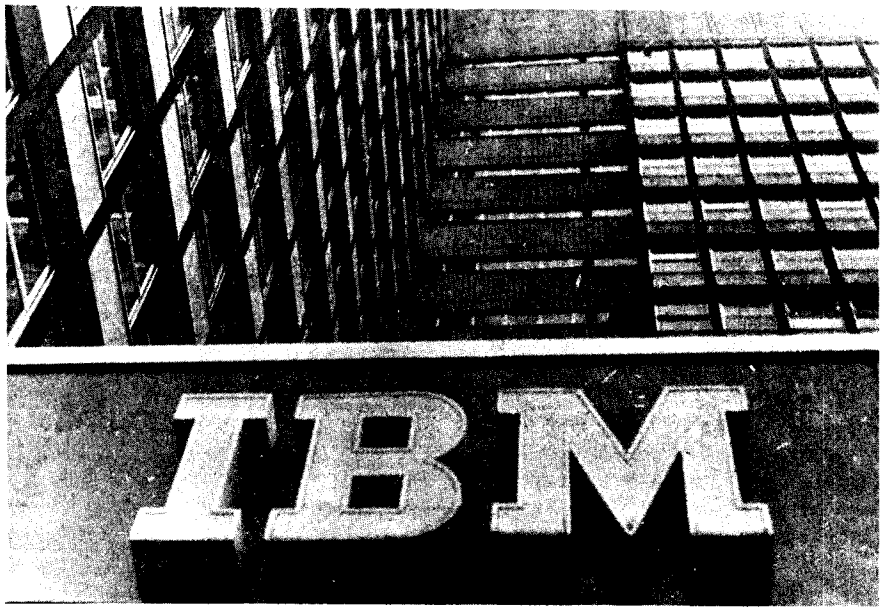
5. **Democracia directa:** Los pueblos no gobiernan o eligen sus gobernantes por medio de elecciones generales cada unos cuantos años, sino todos los días, a todas las horas, en sus empresas cooperativas, autogestionarias y solidarias, participando directamente en su gestión y reparto de excedentes.

6. **Democracia representativa:** Que vaya desde abajo para arriba y no de arriba para abajo, para desburocratizar y socializar el Estado, propulsor de un orden económico, político y social autogestionario.

7. **Respecto a los derechos humanos:** Todos los hombres son libres e iguales desde que nacen hasta que mueren, si se suprimen los privilegios, las castas y las clases.

8. **Sin libertad no hay dignidad humana:** La justicia y el derecho son palabras vacías, si la libertad es desconocida.

9. **Sin igualdad no hay libertad:** Si unos lo tienen todo y otros nada, la democracia es así, hipócritamente, la dictadura de los ricos sobre los pobres, de los patrones sobre los obreros, de la burocracia sobre los trabajadores.



Multinacionales, en el país de jauja.

10. **El pueblo siempre vale más que su gobierno:** Para no ser ignorado, debe autogobernarse en sus empresas, municipios, instituciones, creando un gobierno barato, por abajo, que sea complementado, por arriba, con un gobierno autoadministrado, que dé armonía a la sociedad en su conjunto.

11. **El mayor bien es la paz social:** Pa-

ra alcanzarla todo el mundo debe justificarse por su trabajo, no oprimiendo ni explotando a nadie.

12. **Todo es de todos en este mundo:** La patria, la nación, la tierra, el capital, no son propiedad o potestad de élites burocráticas o de burguesías dominantes, sino patrimonio común de hombres libres, iguales en derechos y en deberes.

13. **El mejor gobierno es el autogobierno popular:** España debe constituirse en República Federal, comarcalizando y regionalizando la Administración, la economía; superar la provincia anacrónica y el municipio de tipo romano; organizar grupos humanos integrados, en función de las fuentes de energía y de materias primas, las poblaciones, los mercados y las comunicaciones, la ecología y la economía, sobre la base de empresas cooperarias y autogestionadas, con participación directa popular a nivel económico, político y social.

14. **Autodefensa y autogestión, como basamento de la nación:** La defensa de la soberanía nacional no concierne exclusivamente a una burocracia militar, sino a todo el pueblo, mediante una tupida red de organizaciones territoriales armadas, que den cobertura a un ejército popular, teniendo así una posición defensiva más fuerte y barata que la bomba nuclear. Si el pueblo participa en la autodefensa por medio de la autogestión, será así protagonista de la historia y de la política, dueño de su propio destino. Así España podrá superar todas sus crisis históricas, confiando la defensa de su soberanía al pueblo en armas y a su ejército regular, no a la burguesía cipaya ni a la burocracia armada.

15. **Los separatismos van en contra de su región y de la nación:** Federalismo no es separatismo caótico. No podemos ni debemos volver a la balkanización de los principados feudales, medievales, cuando se habla ahora de unir a Europa. Las regiones económicas, administrativas, culturales, demográficas no deben ser compartimentos-estanco, sino partes libres y unidas de un todo confederado, democrático. Los regionalismos, que conduzcan al burocratismo de los microgobiernos, se parasitizan en el excedente económico logrado por los trabajadores, haciendo así del gobierno regional un gobierno caro, malo, decadente. España, como nación es la suma de sus regiones, dentro de un federalismo que dé unidad a la diversidad.

Solidaridad: hoy por ti, mañana por mí.

El Capital no tiene entrañas.

16. **Los sindicatos no deben delegar sus poderes en nadie:** Tienen que ejercer la democracia directa, la autogestión en sus empresas; no hipotecarse a los partidos políticos; no institucionalizarse bajo un Estado patrón; no burocratizarse recibiendo sus dirigentes una cuota de plusvalía como precio de su traición a los trabajadores.

17. **Una patria para todos los españoles:** No sólo para la aristocracia terrateniente, para la burguesía mercantil, industrial y financiera; para la tec-

nocracia y la burocracia. Queremos una patria para 36 millones de españoles y no sólo para 200 familias de la oligarquía, para 400 empresas multinacionales, para las altas jerarquías de la burocracia, la estratocracia, la teocracia, la tecnocracia.

18. **Hay que socializar el Estado:** El Estado representa el interés general: si no mantiene y protege las clases, castas y privilegios; si desarrolla el socialismo de autogestión, evitando la burocratización de todo; si desarrolla un modo de producción social autogestionario.

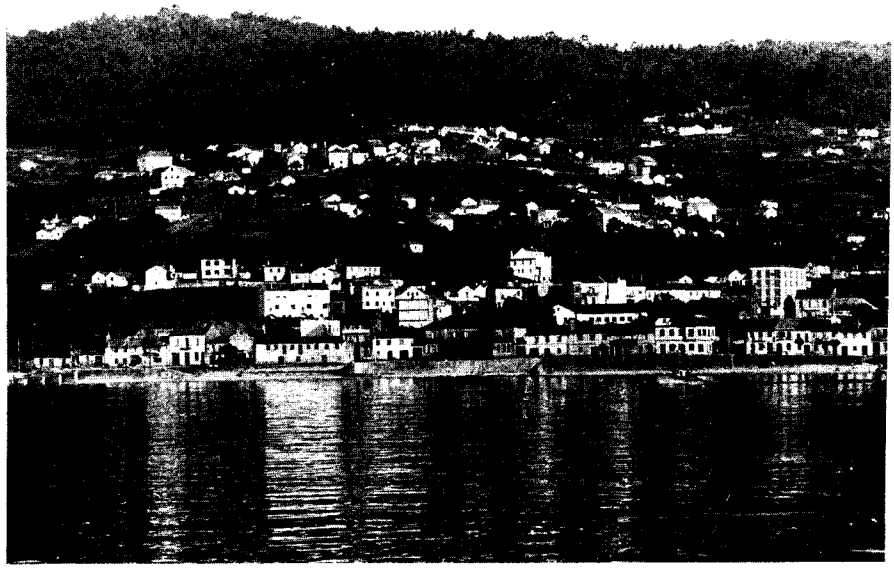
19. **Hay que construir España por abajo, sin burocratización por arriba:** La economía federal autogestionaria impide el Estado burocrático, impuesto por arriba, por totalitarismos neo-fascistas. Sólo así los españoles libremente asociados con sus medios de producción, serán el sujeto activo de nuestra historia, en un futuro siempre mejor.

20. **No hay democracia popular sin mercado autogestionario:** La planificación centralizada, burocratizada, es incompatible con la participación política, econónica y administrativa popular. Que compitan los grupos colectivos en beneficio de trabajadores y consumidores, autorregulando la economía sin control burocrático. Una programación ordenada de la economía, para armonizar su desarrollo, es compatible con la autogestión como sistema. El principio básico del socialismo autogestionario es: lo que pueda hacer el pueblo trabajador no lo debe hacer el Estado. Sólo así el Estado se identificará con la Nación y la sociedad, haciendo posible la libertad, la justicia, la igualdad entre los hombres.

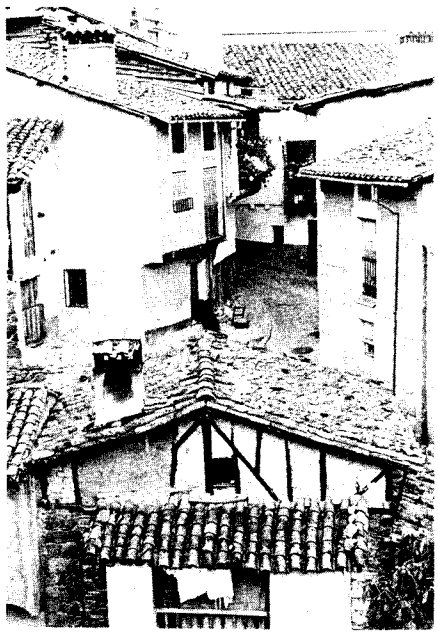
21. **Pluralismo económico y político:** Pero declarando la propiedad social primera prioridad en el desarrollo nacional y la democracia directa como condición política esencial.

22. **Libre acceso de los sindicatos al poder económico:** Los sindicatos no deben ser institucionalizados ni burocratizados, sino elevados a la conducción económica del país, mediante la autogestión de la producción por los productores directos, sin mediación totalitaria de clases dominantes, parasitarias.

23. **España es una e indivisible:** Con sus autonomías regionales, sus lenguas y cultura, dentro de una Federación compacta, en la cual la verdadera soberanía resida en el pueblo trabajador, en una comunidad autogestionaria, con iguales derechos para todas las regiones; pero reservando al poder central la defensa nacional, las relaciones exteriores, el orden interior, el mercado, la moneda, todo lo que concierne a la Federación cuando represente el interés general de la nación libre, soberana, independiente.



Un país, un paisaje, un paisanaje.



El «pueblo» soberano.

24. **Desburocratización de la industria nacionalizada:** Los grandes complejos industriales nacionalizados, manipulados y explotados por la burocracia y la tecnocracia, serán desnacionalizados, convirtiéndolos en empresas autogestionarias. Salvo las industrias estratégicas, que deben ser nacionalizadas, las demás empresas públicas deberán evolucionar a formas de autogestión directa por sus trabajadores, si bien la administración nacional percibirá, parte del excedente económico para mantener la Nación al más alto nivel de desarrollo económico, científico, cultural y tecnológico.

25. **El trabajo es un deber y un derecho para todos:** Ni las clases ni las castas determinarán la condición humana, sino la cantidad y la calidad del trabajo aportado a la comunidad productiva Federal. Nadie deberá explotar a otro, ni directa ni indirectamente, con fines opresivos o de lucro, sometiendo el trabajo a la dictadura del capital. Todo el mundo deberá justificarse por su trabajo útil, necesario y productivo.

26. **Revolución permanente, para superar la injusticia social:** Para que nadie sea diferente de otro, en nivel de vida, hay que hacer la revolución permanente, cultural, científica y tecnológica, a fin de que desaparezca la diferencia entre trabajo manual e intelectual, última forma

de la injusticia social. En consecuencia, todos los españoles deben tener libre acceso gratuito a la educación primaria, media y superior.

27. **Democracia industrial:** Hay que democratizar las empresas industriales para que la burguesía o la burocracia no establezcan sus tiranías sobre los trabajadores asalariados. En el Este, la burocracia, y en el Oeste, la burguesía, coinciden en que el obrero no debe ascender a la gestión de las empresas, ya que así disminuiría la productividad del trabajo. El socialismo de autogestión debe demostrar que la productividad y la libertad pueden marchar juntas, siempre que sean invertidas, y no consumidas, las rentas parasitarias que consumían, improductivamente, la burocracia y la burguesía dominante.

28. **La empresa es de todos:** Los trabajadores de una empresa industrial deben participar, no sólo en su conducción económica, financiera, mercantil, administrativa, técnica, laboral y en otras de sus funciones, sino en la vivienda, la salud, la educación, los comedores colectivos, el recreo, el ocio y el trabajo. Así los trabajadores no verán la fábrica como un purgatorio para hacer posible el paraíso de los patrones. La desalienación del obrero asalariado será posible con la autogestión de la economía por los productores directos: los trabajadores.

29. **Municipio autogestionario:** El viejo Municipio de tipo romano no sirve para nada, sino para financiar su inútil burocracia, pagar impuestos, no construir obras públicas, no dar servicios sociales, ser el confidente del gobernador civil, instrumento pasivo del Ministerio de Gobernación. El municipio debe ser autogestionario, empresa de todos los habitantes de un lugar, propulsor de obras y servicios municipales, realizador de una política comunal, multiplicador de empresas productivas. Para ello, deben estar presentes en el municipio, no sólo los representantes elegidos por sufragio universal, sino también las sociedades autogestionarias de interés social, los sindicatos, las sociedades de consumidores, los grupos técnicos y culturales, para dar impulso comunitario, no economicista, al autogobierno local, comarcal, regional y nacional.

30. **Empresas multicomunales:** La agricultura y la ganadería, solamente, no industrializan el campo, no acumulan suficiente capital social. En consecuencia, varios municipios de una zona pueden crear una empresa multicomunal, uniendo a la agricultura y la ganadería, la explotación de la pequeña minería, las pequeñas y medianas fuentes de energía eléctrica para electrificar el campo, los grandes almacenes cooperativos de producción y consumo, los grandes complejos agro-industriales y mineros autogestionarios. Así el valor añadido a las materias primas, industrializadas o semi-elaboradas en una comarca, permitiría la creciente acumulación de capital social, para superar el desarrollo desigual entre la ciudad y el campo. Sólo así se crearían las agro-villas del futuro, se frenaría el éxodo rural a las ciudades y la economía estaría en armonía, con socialismo autogestionario, no con capitalismo (privado o burocrático).

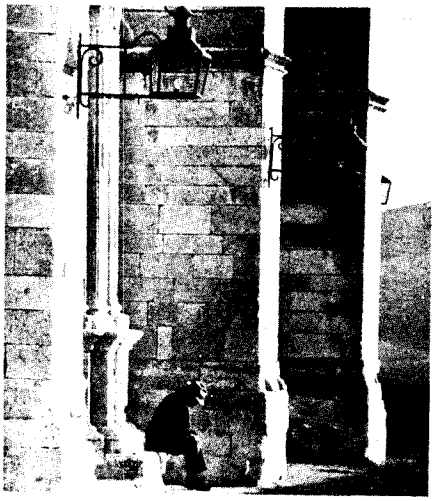
Sindicatos de pacotilla.

31. **Democratización del ejército:** La democracia política ha naufragado, histórica y políticamente, en España, pues los generales tenían el poder de derrocarla con sus fueros, ordenanzas, códigos y privilegios. Para defender su soberanía, España necesita confiar en su pueblo, como milicia territorial, tanto como en su ejército regular. Debe ser promulgada una nueva Ley de Defensa Nacional, en la cual desaparezcan los capitanes generales, el monopolio del mando militar sobre las policías urbanas, rurales y de fronteras. En la era atómica, vale más un físico nuclear que cien generales de caballería, a menos que los generales no se hagan científicos, confiando más en su saber que en sus estrellas y charreteras.

Lo que nunca muere.

32. **Democratización de la Iglesia:** Separación de la Iglesia y el Estado, a fin de que sea Iglesia, no burocracia sacerdotal dependiente o servidora del Estado. Modificación de los programas de enseñanza en los seminarios, con más economía, tecnología, administración y ciencias prácticas que metafísica, a fin de que el sacerdote, cuando entre en contacto con sus feligreses, pueda ser predicador y productor útil a la sociedad.

Autonomía obrera



Con la Iglesia toparemos.

Tractores en la carretera: la ira de los justos.

33. **Democratización de las Academias Militares:** En las Academias militares los programas estarán en función de las necesidades políticas y estratégicas del país. Los jefes y oficiales deberán ser, no sólo militares, sino especialistas en problemas sociales, económicos, técnicos y científicos, para que su estrategia no sea inferior al nivel nuclear. El ejército, con los soldados de conscripción, deberá convertirse en fuerza productiva, capaz de realizar obras públicas de todo tipo, ayudar a los campesinos a levantar cosechas para tener así población favorable, a fin de poder combinar, en caso de necesidad, el ejército regular y el ejército irregular, venciendo así a cualquier invasor, venga de donde viniere. Los jefes y oficiales del ejército deben estar preparados para la guerra en superficie y para la estrategia nuclear, dirigiendo, con prioridad, las industrias de la defensa nacional, en tanto que científicos, ingenieros y especialistas, al lado de otros científicos, técnicos civiles; aunque en un ejército moderno lo civil y lo militar ya van unidos, si no quiere ser derrotado el ejército regular por una potencia imperialista.

34. **Religión y política:** En la sociedad tecnológica avanzada, en una civilización cósmica, cuando el hombre ha alcanzado el espacio cósmico, la teología es ya anacrónica. En un mundo a escala planetaria, las religiones, que fueron universales, son ya regionales. El límite entre lo sagrado y lo profano se ha borrado, pues ya un sacerdote, por más teólogo que sea, no es capaz de dirigir o aconsejar a todo un pueblo, si no está preparado en otras disciplinas que la teología. Por consiguiente, la Iglesia debe ser un tanto desinstitucionalizada, volviendo al espíritu del cristianismo primitivo, inmerso en el pueblo y no en los salones de la aristocracia. Cristo predicó entre pescadores, carpinteros, campesinos, prostitutas, artesanos y esclavos, a favor de los pueblos oprimidos, contra la aristocracia pagana, contra el imperialismo romano. Hace falta, pues una Iglesia social, humanitaria, solidaria, con los obreros y los campesinos. Una Iglesia que diga que Dios no creó la propiedad, las fronteras, las clases, las diferencias de razas. Una Iglesia desinstitucionalizada, desburocratizada, es condición fundamental para la democracia autogestionaria en España. Con la democratización del Ejército, de la Iglesia y de la Policía, con un federalismo autogestionario, con el socialismo y la libertad, España puede tener confianza en ganar un futuro siempre mejor que el presente.

Sólo hay desalienación del hombre con la autogestión: sin burguesía ni burocracia dirigentes. Así, sólo así, se puede salvar a la especie humana y no sólo a la clase obrera, en una época de guerras marginales, que pueden conducir, con el hegemonismo del Este o del Oeste, a la Tercera Guerra Mundial.—**Abraham Guillén.**

Bulgaria: el fantoche soviético

¡Parad la mano que ordena y mata!

En el país de las rosas también hay campos de concentración y psiquiátricos. Mientras los sicarios de Sofía asesinan impunemente en las calles de Londres, el gulag búlgaro se ceba en los luchadores ácratas.

Colonizado al final de la segunda guerra mundial con otros pueblos de la Europa del Este por el capitalismo de Estado ruso, el pueblo búlgaro vive desde hace más de 30 años en un inmenso campo de concentración y de esclavitud planificado.

Ocho millones de mujeres y hombres subsisten, cotidianamente, en Bulgaria. La estructura salarial y estatal desarrolla una sociedad totalitaria y escarnecida. Los guarda, los somete, los zarandea en nombre de una hipotética «patria socialista». El régimen búlgaro, deshumanizado y deshumanizante, explota en todos los órdenes —económico, político y social— a los búlgaros, para provecho de la burguesía capitalista de Estado. La represión que sufren los búlgaros es difícil de igualar en otros países del telón de acero.

El país fue reducido a un estado de provincia, anexionado al imperio moscovita. Quedó, como en todos los países subdesarrollados, la presencia del capitalismo occidental: francés, alemán.

Bulgaria, por su posición geográfica, controla Rumania, Yugoslavia, Grecia y Turquía. Es vital para el imperialismo ruso, que la fuerza a exportar en su provecho grandes cantidades de cobre y uranio a precios irrisorios.

El país es hoy el que más dependencia tiene de la URSS. El 52 por 100 del comercio búlgaro se hace con los soviéticos contra un 33 por 100 de Checoslovaquia y un 30 por 100 de Polonia. El 80 por 100 del comercio búlgaro se hace con países del Este, frente a un 70 por 100 de Checoslovaquia, un 68 por 100 de Alemania del Este. La alimentación y casi toda la producción proceden de la URSS, llevan más de diez años con los salarios bloqueados y los precios continuamente en alza. No hay artículos corrientes ni utilitarios; llevan dos años de auténtica penuria alimenticia —en carne, por ejemplo—.

A pesar de la represión atroz que existe, la crisis económica interna afecta de tal modo al Estado que los trabajadores osan, discretamente, declarar huelgas y sabotear la producción.

Las maniobras siempre son «fraternas», los tanques inflexibles.

Hoy lanzamos un grito de atención a la opinión pública internacional contra la barbarie que existe en Bulgaria desde el año 1945.

País donde se cuentan por millares los prisioneros políticos encerrados en cárceles, en campos de concentración o «cuidados» en hospitales psiquiátricos. La mayoría de estos presos pertenecen al Movimiento Socialista o Anarquista: Federación Anarquista Comunista, Unión Agraria, Partido Socialista, etc. Algunos de ellos, antiguos combatientes en la resistencia contra la ocupación nazi, pasaron de las cárceles del antiguo régimen a éstas, donde de nuevo se les humilla y envilece.

Tal es el caso de Kristo Kolev Jordanov, antiguo redactor del «El Pensamiento Obrero», diario de la FACB, que a los 67 años fue deportado de nuevo, después de pasar varias semanas de arresto en su domicilio de Sofía. Sus libros y archivos fueron confiscados. Detenido cuando visitaba a su madre enferma y sometido a tortura, fue llevado en un furgón celular a Balvan. Para los que se oponen a la dictadura económica, política y cultural que desarrolla el Estado y el Capital búlgaro, existen actualmente:

—Siete clínicas psiquiátricas contra las que ha elevado su protesta «Amnistía Internacional», y donde, como en Sofía, o en Biara, las enfermedades son «tratadas» con diferentes métodos psiquiátricos. Los más rebeldes son apresados entre camisas de fuerza. Constantemente humillados, privados de todo contacto con el exterior. Durante los inviernos son sometidos a tres tipos de regímenes; menos severo, severo y muy severo; métodos que varían según el «delito» y la conducta.

—Más de una decena de prisiones, en las que, como en Starazorgora, o en Pleven, las condiciones de vida son lamentables. Los detenidos están obligados a trabajar mientras dura su internamiento. Los recalcitrantes están en el calabozo donde son mantenidos en total aislamiento. Están privados de toda correspondencia y no pueden recibir paquetes. En estas prisiones la alimentación es

muy pobre en calorías y la asistencia médica está sometida a las órdenes de la administración penitenciaria. Cada recién llegado es sometido a un régimen particular: ligero, general, severo o muy severo. Las diferencias entre ellos van desde el derecho a la correspondencia y a las visitas, a la duración del paseo cotidiano en el patio.

—Los campos de concentración (Belene, Bach Samokov, Nojarevo) tienen unas condiciones internas inhumanas: mal alimentados, abatidos y maltratados, millares de revolucionarios, de opositores, mantienen un pequeño fuego. Pero la represión no llega sólo a los trabajadores e intelectuales disidentes en lucha contra la esclavitud salarial y las normas obligatorias de la «creación socialista». Las minorías étnicas no escapan: macedonios, turcos, armenios, griegos..., en fin, la represión religiosa contra los «pomaks» (musulmanes que sostienen ser *búlgaros*), constituyen el punto trágico de un verdadero genocidio. Esto ocurre porque el racismo (dividir para reinar mejor) es oficialmente aplicado poniendo en escena un verdadero *apartheid* contra esas minorías. *La represión se extiende, desgraciadamente, más allá de las fronteras.*

La Deceto (Dargana Sigournost: Fuerzas de Seguridad del Estado) está multiplicando en el exterior la represión que lleva a cabo en el interior.

En la noche del 14 al 15 de noviembre de 1972, Saiko Sredhozidski, ingeniero aeroespacial, es raptado en Viena.

Boris Arsov es sacado de Dinamarca y condenado a 15 años de prisión en Bulgaria, donde «muere».

En 1975 «un pseudoexiliado» mata a tres refugiados en Viena, y luego se refugia él en la embajada búlgara.

El 31 de enero de 1977, Stoyan Apostolov Tasser, refugiado político, es raptado en Trieste.

El 14 de septiembre de este año, Markov, refugiado en Londres desde 1969, muere en un hospital. La autopsia reveló la presencia de una bala de platino alojada en el muslo derecho de la víctima. Momentos antes de morir, Markov había hablado de un hombre que con un paraguas le empujó delante de una parada del autobús. Algunas semanas después se descubrió bajo la escalera de su casa el cadáver de Wladimir Siniconov, de treinta años. El último verano, Wladimir Kostov, refugiado en Francia, recibió un golpe en la espalda. El examen médico descubrió dos balas entre sus ropas; cuando se enteró de la muerte de Markov, Kostov decidió hacerse una radiografía que descubrió una tercera bala en su espalda. El 29 de septiembre Scotland Yard informa que después de haberse hecho la comparación balística, los resultados de laboratorio son los siguientes: la bala que mató a Markov y la bala que hirió a Kostov son idénticas. Están hechas con

Kristo Kolev Jordanov.

un 90% de platino. Si Kostov no murió fue porque la envoltura de plástico que rodeaba al proyectil no se fundió y, por lo tanto, no hizo efecto. Las balas de platino contenían un veneno de acción retardada, destinado a causar una muerte «natural». Más asesinados, muertos por la Deceto, Markov, Siniconov, Kostov, trabajadores de la BBC y de Radio Europa Libre. En estas emisoras hacían frecuentes emisiones en búlgaro destinadas a su país. Emisiones clandestinas que eran escuchadas a pesar de los controles; el trabajo de estos periodistas molestaba a la clase dirigente de Sofía. Se trataba, pues, de hacer callar las voces disidentes, para lo cual los servicios secretos búlgaros obraban con absoluta impunidad.

Bulgaria y España son los puntos más fuertes del anarquismo europeo contemporáneo (cosa que, por desgracia, es poco conocida, incluso entre nuestros camaradas). La CNT se desarrolla con más fuerza que nunca, los anarquistas de Europa deben movilizarse contra los fascistas de Europa Occidental y Oriental.

Kristo Kolev

Nacido en 1911, fue muy pronto un ferviente propagandista de las ideas libertarias entre los jóvenes.

1930-35. Sufre más de una decena de arrestos como objetor de conciencia y revolucionario contrario al terror impuesto por el gobierno fascista de la época.

1938. Es condenado a un año de prisión por solidarizarse de forma activa con la revolución social española.

1940. Es hecho prisionero de nuevo por propaganda y acción anarquistas.

1942. Condenado a 10 años de prisión por persistencia en sus ideas y prácticas subversivas.

1943. Arrestado y torturado por los nazis, es liberado el 9 de noviembre a la llegada de los soviéticos.

1945. Arrestado de nuevo el 10 de marzo como delegado de la Federación Anarquista Comunista de Bulgaria, en su congreso nacional. Internado en el campo de concentración de Dortsian Pernik.

1948. Es transferido al campo de concentración de Kojaldja-Dobroudja, luego al de Bogdanov Dol.

1949-1953. Inaugura el campo de la Isla de Persin, junto a otros cientos de internados.

Fin de 1953. Acusado de *actividades subversivas* en el campo de concentración, es encarcelado en Sofía bajo un régimen muy estricto.

1956. Liberado y vuelto a encarcelar con ocasión de la revolución húngara. Vuelve a ser deportado a Persin hasta 1959.

1963. Después de un corto período de semilibertad es confinado en una residencia vigilada en la ciudad de Polski Trembh.

1969. Condenado a un año de prisión con ocasión de un proceso contra estudiantes disidentes.

1971. Arrestado en el transcurso del entierro del anarquista Dimart Stoyanov. Fue deportado a Pet Moguili-Choumen.

1973. Confinado en la residencia de Balvan bajo libertad vigilada.

1978. Liberado a principios de año, el Estado búlgaro se dispone a deportarlo de nuevo.

Kristo Kolev Jordanov no debe morir en las cárceles del Capitalismo de Estado de Bulgaria.

Nadie puede quedar con los brazos cruzados ante la represión que desde hace cuarenta años padecemos. Los anarquistas búlgaros (últimamente hasta niños de 14 años) han sido torturados por la policía del Estado al ser sorprendidos en reunión.

Como el resto de los países que están sometidos al capitalismo bolchevique de Estado, Bulgaria es un coloso con pies de barro que no cesa de desmoronarse bajo la acción de una oposición cada vez más fuerte. Pero las luchas sostenidas necesitan ser conocidas y apoyadas en el extranjero. Venceremos. Por esto la Deceto mata a los que hablan y a los que el pueblo búlgaro escucha. La opinión pública internacional no puede permanecer indiferente ante la represión sangrienta y concentracionaria, cuyas víctimas son los trabajadores búlgaros. Si no reaccionamos inmediatamente contra la indiferencia y la apatía padeceremos mañana la falta de solidaridad activa en nuestras propias carnes, y nuestra libertad.

Mientras el silencio sobre el infierno persista, el infierno podrá, tranquilamente, continuar su existencia.

Cada uno de nosotros tiene que poner manos a la obra para acabar con esta barbarie triunfante. Frente a las continuas luchas de la clase obrera internacional, el capitalismo privado de Estado siempre recurre a los mismos métodos. De Sofía a Teherán, de Buenos Aires a Moscú, es la misma feroz represión la que se cierne sobre la lucha del proletariado mundial. Los anarquistas deben asumir cotidianamente su combate revolucionario, de clase, de solidaridad total con todas las víctimas de la represión salarial y estatalista, luchando sin concesiones por la revolución social, por la destrucción definitiva del salario y del Estado.

En Bulgaria, como en otras partes, el socialismo exige la destrucción del salario y del Estado, una verdadera libertad, una gestión directa y total de la sociedad por los consejos de trabajadores libremente federados. **Francis (Grupo Comuna de Kronstadt).**

La Lanterne noire

En su número 11, de julio de 1978, esta «Revista de Crítica Anarquista» (1) ofrece una serie de documentos sobre las distintas corrientes actuales del movimiento libertario español. El artículo «Notes autour d'un film» es una presentación de las posturas contradictorias que aparecen en las entrevistas realizadas para una película que saldrá dentro de poco en España y en la que hablarán Enrique Marcos, David Urbano, Andrés Grima, los redactores de *Ajoblanco,* unos sindicalistas madrileños y catalanes, así como los miembros de la agrupación de vecinos de Lavapiés-Embajadores de Madrid. Estas «Notas...» no hacen sino subrayar las distintas tendencias más o menos contradictorias y antagónicas que aparecen entre los núcleos libertarios de Madrid y Barcelona.

Como ejemplos de esta situación heterogénea, *La Lanterne noire* presenta también varios textos sobre la «crisis» de la C.N.T. y las posiciones de la F.A.I.; otro texto, redactado por los militantes del Sindicato cenetista del Metal de Madrid, denuncia las luchas de influencias de que son testigos en su propio sindicato.

Este *dossier* incluye, por fin, la Declaración del Secretariado Provisional del Comité Regional de Cataluña de febrero de 1977 y un texto de *Bicicleta* sobre las posturas del grupo libertario vasco *Askatasuna,* expulsado de la Confederación.

Los demás artículos de *La Lanterne noire* se refieren al feminismo y a la situación social en Francia. El número se cierra con una reseña de *Guerre de classes en Espagne,* antología de textos de Camillo Berneri que acaban de reeditar en 1977 los cuadernos de *Spartacus* (5, rue Sainte Croix de la Bretonnerie 75004 París, 85 págs., 11,50 francos).—**Gérard Brey**

(1) Pedidos a: P. Blachier - B.P. 14 - 92360 MEUDON LA FORET - Francia, sin mencionar el nombre de la revista en el sobre - 10 francos.

EDICIONES ALFAGUARA S.A.

novedades

literatura

Nélida Piñón
TEBAS DE MI CORAZON *
Traducción de Angel Crespo. "Un libro profundamente demoledor y expresivo. Nélida, cuando escribe, perturba el orden y la tranquilidad." Mario Vargas Llosa.

Henry Miller
PRIMAVERA NEGRA *
Traducción de Julián Marcos y Carlos Bauer.

reediciones

Fernando del Paso
PALINURO DE MEXICO

infantil-juvenil

George Macdonald
LA PRINCESA LIGERA
Ilustr. de Maurice Sendak.
Traducción de Flora Casas.
Album de bolsillo.

reediciones

Isaac Bashevis Singer
CUANDO SHLEMEL FUE A VARSOVIA Y OTROS CUENTOS
Ilustr. de Margot Zemach.
Traduc. de Ramón Buckley.

Este año los niños podrán leer al Premio Nobel

Avenida de América, 37
Tels. 4160850-60 Madrid-2

* EN COEDICION CON EDITORIAL BRUGUERA

La alquimia y el verdadero W. Reich

Unas palabras para la vergüenza

Quien piensa que el inconsciente lo inventó Freud, para sí mismo y para sus discípulos, además de algún «paciente» que otro, habrá algún día de recordar, si quiere que el bloqueo social del cuerpo tiene en la historia, la fecha del trabajo. Y el «inconsciente antes de Freud» no está precisamente en Descartes y en la disyunción entre cuerpo y «alma» —disyunción de la que por cierto se dedujo con el tiempo la inexistencia de ésta—, sino en el jeroglífico que recorrió entre otros a riesgo de su mente, Nicolás Flamel: y ése es el jeroglífico «sine nomina» del cuerpo. Hasta eruditos de respetable estupidez como un Serge Hutin se han preguntado como podía obviarse en el texto alquímico (1) la evidente connotación sexual: el mismo reproche hace a Jung el autor inglés de un libro de bolsillo titulado «Sexuality, magic, and perversion» (hay que halagar al gran público dando a «lo más bajo» los nombres que les otorgan los amos del capital, los señores del cuerpo), a propósito de la alquimia sexual china, cuya bio-química, o psico-química, no ha podido escapar tampoco a un Octavio Paz («Conjunciones y disyunciones»). Por lo que respecta a España, no me explico cómo nadie ha leído a Arnau de Vilanova, español, quien en «Práctica de la obra» (2) dice con todas las letras: «Ahora bien, este esperma es el mercurio» y «nuestra piedra no produce su efecto si no es depositada en la matriz de la mujer». Y es que para nadie deberá ser un misterio que si hay una química que aún hoy —en la vergüenza de la «pareja»— lo mismo que siempre, está prohibida para el hombre, es la química de sí mismo, la química del cuerpo humano: desde la escatológica repugnancia que nos produce la «piedra negra», a la que olvidamos un poder curativo que los primitivos —en Sudamérica, por ejemplo— no ignoran, hasta la prisa que nos damos por excretar igualmente la inefable «tinta blanca» a la que Weilemann, con toda la razón biológica, llamaba «plasma inmortal», pasando cómo no, por el Támpax aplicado con el furor de los «sabios» a lo que llamaban «el menstruo de los filósofos», la crucifixión del propio y ajeno cuerpo esconde en su cotidianidad de pesadilla el ridículo de quien, como decía «El secreto de la flor de oro» es tan «tonto» (sic) como para considerarse a sí mismo como a un pecado, y despreciar a su ser más sincero en aquella cama de la que una vez cometido el «crimen», todos quieren huir, como si Satanás allí acechara armado de un arma distinta de la única capaz de mentir, es decir, de las palabras separadas de la voz y del matiz sensible que las daría realidad y cuerpo: las palabras por encima de la vida, que no admiten divergencia ni error. No es extraño que mi país, ahora en manos de ellas, tenga en el haber de su cultura actual tanta palabrería barroca y tan pocos poetas, porque un «cuelgue» semejante como es la humana infalibilidad o, por decirlo de otra manera, la infalibilidad de la idea fija, ha de haber prohibido hace tiempo la sensibilidad, que es la verdad única, lo mismo que la intuición («la estrella de los magos»), la cual ha quedado por tanto únicamente al alcance del improbable valiente que se atreva hoy, en Barral Editores, a realizar como un nuevo Goya de la literatura el inventario del Infierno. Y es que, a falta de cuerpo, ¿de dónde sacar la sensibilidad? A falta del error, en esa nación donde no es posible equivocarse, ¿cómo vivir esa equivocación, esa torpeza que es existir en el tiempo? Que el único alquimista español (aparte del Raimundo Lulio, cuyos escritos alquímicos no es sabido que no sean apócrifos), Arnau de Vilanova, estuviera como señala con mucho humor el monstruo bonachón de Menéndez Pelayo, más loco que una cabra, prueba nada más que hay lugares de la arqueología del infierno donde es peligroso ir con rigor a explorar, lo mismo que luego hiciera W. Reich, el único enigma que aún queda a la bio-física: el cuerpo humano. ¿Por qué? Que vayan, los buscadores de templos, a preguntar en las fábricas el oscuro crucigrama del templo profanado del cuerpo. Y pregunten si aún les cabe a su propia vergüenza por qué se dijo que «in stercore invenitur»: porque es en la mano gastada de quien trabaja en la democracia de la desnudez «lumpen» donde aún nos queda en reserva un sentido, el más concreto, el único que no admite réplicas; porque allí nadie ha buscado una verdad más fácil de encontrar, claro es, en el terreno seguro —cien por cien escoria—, por cuanto intangible, de la letra de una sola cara y de la religión de la muerte.—

Leopoldo María Panero.

Wilhelm Reich.

(1) Serge Hutin, «Alquimia», colección «Todo para muchos», Editorial Bruguera.

(2) «Alquimia y ocultismo», Editorial Barral, Libros de Bolsillo.

Libros

Queipo y sus charlas

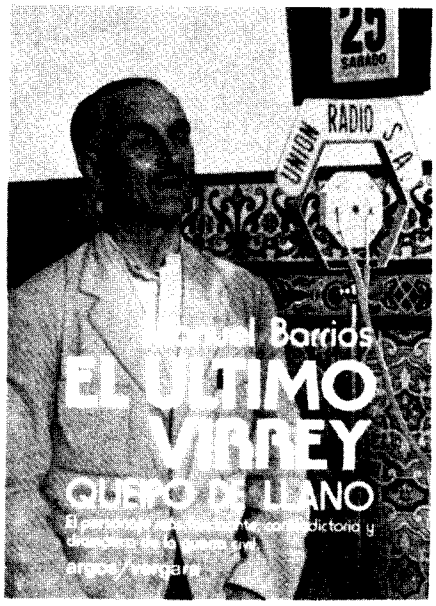
Manuel Barrios: **El último virrey. Queipo de Llano.** *(Argos-Vergara, Barcelona, 1978; 255 páginas.)*

A pesar de que la bilbiografía sobre la guerra civil española es abrumadora, aún quedan muchos aspectos y muchos protagonistas de la misma sin estudiar a fondo. Así ocurre, por ejemplo, con el general Queipo de Llano y con el Alzamiento en Sevilla, sobre los que abundan las leyendas y escasean las precisiones objetivas. Un periodista y novelista andaluz, Manuel Barrios, ha pretendido remediar esta situación anómala, sin conseguirlo: *El último virrey. Queipo de Llano,* que es el libro con el cual intentaba aclarar de una vez por todas las antedichas cuestiones, no reúne los requisitos mínimos exigibles de una obra escrita tantos años después del trágico acontecimiento y de la muerte de quien tan lamentable notoriedad consiguiera gracias al mismo.

Ni sólo historia, ni sólo periodismo, ni sólo literatura, el libro de Barrios no ha surgido de un proyecto coherente. El resultado de ello es un *puzzle* confusionario, con el cual el lector se enfrenta sin saber nunca si cada uno de los fragmentos que lo componen debe ser leído literalmente o no, si tiene la significación que parece, si expresa juicios de valor o refleja datos inconmovibles.

El proyecto en cuestión, por otra parte, no fue delimitado previamente con claridad. ¿Cuál es, en efecto, el área de estudio del libro? ¿La vida de Queipo de Llano? ¿Unicamente los años que corren entre 1936 y el año de su muerte? ¿El Alzamiento en Sevilla? La lectura del libro no permite dar una respuesta concreta a tales interrogantes. Es como si Barrios se hubiera propuesto alcanzar cada uno de esos objetivos en alguno de los momentos que precedieron a la redacción de su obra, y luego, cuando escribía ésta, se hubiera ido olvidando de ellos, contentándose con mezclar los datos de que disponía y las opiniones que su «inspiración» le iba dictando.

Al caos que la falta de delimitación del proyecto generó, vino a sumarse el producido por la nula organización de los elementos integrantes de la obra: éstos, disparatados en ocasiones —o convertidos en tales por una jerarquización aberrante—, no se ordenan ni cronológicamente, ni por temas, ni de ningún otro modo comprensible, dando la impresión de que fueron agavillados al azar, o caprichosamente. Si a esto se añade que Barrios se sirve de manera indiscriminada de las técnicas narrativas y de los estilos más diversos —hay en la obra pastiches valleinclanescos, lorquianos, barrianos, uso desconcertante del montaje de textos periodísticos (¿por qué se habla de



los *sucios* «Carbones Grosso», sin más?), citas de aluvión en número abusivo, etc., se comprenderá que la lectura de *El último virrey. Queipo de Llano* tiene que resultar fatigosa, desconcertante.

Aunque no soy historiador —mi interés por los temas del presente libro es fundamentalmente de índole personal: soy sevillano y algunos miembros de mi familia paterna desempeñaron cargos de importancia en la falange sevillana de aquellos años—, me atrevo a pensar que había dos modos correctos de escribir un libro como el presente: buscando y estudiando la documentación existente sobre los temas objeto del mismo —es decir, actuando de un modo científico—, o entrevistando al mayor número posible de testigos y protagonistas de los hechos —al modo periodístico—, tras realizar en ambos casos una criba de la bibliografía al respecto. Barrios, siempre entre el *fu* y el *fa,* no ha procedido ni de una ni de otra forma:

1. No aporta documentación nueva sino en un capítulo: el que recoge fragmentos —procedentes del archivo de Radio Sevilla, emisora de la que es redactor jefe— de las tristemente célebres charlas radiofónicas de Queipo de Llano.

2. Las entrevistas que llevó a cabo son escasas, poco iluminadoras, y ninguna de ellas con las personas que rodearon al general o con los miembros de la derecha de entonces.

3. La bibliografía es utilizada sin criterio sólido alguno, picoteando de aquí y de allá, sin poner en entredicho las afirmaciones de libros de inequívoco carácter propagandístico.

Al lado de todo lo que antecede, es de justicia señalar que el libro de Barrios proyecta nueva luz sobre algunos aspectos controvertidos del Alzamiento en Sevilla, y pone al descubierto la naturaleza contradictoria —desde supuestos racionales— de Queipo de Llano. Carecemos, sin embargo, a pesar de este libro, de un análisis de la postura política del *último virrey* durante la guerra civil, y de una explicación convincente de su carácter —cuyo papel tuvo que ser decisivo por aquellos años, dadas las circunstancias y la idiosincrasia del personaje.

Mística popular

Werner Haftmann: **Marc Chagall.** *(Galaxis, S.A. Editorial Blume, Barcelona, 210 págs., 89 ilustraciones.)*

De una vejez tan larga y legendaria como la de Picasso, Marc Chagall, por haber encontrado eco en el corazón de las masas, y por venir rindiendo desde hace muchos años culto a la alegría, es uno de los maestros del arte contemporáneo ante el que mayores reticencias muestra la crítica al uso. ¿Cómo —parecen decirse los heraldos del apocalipsis— puede ser grande un artista cuyas obras

no plantean problemas de lectura, cuyas obras sobrevuelan lo accesorio y vindican los valores de la sabiduría? Espejo —sucesivamente— de la vida tradicional judía y de la dislocación de los ismos, primero; testimonio épico y fantasista de la revolución soviética, después; abierta a la esperanza y hundida en el seno mismo de la tragedia, durante la II Guerra Mundial y los años que la precedieron; exultante y afirmativa frente al mundo y la vida, por último, la pintura de Marc Chagall, sin embargo, a más de ser prodigiosa desde el punto de vista de la invención plástica, constituye uno de los reflejos artísticos más veraces de la historia de nuestro siglo que quepa imaginar. Y es un gran mérito de Werner Haftmann, en el libro que nos ocupa, hacer percibir esto al lector, y darle —de un modo sencillo, sin pedantería, pero con extrema precisión— algunas de las claves de esta obra asombrosa de la que ofrece una serie de reproducciones a gran formato y en su mayoría a todo color que permite ahondar en el *misterio Chagall* hasta extremos insospechados.

Chagall es, ante todo, un colorista, un artista en el que la intuición, lo instintivo, prima sobre lo racional. Como señala Haftmann, la mayoría de sus grandes obras —de carácter monumental en estos últimos tiempos, por razones a las que luego aludiré— tuvieron origen en las rápidas anotaciones coloristicas, en los esbozos al gouache que incansablemente va realizando a lo largo de sus días, con una impremeditación y una constancia que impiden el cegamiento de las fuentes de su inspiración, que le permiten innovar de continuo en el terreno de las formas, que tornan factible el tender puentes impalpables entre los ámbitos del sueño, de la ensoñación y de la realidad cotidiana. Este libro, al reunir una muestra suficiente de acuarelas, dibujos —pluma, pincel, carbón—, algunos aguafuertes y, sobre todo, gouaches, permite descubrir al pintor en trance de creación, en esos momentos privilegiados —bajo el signo del descubrimiento fortuito— en que su fantasía se materializa, encarna gozosa y libérrimamente.

Artista popular, Chagall lo es de un modo insólito, prácticamente sin precedentes. ¿A qué artista de vanguardia fuera de él, en efecto, podría calificarse de tal modo? Su secreto quizá estribe en que ha conseguido —no se sabe por qué medios— encarnar las aspiraciones y los ideales de su pueblo, sus grandes tragedias y sus exaltaciones, sin intermediación alguna: es un judío del común y un genio de la plástica, sin solución de continuidad, sin el *décalage* que casi siempre se da entre el artista y el hombre cotidiano. (A este respecto, es interesante hacer notar que para Chagall la judeidad no es una frontera: cuando habla plásticamente del judío, lo hace al mismo tiempo del hombre a secas, siendo ésta la causa de que tantos no hebreos puedan identificarse con sus invenciones y figuraciones.) ¿No hay que ver, en fin, en la monumentalidad de su obra de vejez, en su rechazo del cuadro de caballete a favor de técnicas multitudinarias por su propia naturaleza, un intento de llegar al máximo número de espectadores, y, simultáneamente, de romper las barreras entre la vida y el arte, insertando a éste en la existencia de todos los días?

Chagall, por último, es un místico, pero no en el sentido del hombre que da espaldas a la realidad —«No me llaméis soñador», ha escrito. «Al contrario, soy realista. Yo amo al mundo»—, sino en el sentido —que en los últimos tiempos han descubierto e impuesto las jóvenes generaciones— del hombre que cree que la vida es más de lo que generalmente recibe tal nombre: una totalidad que engloba lo visible y lo invisible, y cuya percepción abarcadora desemboca en el éxtasis. Ello es lo que explica que no discrimine en el campo de lo sagrado, y que junto a las vidrieras de la catedral de Metz, haya llevado a cabo las dos de los ventanales de la sinagoga de la clínica de la Universidad Hassadah, de Jerusalén. Respeto, pues, por su parte, a todas las formas de comunicación con lo que arriba llamo «totalidad», pero sin sincretismos: él siempre ha permanecido fiel al jassidismo de sus orígenes, a ese movimiento místico surgido entre las oprimidas masas de la Europa central que exalta la alegría por encima de todas las cosas; y junto a ella, la bebida, la danza, el canto, la solidaridad sin límites.—**Leopoldo Azancot.**

Publicaciones recibidas

El tiempo de los asesinos. Le Soleil Noir. Ediciones Campo Abierto. Madrid, 1978. Este libro es el resultado de una recopilación de textos, documentos y testimonios, sobre la pena de muerte en Francia. El problema se hace extensible a España, país que ha contribuido al «tiempo de los asesinos» con uno de los seres más sanguinarios que recuerda la Historia.

El traje nuevo y otros cuentos. Gerardo López Ayala. La Girandula. Madrid, 1978. Los relatos de López Ayala entroncan con el realismo social de los años 50-60. De hecho, salvo dos cuentos, los demás fueron publicados en la década de los 60. No descubre nada nuevo; ni en el fondo ni en la forma. Tiene este libro la virtud de que se lee con facilidad.

La farmacia española frente al cambio político. Juan Esteva de Segrera. Ediciones Ketres, la pequeña historia. Barcelona, 1977. La problemática de la farmacia es analizada por un boticario de forma sencilla para que todos nos enteremos. Un libro que debería despertar nuestra atención, porque trata de «nuestros intereses».

La balada de Robin Hood. Texto: Miguel Angel Diéguez. Ilustración: Juan José Vázquez. Campo Abierto Ediciones, Colección Jaramago. Madrid, 1978. El legendario héroe y los personajes de las baladas inglesas del siglo XV, son utilizados para la creación de una historia inmersa en la problemática actual. Ilustraciones realizadas por medio de hojas con símbolos transferibles existentes en catálogo; un trabajo arduo de ilustración y una novedad reseñable.

Autogestione. Postale Grupo 1/bis 70 per centro Massa-Carrara. Desde Carrara (Italia) nos llega el primer número de esta revista trimestral. Artículos de L. Mercier Vega, G. P. Biagioni, Joaquín Romero Maura y Umberto Marzocchi. La primera entrega contiene importante documentación sobre la renacida central anarquista USI (Unione Sindicale Italiana).

Xaime Noguerol, poeta

Crónica de una generación crucificada

Noguerol es un gallego nacido en Verín, pueblo fronterizo y clandestino, según sus propias palabras. Poeta criado entre brumas y contrabandistas: *un traje de marinero y la primera hostia.* Fue al colegio, le hicieron ir al colegio —como a todos—, y allí, *maestros de alas negras,* a fuerza de golpes secos le enseñaron ¡por fin! la lista completa de los reyes godos y *obligatorias canciones oxidadas.* Quizás fueran maristas los que con su *mirada terrible,* de cura, le preguntaran: *qué has hecho diez minutos cerrado en el servicio.*

Viajes. Periplo obligado en los últimos años sesenta y los que daban comienzo a esta década, a punto de morir, de los setenta: Amsterdam, Ibiza, Marruecos.

Noguerol-inquietud-escritura como hablada-parlamento como escrito. Búsquedas incesantes: Recitales de poesía primero junto a Carlos Oroza, después, ahora, con el grupo de rock Cucharada poniéndole fondo musical, desgarramiento, a textos como este:

quinientos mil kilómetros cuadrados
de celdas de castigo
bachiller sin novedad en el Alcázar mi
coronel
di stéfano puskas y gento que corre
[corre
corre y golpea un país que cae decapitado
dieciséis años de descalabro
y las huellas en el carnet de identidad
socorro qué han metido en mi cabeza
hay una parte del cerebro estrangulada

«Ni Dios se mueve cuando salimos a un escenario. Ni los rockeros se mueven. Logramos que queden petrificados, doliéndose, rotos, conscientes», dice.

La poesía de Noguerol, los poemas recogidos en el libro que nos ocupa (1), son un poco la crónica de una generación crucificada —como él mismo subtitula el libro—, un poco la voz, la consciencia de todos los nacidos en los primeros cincuenta, el recuerdo de lo ocurrido a una generación *ametrallada por los traumas helados de una educación de pus en la dictadura: a ti dónde te han cogido, en embajadores hicimos barricadas, volcamos algún jeep, tengo una pierna jodida por la pisada de un caballo.*

Cuántas veces ha estado *el hombro hinchado del meteórico/golpe con la porra de hierro del gris atlético.* Es imposible ser de esta *generación irrevocablemente inadaptada* y no encontrarse en las páginas de este libro en algún trozo lamentable, como los espejos. No hace

Xaime Noguerol

falta ir a Amsterdam. Amsterdam está aquí, a la vuelta de la esquina y de los años. Y lo triste es que Amsterdam no es sino *muchachos de ojos vidriosos y las pupilas llenas de asfalto / que te susurran al oído / hey man heroin? / Mi reino por un gramo de heroína / Su reino: tocadiscos distorsionado / viejos discos de Lou Reed/y el mapa llagado de su brazo.* Y no es una profecía, una «visión poética». O nos drogamos legalmente con la Seguridad Social, o lo hacemos ilegalmente con la coca, la marihuana o la heroína. Porque lo que quieren es masa: *aliviados en el porro / y sin creer en nada / ya en vísperas de no desear nada.* Y todos contentos con el gesto bobalicón, con los movimientos pausados y aturdidos, indefensos y controlados, a merced de las huestes de Martín Villa que quieran ejercitarse en la práctica de la redada. La triste evidencia de que no somos más que una *generación crucificada,* donde los *últimos residuos de libertad están apuntalados,* y la gente —nosotros todos— *andamos dando bandazos / dando bandazos / con los ojos de no entender.*

Dominio absoluto del consumo, del Capital que todo lo absorbe. «Las casas de discos te dicen que cuanto más duras sean las letras de las canciones mejor te pagarán», nos cuenta Noguerol. Proteste usted que se lo pagamos bien. La moda: Grandes almacenes. ¡Vista punk! ¡Viste ligero como tú que eres joven!, *tienes permiso para fumar, amigo, pero no te metas con el sistema, amigo, y en el Cosmos, túmbate, agrúpate con el batallón de los inútiles, sí, amigo, dentro de pocos años como en Amsterdam.*

Una generación, la nuestra, fatigada y rota por la ausencia de libertad. Otra generación, la anglosajona, harta de consumo, sin nada más que desear. Sin que Noguerol pretenda erigirse en consejero de nadie, quizás tenga razón cuando confiesa: «Escribo como un alivio personal. Buscando una salida. También podemos sustituir la palabra *escribo* por lo que más nos guste; y joder mucho, claro». El está de acuerdo en que la cosa es triste, pero: «Si queremos hacer algo, serán cosas así, revoluciones cotidianas que nos hagan más llevadera la vida».

Eterna sensación de límites, de parcelaciones. Al hablar con Xaime Noguerol oyes nombrar a gente que trabajó o trabaja con él: siempre los mismos, que, con más o menos años, continúan irredentos intentando hacer algo para evitar el agrupamiento en el *batallón de los inútiles,* y porque no se puede vivir de la nostalgia, de ir al Comercial con unas cuartillas llenas de versos y de sueños.

«Muévanse, salvense, hagan algo. No podemos confundir el paraíso con el edificio de enfrente», cita como colofón a Ginsberg. Y espera la dura brega, el próximo combate para que alguien quiera publicarle un nuevo libro.—**Isabel Munilla y José L. Moreno Ruiz.**

(1) **Irrevocablemente inadaptados.** Las Ediciones de la Banda de Moebius. Madrid, 1978.

HISTORIA libertaria

Publicará en próximos números, entre otros, los siguientes artículos:

Dossier anarquismo en China.

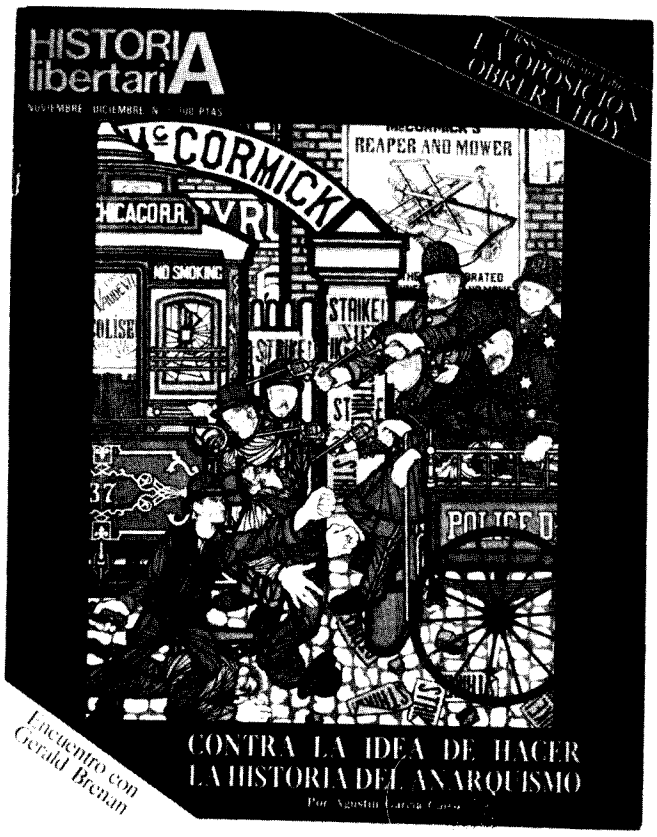
El movimiento libertario en Holanda. Por Rudolf de Jong.

Carrara 1968-1978: Una década de anarquismo internacional. Actas de congresos y entrevistas.

Entrevista con Carlos Díaz.

Una visión del futuro urbano. Por Murray Bookchin.

Mackhno y sus enemigos. Por M. Malet.



Contra la idea de hacer la historia del anarquismo.
Editorial.
Un trotamundos libertario: Gastón Leval.
Si te dicen que caí.
La revancha de Bakunin.
Entrevista con Juan Gómez Casas.
Mirando hacia atrás sin ira.
Julio Verne: Bandera negra.
Encuentro con Gerald Brenan.
Por sus «acciones» les conoceréis.
Con el ocho en los talones.
URSS: La oposición obrera hoy.

Pedidos a HISTORIA LIBERTARIA
Milaneses, 6-5.º - Teléfono 247 62 86
Madrid-13

Acerca de las influencias burguesas en el anarquismo.
Cartas.
Editorial.
El INImigo del pueblo.
Ese imposible oficio de tinieblas.
«La lucha en las fábricas, fundamental», entrevista con Rudolf de Jong.
La gran aventura.
Julio Verne: bandera negra / y 2.
Los trabajos y los días.
En torno a las autonomías.
La guerra secreta de los satélites.
Nicaragua: un pueblo en armas.
Más dura será la caída.
«La utopía es un imperativo moral», entrevista con José Luis L. Aranguren.
La enseñanza de los inocentes.
Letras y música.